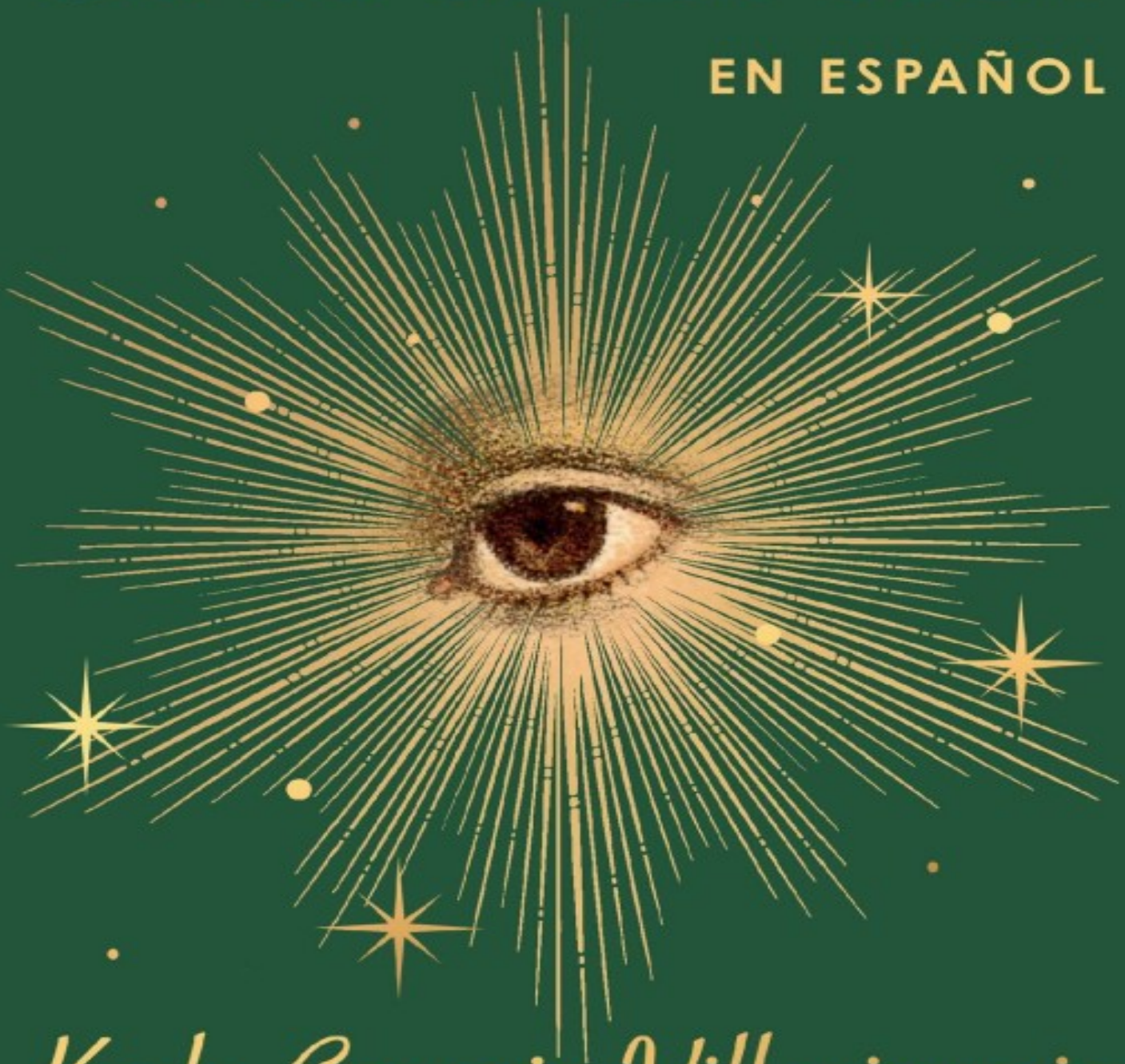
CATALINA

EN ESPAÑOL



Karla Cornejo Villavicencio

AUTORA FINALISTA DEL NATIONAL BOOK AWARD

CATALINA

EN ESPAÑOL



Karla Cornejo Villavicencio

AUTORA FINALISTA DEL NATIONAL BOOK AWARD



CATALINA

KARLA CORNEJO VILLAVICENCIO

Traducción de María Natalia Paillié Plazas

VINTAGE ESPAÑOL

PARA TED Y MARCO

Saben lo que hicieron.



PRIMERA PARTE

Verano

EN EL VERANO DE 2010, año en el que lanzaron Instagram, hubo una invasión de grillos en Queens. Tenía algo que ver con el calentamiento global y, si le creías a mi abuelo, era otra señal más de que Estados Unidos se estaba quedando atrás de Cuba en los avances científicos. Él no era comunista, simplemente sentía algo por Fidel. Había docenas de grillos debajo de los pisos y en las paredes de nuestro apartamento. El dueño llamó a un exterminador, pero tuvo poco efecto sobre el fornicio. El sonido era insoportablemente fuerte. Mi abuelo decía que en Ecuador el ruido de las noches de verano en Esmeraldas era tal, que sonaba como… bueno, lo que era: playa y selva. Yo nunca había ido a Esmeraldas, donde mi abuelo había pasado todos los veranos de niño. Yo era indocumentada como él, entonces no podía ir a Esmeraldas, probablemente nunca. Probablemente nunca vería el Amazonas y, por eso, jamás sabría lo que es una verdadera noche de verano. Él siempre tendría esa ventaja. Conocía en carne propia lo que yo solo podía leer, y siempre he leído mucho.

De pequeña, leía para escapar, y nada podía estar más alejado de tener que ver a una cucaracha poner docenas de huevitos en el lavaplatos de la cocina, que Jay Gatsby y sus preocupaciones amorosas. Lograba identificarme con algo de ahí: su hambre de inmigrante y el anhelo interminable; había ido a Long Island, pero

las vidas de Nick, Daisy y Jordan me resultaban incomprensibles. No entendía lo que querían ni por qué querían lo que querían. Parecía que su principal problema era el aburrimiento. El canon era ruido blanco y era perfecto.

Pasé ese verano, que fue el verano antes de mi último año en Harvard, haciendo prácticas en la tercera revista literaria más prestigiosa de Estados Unidos. ¿Suena como la puesta en escena de una comedia romántica? Yo también lo pensaba. Tenía altas expectativas. Camino al trabajo, todas las mañanas, en el tren L entre Bushwick y Manhattan, tenía la sensación de que Woody Allen me iba a descubrir. A Rosario Dawson la habían descubierto en la entrada de su casa del Lower East Side cuando era adolescente. A Charlize Theron la descubrieron en un banco. A Toni Braxton la descubrieron en una estación de servicio. Necesitaba que me descubrieran porque quería salir de donde estaba y, según Jay Gatsby y Joseph Patrick Kennedy y Theodore Dreiser y Jay-Z, podría salir de donde estaba si me convertía en una estrella. Era una posibilidad remota, pero qué no lo era. Si no me comprometía con *Catalina, Catalina, Catalina*, me hubiese muerto de tuberculosis hace dos décadas, otra joven sin seguro médico en Bellevue a la que solo reconocen gracias al brazalete. Si en algún punto dejaba de creer, el hechizo se rompería. Para que quede claro, era Woody Allen quien me descubriría porque era local. Almodóvar vive en España y puede que a Sofia Coppola le parezca demasiado tetona. Además, si había alguien buscando musas en el tren y si esa musa iba a ser una mujer muy joven, por la verosimilitud del ejercicio mental, tenía que ser Woody Allen.

Cuatro años en Harvard se me habían presentado como un viaje a Disney World para un niño con una enfermedad terminal y para el cual el final estaba cerca. No me podían emplear legalmente después de la graduación. No me malentiendas, ese verano tampoco podía trabajar legalmente, pero el no tener papeles no era importante porque las prácticas no remuneradas no pagaban y solo apliqué a prácticas no remuneradas. Los empleadores argumentaban que no era "trabajo". En general, las únicas personas que podían permitirse el lujo de hacer ese tipo de cosas (mudarse a Nueva York durante al menos tres meses y vivir aquí sin ingresos) provenían de familias adineradas, lo que hacía que ese mundo fuera pequeño. Pero con tal que fuera estudiante y viviera con mis abuelos, podía hacer tantas prácticas no remuneradas en medios de comunicación como quisiera. Serían como tarjetas de Pokémon.

De niña me encantaban los periódicos y las revistas. Cuando llegué a Estados Unidos tenía la edad perfecta para *Highlights for Children*, y en un par de años pasé a *Reader's Digest* y otro par de años más tarde, a *Time*. En high school me robaba ejemplares viejos de *New Yorker* de la biblioteca del colegio. Tenía escritores favoritos (Alma Guillermoprieto del *New York Review of Books*) y publicaciones favoritas (*The Oxford American*). Tenía opiniones sobre sistemas de pago y modelos de suscripción y la sostenibilidad de depender de benefactores multimillonarios. Pero mi amor por las publicaciones periódicas de Estados Unidos no era la razón por la que quería ser escritora.

La verdad es que ni siquiera tuve la oportunidad. Llevo el nombre de la vieja canción de Manuel Vallejo, "La Catalina", así que conozco el dulce y pegajoso sebo del autoprotagonismo desde que era una

polluela. Crecí con una debilidad por las canciones con nombres de chicas. Me gustaba "Roxanne" de The Police, "Allison" de los Pixies, "Arabella" de los Arctic Monkeys, "Julia" de los Beatles, "Michelle" de los Beatles, "Lovely Rita" de los Beatles. En Tumblr vi una foto de Bianca Jagger detrás del escenario en un concierto de los Rolling Stones. Bueno, es una foto de su pie en una sandalia blanca de plataforma; sujetado a una de las correas, hay un pase al *backstage* con su nombre. Sea lo que eso fuera, yo quería ser eso. No Bianca Jagger. No Mick Jagger. Yo quería ser la foto. Quería ser *Arte*. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que algún músico de una banda escribiera una canción sobre mí, pero esperar requeriría paciencia y sospechaba que la canción no sería muy buena. Una vez más, tendría que confiar en mis escrúpulos para que las cosas sucedieran. Tendría que convertirme en escritora yo misma.

Estuve en Tumblr desde el principio y eventualmente comencé a escribir. Tenía un blog con un pequeño pero devoto grupo de lectores. Escribía más que todo sobre música y hacía listas de canciones comentadas para parejas de celebridades en crisis, como Meg White y Jack White, J.Lo y Ben Affleck. Después de eso, quise avanzar en el mundo, a los blogs conectados con instituciones icónicas como las revistas *Interview* y *The Atlantic*. Los contacté directamente usando correos electrónicos que adiviné a partir de las cabeceras y, aunque no mentí sobre mi edad, tampoco la ofrecí voluntariamente. Empecé a cubrir conciertos, lo que me dio entrada a recintos para mayores de veintiún años porque mi nombre estaba en la lista de prensa. Si crees que no me acerqué al *bouncer* galopando como un pony recién nacido para decirle que estaba en la

lista de invitados con el brío deseado de una joven Katharine Hepburn, ¡no conoces a Catalina Ituralde!

Mis abuelos apoyaban mi empeño. Tenían sus dudas sobre los encuentros y entretenimientos mundanos, pero les dije, les mostré en mi copia bien resaltada de la *Guía Fiske de universidades*, que necesitaba tener actividades extracurriculares para impresionar a los comités de admisiones. Con eso bastó. Mi abuela me ayudaba a escoger qué ponerme para los conciertos y, si salía después de medianoche, mi abuelo me recogía justo afuera del lugar. Era todo muy sano. Éramos una familia de tres que hacía las cosas junta.

En el verano de la invasión de los grillos, mis abuelos me acompañaban a la estación de tren de Myrtle Avenue todas las mañanas. De ahí, tomaba el tren hasta mi práctica en el Greenwich Village, y mi abuelo tomaba un tren diferente hacia su trabajo en una obra de construcción en el centro. Mi abuela se apuraba de vuelta a la casa, decidida a no perderse mucho del *Live with Regis and Kelly*.

Hace rato olvidé los nombres de los demás practicantes de ese verano excepto el de Camilo Oliveres. Nos conocimos cuando la directora de prácticas nos guio hasta la cocina el primer día para explicarnos que tenía un título honorífico para repartir entre los dos. Llevaba el nombre de un editor de *El Diario,* asesinado por un jefe criminal colombiano en un restaurante en Jackson Heights. No había ni dinero de por medio ni deberes ni honores o responsabilidades especiales. La única estipulación era que el destinatario fuera latine.

—Yo me retiro, si les parece —dijo Camilo.

Hablaba inglés con acento de Ciudad de México. Me pregunté si podía identificar el mío.

Me sonrojé.

—Catalina, ¿y tú? —preguntó la directora de prácticas—. ¿Podemos dártelo a ti?

—Suena muy bien, gracias —dije.

Técnicamente, solo yo era latine. Camilo, según me enteré, era latinoamericano. Sus papás eran psicoanalistas españoles que huyeron de la persecución de Franco contra los disidentes de izquierda y se reasentaron en México, donde lo tuvieron. Se veía como si pudiera ser de cualquier parte, pero era español de sangre y mexicano de nacimiento. Esto le permitió tomarse ciertas libertades conmigo, por ejemplo, hablarme en español. Cuando regresamos al corral de practicantes —así se llamaba, el corral de practicantes— Camilo me hizo un gesto para que caminara delante de él y me dijo, un poco melodioso, *licenciada*. Era un chiste interno con varias capas, pues requería muchas suposiciones de las que él no estaba equivocado, entre ellas, que no me debían tomar en serio.

Habían despedido recientemente al editor musical de la revista, entonces me asignaron a Jim Young, el editor literario. Jim tenía una debilidad por las mujeres jóvenes, no necesariamente de modo lascivo: era cuestión de preservar el delicado equilibrio de su ego. Mi trabajo consistía en leer todas las propuestas no solicitadas de cuentos que recibía la revista y pasarle (rara vez, muy rara vez) las más prometedoras a Jim. La revista recibía muchas cartas de presos y yo siempre les enviaba copias. Cada vez que le pedía a Jim que hiciera alguna nimiedad, como firmar un contrato o responder a la consulta de un agente, él sentía que le quitaba tiempo de edición a sus escritores, hombres célebremente difíciles que escribían decenas

de miles de palabras sobre la tristeza y la excitación; eran escritores que no podían prescindir de dichas sesiones de edición.

Cuando Jim pasaba por el corral de practicantes, me saludaba preguntándome:

—¿Encontraste algún diamante en bruto?

—No —decía cada vez—. Todavía no.

Miraba a mi alrededor en la oficina con ojos soñadores. Truman Capote alguna vez caminó por estos mismos pasillos. Era lo más cercano que había estado a los escritores de verdad. *A los artistas*. La noción de que los escritores podrían ser personas reales me resultaba tan distante y existencialmente confusa como el concepto de un universo infinito: definitivamente real, definitivamente ahí, pero sin ser algo que pudiera comprobar por mí misma o de alguna manera experimentar materialmente. Hay magia en eso. Los escritores eran como los dioses griegos, legendarios y problemáticos, y sus mitologías correspondientes me fascinaban y me hacían compañía. Emily Dickinson no era una persona real, no exactamente. Por eso, cuando Jeffrey Eugenides fue a Harvard en mi tercer año, mi mundo se destruyó.

Según parece, después de su compromiso profesional en el *Harvard Advocate*, Eugenides salió con algunos miembros del consejo editorial a pasar el rato, fraternizar y fumar marihuana. Estudiantes universitarios respiraron el mismo aire e intercambiaron saliva y esporas de hongo con uno de los grandes novelistas de nuestro tiempo. Nunca pararon de hablar de eso, o del sofá en el que se había sentado (¿o era un futón?) a hablar de Radiohead. Gesto magnánimo del hombre con la mente que nos trajo *Middlesex*, el tener también el corazón para ofrecer su tiempo a universitarios

artísticos. Hace tiempo habíamos agotado ser precoces y nos esforzamos tanto. Una manada de niños y su dios.

Claro, él también era mi dios. Hasta me encantaba la forma como se sentía el *Eugenides* en mi boca, igual a como se sentía el *Lo-li-ta* en la de Humbert Humbert, pero quería pensar en él, no quería que fuéramos amigos. Yo vivía en el mundo real, y el mundo real era triste, y él vivía en la literatura, y la literatura era hermosa. Conocerlo, hablar con él, ver que podría tener la cremallera abierta, que podría tener espinaca entre los dientes, que podría disfrutar de la atención de jóvenes de diecinueve años… no soportaba esa posibilidad.

Antes de venir a Nueva York a vivir con mis abuelos, vivía en una pequeña ciudad de Ecuador llamada Cotopaxi, donde murieron mis padres cuando yo era una bebé y donde me criaron mis tíos hasta que tuve edad suficiente para leer, caminar y hablar. Luego, cuando tenía cinco años, me mandaron a vivir con mis abuelos, que ya estaban en Estados Unidos. Hasta ese momento, ni siquiera había conocido a mis abuelos. Lo único que sabía sobre ellos es que vivían en Nueva York. Lo único que ellos sabían sobre mí es que había sobrevivido al accidente automovilístico en el que murieron mis padres. No sé cómo sobreviví. Nadie lo sabe. "Es un milagro", dijo el primer policía que llegó al lugar del accidente. Pero nadie *sobrevive* y ya. La gente es librada. Dios tiene sus razones. Los periódicos locales publicaron la misma foto (un bebé envuelto en una manta amarilla en brazos de un bombero) y el mismo titular: MILAGRO EN COTOPAXI.

Las primeras semanas con mis abuelos fueron difíciles. Lloraban mucho sobre mi cabeza, abrazándose, aferrándose a mí como si

fuera un objeto de consuelo, un osito de peluche, una cobijita. Estaban angustiados porque yo no paraba de preguntar por mis tíos, y más angustiados porque le decía *mami* a mi tía y *papi* a mi tío. Me pidieron, una y otra vez, que ahora los llamara *a ellos* mami y papi. Me negué. ¿Será que mis tíos me entrenaron para hacer exactamente esto y provocar a mis abuelos, y para probar que era de su propiedad? Bueno, ¡pues a mis abuelos no les sorprendería! Llamaban a mis tíos usando una tarjeta telefónica y peleaban hasta que se acababa el tiempo y la llamada se cortaba, con un dramático golpe del auricular. Pero la mayor parte del tiempo me agarraban y lloraban. Por la noche me encerraba en el baño, pero ¿qué pretendía? Tenía cinco años. No sabía cómo suicidarme.

Cuando estaba en Ecuador, me gustaba caminar hacia el tráfico. Mis tíos les contaron estas historias a mis abuelos: si me dejaban sola, salía y me metía en el tráfico. Me prometieron muchos chocolates si paraba, pero a mí no me podían comprar. Unos meses después de mi llegada, iba con mi abuelo al supermercado y cuando él desvió la mirada por un segundo, un carro tuvo que frenar en seco para no atropellarme. Mi abuelo estaba en el andén, y gritaba con las manos en la boca. Me habían librado otra vez.

A lo largo de mi infancia, reflexioné intensamente sobre por qué me habían traído a Estados Unidos. Nadie me lo explicó. Quería saber por qué mis tíos ya no querían que viviera más con ellos, si es que eso fue lo que pasó. Quizás mis abuelos pidieron que viniera. Tal vez se estaban poniendo viejos y se dieron cuenta de que, si me criaban, podría cuidarlos cuando ya no pudieran trabajar en este país. Parece un cálculo cínico, pero entiendo el papel que los cálculos cínicos representan en la supervivencia. De alguna manera,

preguntar siempre se sintió como algo fuera de lugar. Pero un día, mi abuela me estaba desenredando el pelo con una peinilla de dientes anchos mientras yo estaba sentada con las piernas cruzadas en mi cama. El pelo negro y liso me caía hasta la cintura y cuidarlo (peinarme, hacerme trenzas, cortarme las puntas) era algo que hacíamos juntas. Me sentía cercana a ella, entonces me lancé:

—Abuela, ¿por qué me fui de Ecuador? —pregunté muy rápido para no tener tiempo de dudar.

—Hija. No hables de Ecuador, están escuchando —dijo mi abuela.

—¿Quiénes?

—Monitorean todo, Catalina. Lo rastrean todo. Oyen nuestras llamadas, ponen micrófonos en nuestras casas. Saben cuáles son los libros que sacamos de la biblioteca.

Me reí.

—¿El *gobierno*?

Ella no respondió. No paraba de reírme.

—Un momento, abuela, ¿el gobierno americano o el gobierno ecuatoriano?

Mi risa era contagiosa y mi abuela también comenzó a reírse. Me incliné para hacerle cosquillas y ella me apartó la mano de un golpe. Se aclaró la garganta y se compuso.

—Todos sabíamos que aquí tendrías mejores oportunidades de educación —dijo, pasando la peinilla por un nudo—, y ahora puedes ser cualquier cosa que te propongas.

Esa era la historia que ellos seguían contando.

Recuerdo muy poco de mi vida en Ecuador: jugar en el agua con mis primos durante el Carnaval, comer cangrejo en Guayaquil. Nací en una ciudad con el nombre de un volcán y me autoconvencí de ser

capaz de recordar cómo se veía el volcán por la ventana en la oscuridad (pues en mis pocos recuerdos de Ecuador, siempre está anocheciendo). El Cotopaxi, mi piedra de nacimiento nevada, es el volcán activo más alto del mundo. Cuando el volcán explote, la lava correrá cuesta abajo y cubrirá toda la ciudad, a ambos lados de la ruta Panamericana. La ciudad se ha reconstruido tres veces. La primera explosión terrible ocurrió en 1742 y lo destruyó todo. Los sobrevivientes reconstruyeron la ciudad. En 1863 hubo otra erupción. Los sobrevivientes reconstruyeron la ciudad. La tercera erupción terrible tuvo lugar en 1877. La ciudad fue reconstruida una vez más; la siguiente erupción fue en 2015. La reconstruyeron. El volcán ha estado quieto desde entonces.

Lo único que sé sobre Latinoamérica me lo enseñó mi abuelo y esto es lo que he recopilado: si se pudiera acusar a un lugar del mundo por ser demasiado, de no quitarse ni una prenda o accesorio antes de salir de la casa, de ser —en términos generales— lo opuesto a Coco Chanel, ese lugar sería los Andes, que simultáneamente alberga selvas tropicales, desiertos, montañas, playas y nieve, carteles y personas que aman tanto a Jesús que se someten a la crucifixión.

Mi abuelo me dijo que tenía hoyuelos porque cuando nací, mis papás llamaron a una mujer indígena para que fuera al hospital y me frotara arvejas secas en las mejillas para formar las hendiduras. Fue su decisión hacerme hermosa. Nunca me dijeron de donde salió esta mujer. ¿Cómo la encontraron? ¿Era ese un servicio que ella brindaba a otras personas? ¿Cuánto cobró? En cualquier caso, la clave de la historia es que me habían creado.

Mientras me creaban en los Andes, mis abuelos se esforzaban hasta el cansancio por tener una vida mejor en Estados Unidos. Mi abuelo trabajaba con orgullo, pero cuando empezó a sentir que estaba muy viejo para el trabajo manual, se volvió sombrío y melancólico sobre la ciudadanía y la forma como le eludió; consultó con todo tipo de dizque abogados y notarios sobre caminos cada vez más oscuros hacia la *green card*. Mis abuelos llegaron al país unos meses después de la fecha límite establecida en la ley de amnistía de 1986, y esos pocos meses lo atormentaron por el resto de su vida. Habían estado tan *fucking* cerca. Se volvía loco cuando otros hombres, hombres como él, incluso hombres inferiores, tenían golpes de suerte y se les abría un camino hacia la ciudadanía. Mi abuela, por su parte, se negaba a hablar de nuestro estatus legal. Después de emigrar a Estados Unidos, trabajó como costurera en una fábrica hasta que la vista comenzó a fallarle. Ahora con lentes, permanecía en casa haciendo sus tareas de ama de casa, rodeada de los fantasmas de lo que podría respirarle en la nuca, sin darle un momento de paz.

Mi abuela era una mujer que quería trabajar. Quería trabajar y tener su propio sueldo. Quería salir de la casa todos los días con un termo de café, con ballerinas en los pies, pero tacones en la cartera. Era evidente para todos los que tenían ojos que su vida no era la que soñó. Mi abuela cuidaba los niños de los vecinos y cuando estaban en la casa, jugando en la sala, viendo *PBS Kids*, la veía apoyada en la puerta como si estuviera en un trance. Estaba físicamente en el cuarto, pero no con nosotros. Tenía algunas pistas de quién pudo haber sido de niña. Por ejemplo, nunca vi a mi abuela cargar a un bebé. Nuestra congregación tenía una elevada rotación

de bebés adorables, pequeños angelicales y todo lo demás y, aun así, se resistía. La admiraba por eso, por negarse a ejercer el instinto maternal frente a ojos exigentes que trataban de verlo en ella, y ella sabía. Me preguntaba qué clase de madre había sido para mi padre, si alguna vez él había notado lo de los bebés. Me preguntaba cómo se sintió después de que mi abuela lo dejó para irse a Estados Unidos. Tendría unos quince años.

Sabía en mi corazón que todo lo que había hecho o podría hacer en Estados Unidos, mi abuela lo hubiera hecho más y mejor si hubiera tenido la oportunidad. Estás aquí para verla a ella, de hecho, no a mí. Mi corazón se sentía afligido bajo el peso de esa niña extinguida con grandes sueños de Broadway que yo me imaginaba momificada dentro de mi abuela. Yo era una princesa consentida. Ni siquiera había tenido que cruzar la frontera. Llegué en avión.

De inmediato me di cuenta de que mis abuelos recién descubiertos tenían cierto aire conspirativo y desde el primer momento me convencí de que me ocultaban cosas que algún día me causarían un daño enorme y espantoso. Entonces me propuse esculcar por el apartamento cada vez que pudiera. Mi abuelo guardaba sus posesiones secretas en el cajón inferior de su cómoda, pilas sueltas y condones. El botín de objetos secretos de mi abuela estaba en el cajón de su ropa interior: había un maquillaje bueno que no quería que yo encontrara, la loción corporal de Chanel que compró con devoción en cuotas de pago a seis meses y que no me dejaba usar. También había una misteriosa caja de zapatos llena de papeles en el armario, detrás de los suéteres de invierno. Durante esos primeros años, sentía una curiosidad incandescente por esa caja secreta, y fantaseaba con los papeles que contenía y que

demostraban que ellos no eran mis abuelos, que mis papás estaban vivos, que vendrían a buscarme y sabrían qué hacer conmigo. Pero cuando pasaron los años y esto no pasó, me resigné al hogar y a la familia que se me había ofrecido, agradecí a Dios por sus bendiciones y resolví hacer que se sintieran orgullosos de mí de la única forma que sabía.

No solo tenía que sacar buenas notas. Tenía que sacarlas de tal forma que me diferenciara de los demás. Solo eso impresionaba a mis abuelos.

Sacar la única A+.
79, pero la única en pasar.
Ser la primera persona en responder correctamente una pregunta determinada.
Un profesor con ojos aguados que los tomara de la mano en la entrega del report card para decirles: "No, don, doña, gracias *a ustedes*".

Con el tiempo, la llegada de la pequeña de su hijo muerto a Estados Unidos les devolvió algo de ajetreo a mis abuelos. Todo el mundo necesita una *raison d'être*. Mis abuelos ahora estaban seguros de que Dios me había reservado para hacer algo especial. Tantas veces me habían librado los golpes impredecibles del azar divino, la bondad y el regocijo, y encima de eso me habían encontrado en la garganta un ganglio linfático inflamado, el don del depresor de lengua Puritan. Ser inmigrante siempre ha sido un juego de azar, y aquí estaba yo ante ellos, su tiquete de lotería.

Mis abuelos hacían cálculos silenciosos a mi alrededor, ponderando la realidad del presente y toda su oscuridad con la posibilidad de un futuro más feliz. Me esforcé mucho para que el sacrificio valiera la

pena. ¿Qué fue *el sacrificio*? Fue todo lo que hicieron o dejaron de hacer para ayudarme a triunfar en Estados Unidos. El trabajo de mi abuelo era humillante y lo hacía por mí. Lo hizo por dinero, pero era dinero para mí. Y no por mucho dinero, mi abuela sería la primera en recordarte. Ser indocumentado no es para los débiles de corazón. Mis abuelos vivían jorobados, con los brazos entrelazados; escalar en este mundo significaba pararme sobre sus espaldas, y me lo hicieron saber. "Todo esto es por ti", decía mi abuelo mientras mi abuela le masajeaba las manos con Tiger Balm. "Mientras recibas una educación, todo habrá valido la pena".

El olor de mi infancia es *bleach* y especias calientes; mi abuela era meticulosa con las tareas del hogar y hervía canela, clavo y anís estrellado en una olla grande sobre la estufa de gas para enmascarar el constante olor a Clorox. Era acogedor y luminoso y hacía que la casa oliera a Navidad durante todo el año. A pesar de eso, no había nada que pudiera hacer ante el hecho de que las paredes de nuestro apartamento estaban cubiertas de una pintura de origen dudoso y podían caerte encima escamas del tamaño de una moneda de diez centavos mientras estabas en la ducha o cagando, como pedazos de cáscara de huevo que caían del cielo. Tampoco podía hacer nada en contra de la temperatura de la casa, que siempre estaba abrumadoramente mal. El dueño de la casa controlaba nuestra calefacción. Abríamos las ventanas si el lugar se sentía sofocante y prendíamos el horno cuando hacía demasiado frío. No es muy seguro, pero los calentadores portátiles estaban fuera de consideración. De niña les tenía mucho miedo a los calentadores portátiles. En invierno, las noticias en español están llenas de historias de guetos en llamas, calentadores que matan a personas

que no merecían morir, pura gente normal y agradable que solo tenía frío, qué atrevimiento. Ocupaba un espacio enorme en mi cabeza; otra alternativa es que ocupaba una cantidad normal de espacio en mi cabeza y eran todos los demás los que estaban locos.

La calidad del aire en nuestra casa no era buena para mí y cuando tenía doce años, mi pediatra dijo que tenía asma. Me quedé consternada. ¡Nací a 2,700 metros sobre el nivel del mar! Se suponía que mis pulmones tenían que ser espectaculares. ¿Mi pediatra no sabía… quién era yo? ¿Le decimos?

Mi abuela nació Fernanda Maldonado y al casarse con mi abuelo Francisco tomó su apellido. Ituralde. Se sentía atraída por hombres carismáticos y envanecidos. Me dijo que cuando era niña, jugaba un juego cuando estaba rodeada de adultos en las fiestas del barrio, donde escaneaba la habitación para determinar ante quién necesitaba dar vueltas para seguir con vida por más tiempo, por así decirlo. Entraba a una habitación y trataba de identificar a la persona más poderosa, y así fue como aprendió a detectar charlatanes. Es difícil dejar de pensar como un animal de presa. En realidad, es mejor no empezar nunca.

El papá de mi abuela nunca la reconoció y su mamá nunca la quiso, por lo que unos tíos la criaron. Después de doce años como la mejor estudiante en el Sagrado Corazón de Jesús —una escuela católica para niñas dirigida por monjas—, entendió la situación. Era huérfana, está bien, no podía hacer nada al respecto, pero podía convertirse en una huérfana muy famosa, quizás la huérfana más famosa de todos los tiempos. De todas las huérfanas del mundo, ella podría ser la abanderada.

Una vez vi a la señora que peinaba a mi abuela darse la bendición después de ver la cantidad de *bleach* que se necesitaría para hacerle rayitos. En algún momento tuvo el pelo castaño rojizo, pero se lo aclaraba todos los veranos y explicaba que tanto volumen y ondas de más eran gracias a todo el cloro de la piscina del YMCA. Esto había sucedido durante tantos veranos, y cada vez con tan buen gusto, imperceptiblemente elaborado por los metales duros del agua y María la del salón que, como una desgastada piel de oveja, el color que tenía ahora era el color que estaba destinado a ser: opulento.

Lo que deberías saber sobre mi abuelo cuando conoció a mi abuela es que, si acaso hubiera existido tal cosa (una clasificación de huérfanos), él hubiera querido la huérfana de mayor rango, a la más huérfana de todas. El trabajo de mi abuelo como vendedor de repuestos de carros usados en Ecuador le obligaba a viajar durante semanas seguidas. Cada vez que visitaba la ciudad de mi abuela, la amenazaba con llevársela para casarse con ella. A ella le atrajo su hambre de aventura, su cuello y la forma como se amarraba las botas. Quería decirle que sentía en su cuerpo todo lo que él sentía en el suyo, solo que era una chica, pero no fue capaz de decirlo. En lugar de eso, se casó con él. Existe solo una foto de ellos el día de su boda y ambos se ven tristes.

Hay algo en las caras de todos mis familiares y en la mía. Creo que en nuestros ojos se puede ver el tipo de tristeza que está en dos lugares al mismo tiempo: duelo por el pasado y luto por el futuro. Tristeza de forma históricamente significativa y visualmente satisfactoria. Verse triste como si fuera un trabajo.

Mi abuela era espectacularmente sensible. Siempre necesitó crearse un mundo diferente porque el que tenía al frente no le

servía. Cuando llegué yo, también creó nuevos mundos para mí. En los veranos de mi infancia, instaló una piscina inflable en el techo de nuestro edificio donde nos sentábamos con las piernas cruzadas para encajar frente a frente, con el cuerpo brillante por el aceite de coco. Me colgaba hilos blancos sobre el escritorio y alrededor y encima de la cama, para crear cortinas, cubiertas y formas, a las que yo entraba gateando para leer mientras ella preparaba atún, curtido y papas fritas gruesas, un almuerzo rápido de la costa.

Una noche, cuando mis abuelos pensaban que estaba dormida, escuché a mi abuela decirle a mi abuelo que tenía miedo de lo estéril que era el mundo para niñas como yo.

—Mira, Catalina es el gallo de pelea al que le apuestas todo el dinero —le explicó mi abuelo a mi abuela en susurros agresivos que, como de costumbre, recurrían a metáforas del Nuevo Mundo/viejo mundo que no lograba entender—. No importa a quién le pongan enfrente, en qué jaula la metan, en qué país del mundo tenga que pelear, ella va a ganar porque es un gallo de pelea de primera.

Pero yo no era un gallo de pelea de primera. Yo no era más que una niña. Esa parte, el hecho de que yo fuera simplemente una niña, es algo que mi abuela nunca olvidó y mi abuelo rara vez recordó.

Aunque hace más de una década no vivo bajo el techo de mi abuelo, todavía siento un nudo en el estómago todos los días, invariablemente, al anochecer. Mi abuelo salía del trabajo a las 6:00 p. m. y estaba en casa a las 7:00. Quería que mi abuelo no sufriera; era claro que siempre estaba sumido en un dolor profundo de disco de vinilo, que no lograba entender, pero que nos hacía correr a mí y a mi abuela como gallinas sin cabeza, siempre en movimiento, viéndonos productivas, porque si estábamos quietas él podría

comenzar a gritar, a escupir, podría entrar en soliloquio, frunciendo el ceño como ya sabes. A veces no nos dirigía la palabra durante cuatro o cinco días, pero se movía por el apartamento, compartía el baño con nosotras, aparecía en la ducha al mismo tiempo que yo y luego se alejaba frunciendo el ceño. Como no nos acompañaba en la mesa, yo le llevaba la comida a la sala de estar. Mi abuela calculaba cuánto se demoraría en comerse la comida, porque si tardábamos mucho en ir a recoger los platos, nos acusaba de olvidarlo, de que no nos importaba que él fuera así, de que él no nos importaba, que lo tratábamos como un idiota, como a un perro. Entonces ella calculaba cuándo terminaría y yo iba a buscar los platos.

—Al menos podrías soltarte el pelo —le decía a mi abuela antes de quedarse dormido en el sofá—. Veo mujeres que tienen el pelo suelto, que se maquillan y que se hacen las uñas para sus maridos. Todavía quieren cortejar a sus maridos, como si fueran novios.

—No voy a maquillarme ni a ponerme ropa para salir cuando estoy atrapada en la casa limpiando, cocinando y lavando la ropa. ¿Quieres que haga eso con tacones?

—Bueno, pues pareces una lesbiana —le dijo.

—Por si vale de algo, creo que te pareces a Theodore Roosevelt —lo interrumpí.

—Dios mío, hija, ¿qué quieres decir? —dijo ella.

—El presidente estadounidense que era un poco gordo, tenía bigote y vestía ropa de safari, ¿sabes?

—No, Catalina, no, no sé quién es —dijo.

—¡Ay, seguro que sí sabes! —insistí—. Hay una estatua de bronce de él frente al Museo de Historia Natural. Y otra adentro, en una

banca. ¿Te acuerdas de que me pediste que te tomara una foto con esa estatua de bronce?

Ella me miró sin expresión alguna.

—¿Tenías puesto ese sombrero que odio?

Pensó que eso había sido muy chistoso. Ese era mi trabajo cuando pequeña: disipar la tensión y aligerar el ambiente. Uno de los primeros lugares que vi en Estados Unidos fue el Museo Americano de Historia Natural. Mis abuelos me llevaron unos días después de bajar del avión. Nunca había visto un gran mamífero norteamericano, y ahora ante mí tenía un oso grizzly sobre sus patas traseras. Me sentí cohibida.

Para la ocasión, mi abuela se había puesto lo que hasta ahora puedo describir como un traje de safari. Pantalones color canela, camisa verde olivo claro, un cinturón blanco delgadito, una chaqueta de ante color canela, todo ello adquirido en sus famosas tiendas Goodwill (famosas para mí: siempre andaba en esas tiendas). Vi que su conjunto se parecía al del hombre de la estatua. Pasamos por la primera estatua en la entrada del edificio: Theodore Roosevelt a caballo, liderando a un guerrero nativo americano a un lado y a un guerrero africano al otro lado, ambos siguiéndolo bien atrás a pie, viéndose increíblemente honrados de poder ser actores secundarios en la historia que Teddy se contaba sobre sí mismo. Cerca de la salida del museo había otra estatua de bronce de Roosevelt, esta vez sentado en una banca. Apenas la vi, pensé que este Teddy también estaba vestido exactamente como mi abuela. Era demasiado tímida para comentarlo, acababa de conocer a mi tercer par de padres y estaba haciendo todo lo posible para conservarlos. ¡Me porté lo mejor que pude! Pero no podía contener la risa. Ella me preguntó

qué me hacía tan feliz y nunca se me ha dado bien mentir, así que simplemente se lo dije.

—Qué mala eres —me dijo, con los ojos brillantes.

Fue lo primero que supo sobre mí.

Eso fue hace mucho tiempo. Tenía mucho que aprender sobre la maldad.

Tengo una pregunta. Eres una chica de veinte años que camina a casa desde la estación de tren con una chupeta en la boca o, si lo prefieres, un banano, la hierba gatera de los hombres comunes y corrientes y su entusiasmo por la imaginería fálica. No sabes cómo hacen mamadas las mujeres, pero sí sabes cómo hacen mamadas las actrices porno, y esa es la coreografía que los hombres heterosexuales tienen en la cabeza. ¿Cómo interactúas con la chupeta de forma no pornográfica? No es fácil. Si te la dejas en la boca por mucho tiempo, para evitar interactuar con ella, salivarás, y al principio pensarás que dejar que la saliva se te acumule en la boca es inteligente, que los transeúntes solo verán el palo en la boca, Clint Eastwood con un palillo, pero en algún punto tendrás que tragar la saliva acumulada, y entre más esperes, más duro tendrás que tragar. Podría doler. O podrías ahogarte. Me lo estás poniendo muy fácil.

En la revista, generalmente era reservada. Los otros practicantes eran inteligentes y amables conmigo, pero no salíamos después del trabajo. Me sentía intimidada por las practicantes mujeres. No se maquillaban e iban a ver a gente como Noam Chomsky hablar en las librerías después del trabajo. Si en algún momento se les escapaba que habían ido a un colegio privado, o que sus padres eran médicos o jueces, yo tomaba una nota mental de calificarlas con mayor

intensidad cuando hablaran. En cuanto a los hombres, sus padres también eran médicos y jueces, y también fueron a colegios privados, pero se esforzaban por mantenerlo en secreto de mí. En Bolivia habían elegido a Evo Morales como primer jefe de Estado indígena y ellos eran *baby* marxistas. Teníamos tanto en común.

A las pocas semanas de empezar la práctica, Jim me llamó a su oficina.

—Entra, Catalina. Cierra la puerta —dijo.

Había oído hablar de las evaluaciones de desempeño.

—¿Es esto una evaluación de desempeño? —pregunté.

—¿Qué? No. Estás haciendo una práctica. No estás en problemas. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo veinte.

—Eres una niña.

Sonreí.

—¿Cómo dices escombros en inglés? —preguntó en un tono de voz notoriamente neutral.

—¿Debris? —me arriesgué.

—Debrí —me corrigió.

—Ah —dije, y se me puso la cara caliente.

Siempre había pensado que se pronunciaba la *s*.

—Catalina, ¿eres autodidacta? —preguntó—. A veces, puedes saber si alguien es autodidacta porque ha leído todos los libros, pero no ha oído pronunciar los nombres de los autores.

—Para nada —dije—. Estudio en Harvard. Lo opuesto de ser autodidacta.

—Di esto: G-o-e-t—h-e.

—No sé. ¿Fue quien escribió *Cándido*? Me encantó *Cándido*.

—No, ese es Voltaire —dijo—. Pronúncialo, por favor.

—Sé de quién estás hablando, pero no sé cómo decirlo, entonces ni lo intentaré.

—Hay idiosincrasias en lugares como este —dijo, respirando profundamente antes de comenzar, preparado como estaba para su propia verborrea—, pequeñas reglas que gobiernan el pensamiento y el comportamiento de las personas. Es un código de la clase intelectual de Nueva York, que es, lamentablemente, donde nos encontramos. ¿Te dije dónde crecí?

No me lo había contado. A Jim Young lo crio una madre soltera en una casa rodante en la zona rural de Wisconsin. Cuando era pequeño estaba obsesionado con *Moby Dick*. En la secundaria, fueron Faulkner y su *¡Absalón, Absalón!* Fue el primero en su familia en ir a la universidad, también a Harvard, también con una beca. Durante su tercer año, mientras publicaba folletos para el *Advocate*, me contó, se le escuchó pronunciar Nabokov como lo dice Sting en la canción de The Police "Don't Stand so Close to Me". NA-ba-kov. Lo dejó en evidencia. Coetzee, Barthelme, eran delatores de que él no era uno de ellos.

¿Por qué nadie me había corregido?

Es complicado, explicó. No quieres ser de esos que corrigen la pronunciación, sería incómodo para cualquiera, y aquí la dimensión racial complicaba el asunto de forma muy violenta. Además, él pensaba que en eso había una especie de condescendencia, una necesidad subconsciente de tener siempre un extraño entre ellos que les recordara lo que no eran.

—Lo último que diré, y luego prometo dejar de actuar como un papá: si vas a las fiestas, vete antes de que aparezca la cocaína.

No sé si esto lo dijo en serio o en chiste.

—Ni siquiera sé ordenar un trago —dije.

Técnicamente verdad. Tenía poco menos de veintiún años y, aunque bebía lo que pensaba que eran cantidades imposibles de rastrear de licor de las botellas que mi abuelo guardaba en el congelador y debajo del lavaplatos de la cocina, tenía miedo de infringir la ley.

—¿En serio? ¿No tienes ID falso?

—No, no tengo —dije.

—Mmm —dijo—. Cierra la puerta por completo al salir, por favor. Si apago las luces no sabrán que estoy aquí.

Lo que Jim Young no entendía era que yo en realidad era lo opuesto a una autodidacta. Incluso antes de Harvard, mi educación se complementó con los entusiastas discursos de mi abuelo después de la cena, cuando era pequeña y estaba dispuesta a escuchar, y cuando él era más joven y le emocionaba ser mi guía. *Esta noche te contaré sobre Rosalía Arteaga, la primera y única mujer presidenta de Ecuador,* decía. *Esta noche te voy a explicar la Gran Colombia. Esta noche aprenderás sobre la circuncisión y los campos de fútbol que Pablo Escobar construyó para los pobres en Moravia. Esta noche te explicaré los sicilianos.* Él amaba los libros, pero odiaba las novelas, descartándolas por completo como infantiles e indulgentes. Gabriel García Márquez entró a nuestra casa gracias a su duplicidad, evidente desde que era un joven periodista que quería escribir una historia sobre un naufragio, pero descubrió que sería una mejor historia si se la inventaba. Todavía era un periodista activo cuando se publicaron sus cuentos en el periódico. El primer libro de Gabo que mi abuelo me compró, a un vendedor ambulante en Jackson

Heights, cuando tenía alrededor de trece años, fue *Noticias de un secuestro*, un relato semificticio de un puñado de secuestros de alto perfil por parte de los carteles de Colombia a principios de los años noventa. Me encantó.

A veces temo que todo lo que pienso y que creo que siento por el mundo no es más que una mezcolanza de pasajes de libros que leí cuando era niña o fragmentos llamativos de opiniones que mi abuelo expresó en 2004. La primera vez que vi un hongo rojo venenoso, sentí que debía pedirle un autógrafo. ¡Lo había visto dibujado en libros de cuentos una y otra vez! Aunque no siempre es tan agradable. Cuando me tomo una Coca-Cola Light, mi cerebro inmediatamente se dirige a las conferencias de mi abuelo y pienso: "Dios mío, la Coca-Cola de Coca-Cola y los escuadrones de la muerte".

—Háblame otra vez de los desaparecidos —le preguntaba a mi abuelo.

Los desaparecidos.

—¿Cuáles? —preguntaba.

Casi podría haber muerto. ¿Cuales? ¡¿Cuáles?! Los conocía a todos. Los argentinos legendarios. Por supuesto, los chilenos. Los colombianos. Los haitianos. Los peruanos. Los ecuatorianos. No podía creerlo. Es verdad, es muy cierto, América Latina era real.

Mi abuelo era un hombre vigilante. "Tengo ojos de águila, mira", decía, mientras se abría el pálido párpado inferior. En el metro, por ejemplo, se dio cuenta de que el tipo de gringo que lee el *New York Post* era diferente al tipo de gringo que lee el *New York Times*; no sabía exactamente por qué, pero la diferencia era obvia para él. Podía entender el inglés del *Daily News*, pero no podía entender el

inglés del *New York Times*, entonces yo tendría que aprender el inglés del *New York Times*. Envió un giro postal y me regaló una suscripción.

A principios de agosto, antes de empezar mi primer año de secundaria, mi abuelo me enseñó a coger el metro para la escuela practicando juntos la ruta. Me cronometraba en su Casio negro grueso y nos hacía bajar en paradas al azar para poner a prueba mi capacidad de volver a la casa o a la escuela con ese elemento de desvío incorporado. Durante el "entrenamiento" me hizo ponerme un abrigo acolchado para que hubiera un elemento realista y extremadamente estresante, porque, según me dijo, cuando vayas tarde (él sabía que yo iría tarde) y cambien la ruta y los trenes vayan a reventar, sudarás de pura rabia.

Mi abuelo me enseñó a abrir una cerradura con dos ganchos de pelo; me enseñó las leyes de extradición de los principales países latinoamericanos y de Francia, Alemania y Suiza; me enseñó la diferencia entre el marxismo de los sandinistas y el de las FARC y cómo hacer que un Nescafé tuviera buen sabor (con canela y leche condensada). Decía que eso era lo que había que saber como persona culta y que era una pena que hoy en día en las escuelas no se enseñara nada.

Por mi abuelo también sabía que podría parecerles atractiva a los hombres. Empezó a evaluarme cuando era pequeña. Me decía que tenía una boca bonita, pero que me vería mejor si dejaba de vestirme como una callejera, es decir, como una prostituta o una pandillera, según el caso. Si estaba de buen humor, se ponía a bailar y me envolvía en un abrazo que se convertía en una cumbia silenciosa, una salsa, una bachata o un merengue. Incluso en

ausencia de música, el orgullo panlatino había convertido mi cuerpo en una rocola de glosolalia tropical. Si mi abuela me veía en *shorts* o si un vestido se me subía y no lo arreglaba, si me gustaba, si me lo subía hasta la parte de arriba de los muslos donde eran más lindos, piernas de marquesa servidas a la mesa, ella me regañaba y llegaba con un suéter o una manta, y me decía que necesitaba vestirme más modestamente cerca de mi abuelo porque hasta los abuelos eran hombres. Oía a mi abuelo caminar como un hombre medio muerto en medio de la noche, buscando a tientas sus tabletas de Nicorette en los cajones de la cocina. Cuando volvía a la cama, tenía que pasar por mi habitación (era un apartamento sin corredores) y me besaba en la cabeza pensando que estaba dormida. Tenía el pelo espeso y negro y olía ligeramente a pomada. También decía eso, que hasta los abuelos eran hombres.

Yo tenía muchas ganas de enamorarme antes de graduarme de la universidad. Nunca me había enamorado y estar enamorada significaba recibir señales sobre cómo sentirme y cuándo. Cuando me vestía, podía verme como me imaginaba que me vería un chico enamorado. Podía ver cómo, bajo la luz adecuada, hasta mis dolores de cabeza y sangrados de nariz, mi sensibilidad a la luz, la forma como me estremecía ante el más mínimo roce con el brazo de un extraño, podían ser sexy. Un poco de delineador en los ojos y un brasier *push-up* y podría ser una de las mujeres de Almodóvar al borde de un ataque de nervios. Pero, para eso, necesitaría un público. Por suerte, los chicos constituían un público confiable.

Me gustaban los chicos que olían bien y los chicos que no podían conducir. Me gustaban los chicos que jugaban fútbol, fútbol americano, béisbol, básquet y tenis. En general, me gustaban los

bateristas. Me gustaban los bautistas tristes del sur y los evangélicos torturados de Hawái. Me gustaban los chicos que parecían una noche de Harlem a finales de julio, postulando lo imposible, un verano eterno. Me gustaban los chicos que se recostaban contra la pared, como Jordan Catalano, y los chicos que leían a DeLillo en el comedor. Me gustaban los chicos bien adaptados a los que sus padres no abrazaban y los chicos sin alma con madres bien *cool*. No importaba quiénes fueran. Importaba quién era yo. Las instrucciones de los personajes eran claras, esto podría salir de diferentes maneras, era encasillar, pero podía improvisar por ahí, apropiarme del papel. Podría hacer de Natalie Portman en *Tiempo de volver* imaginada como una mujer bronceada que se autolesiona, con un trastorno límite de la personalidad, o de Freida Pinto en *¿Quién quiere ser millionario?* con un piercing en el pezón y un tatuaje de Kafka. La misma frase funcionaría con todos*. Puedo ser devastadora en la cama*.

Es difícil que la frase salga bien, pero podría ser buena diciéndola. Nunca fui exactamente hermosa, pero mi cuerpo me hacía caso cuando lo dirigía a los hombres. Sé que así es como los hombres escriben a las mujeres, pero como los hombres escriben a las mujeres es como aprendí a hablar inglés.

Era verano en Nueva York y solo en verano me veo como me imagino que el Señor me creó para que me viera. Camilo era lindo. Hablar con él no se sentía como jugar tenis. Él nunca tomaría un riesgo. Pero me gustaban sus brazos y cómo me imaginaba que me sentiría en ellos. No quería un sustento regular y él no me lo estaba ofreciendo, pero un día me pidió mi número de teléfono por el correo electrónico de la oficina porque, supongo, la caminata hasta

mi puesto de trabajo era prohibitiva. Me mandó un mensaje de texto de inmediato. *Hola, soy Camilo.*

Había encontrado a Camilo y ahora la vida era emocionante. Necesitaría ropa nueva, un nuevo color de pelo, un tratamiento de acondicionamiento profundo, uñas nuevas, necesitaba exfoliarme, afeitarme y depilarme, necesitaba arreglarme las cejas y pensar profunda y responsablemente si quería hacerme el flequillo y si alguna vez le di una oportunidad honesta al *bluegrass*. Necesitaba decidir cuál era mi bebida característica, a los escritores les gustaba el *whisky*, pero cuando quería beber sin que mis abuelos se dieran cuenta, ponía un poco del vodka de mi abuelo en mi Dr Pepper, que ya tiene un olor medicinal, y Carrie Fisher tomaba Coca-Cola, Britney Spears tomaba Pepsi, Sprite tiene credibilidad en las calles, pero la Dr Pepper no tiene ningún efecto en la cultura. Considera también si "Catalina" necesitaba un apodo. ¿La gente me diría Kitty? Katherine Kennedy se hacía llamar Kick. ¿Cómo se llega a ser Kennedy? Me sentí como un joven Joseph Kennedy, nieto de inmigrantes irlandeses que lo quería todo. Pero yo quería seguir siendo contrabandista, y también convertirme en presidente y fiscal general y también ser Marilyn Monroe.

Fue Camilo quien me mostró a Lou Reed.

Me cuesta saber cómo expresar esto. Yo era una chica a la que el regalo de un *mixtape* no le producía sorpresa ni, a estas alturas, emoción. Así que cuando Camilo apareció en mi escritorio y me ofreció una caja de CD de color azul joya con la etiqueta *Lou Reed para CMI* (mi segundo nombre es Marisé), la sinceridad del gesto me tomó por sorpresa. No me parecía apropiado que un chico inteligente fuera tan increíblemente sincero. Balbuceé un gracias.

Pasó por mi escritorio todas las mañanas durante tres días seguidos para preguntarme si ya lo había escuchado. No había tenido tiempo. A la cuarta mañana me avisó que iba a hacer un pequeño viaje con él durante nuestro descanso del almuerzo. La revista estaba en horario de verano, lo que significaba que casi nunca había nadie, excepto los practicantes y la recepcionista.

A las doce del día pasó por mi escritorio.

—¿Lista?

—¿Puedo saber a dónde vamos?

—Nos bajaremos cuando sea. No te preocupes.

Caminamos hasta la estación de metro de Christopher Street y tomamos el 1 uptown.

Sin decirme nada, sacó unos audífonos enredados de la maleta, se puso uno en la oreja, me entregó el otro para mi oído derecho y pulsó *play*.

Viajamos veinticinco minutos uptown, que es más o menos el tiempo que nos tomó escuchar la lista de Lou Reed en su iPod. "Sweet Jane". "Walk on the Wild Side". "Heroin". Salimos solo para cambiar de dirección y regresar al centro de la ciudad, a la oficina.

En los años 70, Lou Reed conoció a una chica llamada Rachel Humphreys en un club en Greenwich Village. Estaba deslumbrado. Ella no había nacido como *Rachel* ni como *Humphreys*. Al igual que él, se había creado a sí misma, había nacido como una criatura mexicano-estadounidense con pómulos altos, labios carnosos y pelo negro azabache. Era una mujer trans que trabajaba como *drag queen*. Comenzaron a salir. La canción principal de su disco de 1975, *Coney Island Baby*, le dedica una linda mención. *¡Esto es para Lou y Rachel, y para todos los niños de la escuela P.S. 192!* Una noche,

Rachel llegó a la casa sangrando. La habían asaltado. El médico de Keith Richards la examinó y dijo que estaba bien. Reed llamó a Andy Warhol para pedirle consejo, y él lo instó a llevarla al hospital. No sé qué pasó después. En su diario, Warhol termina la anécdota explicando que él llama a Rachel *ella*, pero Reed usa el género equivocado. No es exactamente una crítica. Luego Rachel desaparece de los libros. Murió joven en 1990 por complicaciones de sida y está enterrada en Hart Island, un cementerio masivo frente a la costa del Bronx donde hay otro millón de cuerpos sin reclamar; una fosa común.

Lo primero que hicieron los europeos cuando pusieron un pie en el Nuevo Mundo fue nombrar las cosas. Yo también quería que me descubrieran y que me pusieran nombre. Quería que todo lo salvaje que había en mí tuviera nombres estúpidos como *Dendropsophus ozzy* y avestruz. En García Márquez, la gente enamorada experimentaba ataques de vómito, fiebre psicosomática y auténtica catatonia. Yo también quería hacer que los chicos se enfermaran. Así era como quería que me quisieran.

La única persona en el mundo que realmente entendía cómo amarme vivía en Bushwick. Saint Brigid era la iglesia puertorriqueña-ucraniana-filipina local, la más pagana de las iglesias católicas de la zona. Había una estatua de Jesús crucificado de dos metros de alto a la derecha del altar. Ya no era católica, pero cuando pasaba por ahí sentía unas ganas terribles de entrar. Jesús vivía ahí, y mi lenguaje de amor era el sacrificio sangriento.

Mi abuela decía que Jesús fue creado a imagen del Señor y que Dios era perfecto, entonces Jesús era el hombre más perfecto que jamás haya existido. A ella y a sus amigas de la congregación les

gustaba hablar sobre cuál de los apuestos hombres de Hollywood se parecía más a Jesús. En ese momento, el consenso era que se parecía a Benicio del Toro con barba.

Me bautizaron católica y tuve mi primera comunión. Fui a la escuela católica hasta octavo grado y a misa los sábados por la noche. Lo que más esperaba con ansias era la homilía. Me encantaba aprender sobre Jesús. Su mejor amigo era Juan, y tal vez estaban enamorados, y él también estaba enamorado de María Magdalena, que era prostituta, y cuando alguien lo tocaba entre la multitud sentía que la energía abandonaba su cuerpo. Comulgar era una experiencia trascendental que superó lo que creía posible. Aceptaba la hostia con las manos y mientras caminaba de regreso a la banca, con la hostia completamente pegada al paladar, se me llenaban los ojos de lágrimas al pensar que ese hermoso carpintero me amaba tanto que me lo demostraba muriendo lentamente frente a mí, rodeado de sus compadres, tres criminales zalameros que se desangraban como John Leguizamo en la película de Baz Lurhmann. Lo mejor de todo es que cronometró su muerte: murió joven, pero no a la edad del cliché del póster universitario. Ya estaba decidido para los treinta y tres años, la edad que tenía J.Lo cuando filmó "Jenny from the Block", y fueron jóvenes para siempre gracias a su linda piel morena. Juguemos bonito con los otros niños y ofrezcamos una metáfora de comida para describirlo. Fue como darle el primer mordisco a un masmelo carbonizado. Realmente lo fue, es lo importante.

Luego, cuando tenía diez años, mis abuelos anunciaron que nos convertiríamos en testigos de Jehová. Ya no querían la sangre y las vísceras de la Iglesia Católica. Querían las luces fluorescentes y la

alfombra azul oscuro del Salón del Reino, la ausencia de ídolos, de imágenes o de cualquier tipo de arte, y los libros, todos los libros. Mi abuela dejó de ver telenovelas y comenzó a vestirse con modestia, faldas más largas, sin lápiz labial rojo, medias veladas. Fue un cambio sorprendente de ver en alguien tan opuesta a la docilidad. En mi caso, extrañaba la Iglesia Católica. Era como pasar de usar oro a usar plata esterlina.

En la congregación, las oportunidades de liderazgo y servicio se llamaban "privilegios", y los hermanos y hermanas que recibían dichos privilegios eran considerados los más piadosos. Cuando tenía dieciséis años, un anciano llevó a mi abuelo a la oficina donde tenían reuniones con personas que se habían portado mal. Leyó en voz alta una carta de la sede central que despojaba a mi abuelo de todos los honores y deberes que tenía en la congregación, liberándolo de sus responsabilidades como acomodador y líder de la oración de la congregación. Se le revocó todo lo que pudiera interpretarse como un privilegio. Mi abuelo era indocumentado, argumentaba la carta, por lo que legalmente se lo consideraba un *fugitivo*. Los cristianos debían ser ciudadanos modelo, Jesús mismo instruyó a sus seguidores a dar al César lo que es del César, y los fugitivos no lo hacían. Mi abuelo salió de esa habitación y lloró. Esta parte me la estoy imaginando. Nunca me lo diría. Me imagino que lloró.

Incluso en el Museo Metropolitano, eran las salas de arte medieval las que me encendían un fuego en el corazón. Pensaba en cuáles de las reliquias de la sala, los crucifijos y los vitrales, podrían haber sobrevivido a la Inquisición española. Tenían crucifijos bañados en oro de 1125, de 1220, de 1370, de 1450; algunos de estos eran del siglo XV y del siglo XVI. ¿Y si estos eran los mismos crucifijos que

vieron mis antepasados indígenas cuando murió su dios rey? ¿Habían visto mis antepasados africanos, traídos a América Latina como esclavos, este mismo crucifijo durante sus conversiones forzadas? Y luego mis *otros* antepasados, los blancos. ¿Habría algo del año en que Francisco Pizarro puso un pie en América del Sur? He visto dos objetos de 1532 en el museo y ambos son aburridos. Uno es un cáliz plateado y dorado anodino de Francia, y el otro es un vitral redondo que representa la tentación de San Antonio, un hombre santo que renunció a todas las posesiones humanas y a los deseos corporales por Dios y se retiró al desierto para vivir como ermitaño; sin embargo, por la noche tenía alucinaciones de bestias y demonios que lo torturaban, porque no podía escapar de la tentación. Obviamente era alemán.

Las historias de los mártires católicos eran tan reales para mí como las historias del Antiguo Testamento, que eran tan reales para mí como las historias que mi abuelo me contaba sobre Ecuador y las historias que mi abuela me contaba sobre sí misma. Es decir, poco fiables. Mientras mi abuelo revivía sus recuerdos de la escuela militar con un detalle agonizante durante lo que se sentía como cada noche en la mesa del comedor, yo sabía muy poco sobre la vida de mi abuela antes de llegar a Estados Unidos aparte de lo que he esbozado exiguamente aquí para ti. Mi abuela tenía explicaciones cambiantes para su ojo de cristal. Tuberculosis, malaria, enfermedades que realmente no podía imaginar que concluyeran en un ojo de cristal. Una vez me contó que cuando era muy pequeña, su madre biológica la había golpeado con un balde de metal en la cara y le había herido el ojo. Nunca la llevaron al hospital. Poco después, al igual que yo, se fue a vivir con unos tíos. No está claro si

la abandonaron o se la llevaron. Escuché esta historia una vez y mi abuela nunca más la volvió a contar. Sabía que debía atesorar ese fragmento de información y no preguntar más.

Puedes matar las cosas al preguntar sobre ellas, no al pensar en ellas.

Llovió mucho en agosto. Me acostumbré a volver a la casa completamente empapada porque nunca me acordaba de llevar una sombrilla. Además, me gustaba el drama. Caminar bajo la lluvia me hacía sentir invisible, y lo fui durante mucho tiempo. La forma en que la gente blanca chocaba conmigo si no me quitaba primero de su camino podía ser aterradora. Pero otras veces ser invisible era estimulante. Podía moverme por la ciudad como si nadie me viera. Podía estar en todas partes, todo el tiempo, y nadie tenía por qué saber. La ciudad guardaba mis secretos. Cuando finalmente llegaba a la casa, y después de una ducha, me sentaba en el suelo, al pie del sofá de dos puestos de mi abuela. Me acostaba boca arriba y leía mientras ella veía *El gordo y la flaca*. Le pregunté si alguna vez había leído *Cien años de soledad*.

—Gané un concurso de escritura sobre Gabriel García Márquez. Ah, ¿pensabas que tu abuela era una bestia del campo? ¡Gané el primer lugar en toda la escuela antes de que tú fueras un destello en los ojos de tu madre!

—¿Qué libro era? ¿Lo leíste de verdad?

—Era *Cien años de col…* No, era... *El amor en los tiempos del cólera*.

—No lo leíste.

—Sí lo leí.

—¿De qué se trata?

—¿Quieres que te cuente cómo lo leí? Leía una página, me saltaba diez, leía una página, me saltaba diez, y así sucesivamente. Entendí el punto. No es tan complicado y, además, era demasiado largo.

Era fácil querer a mi abuela cuando era así. Tonta, irreverente, consciente de sí misma.

—Ahora corre a la tienda, Milagrito, y recoge mi tiquete de lotería.

Mi pequeño milagro.

Todos los viernes, mi abuela me pedía que pasara por la tienda y comprara un tiquete de lotería y todos los viernes me pedía que escogiera los números. Me sentía avergonzada por la sinceridad de la petición y señalaba en silencio los números más cargados de emoción que se me ocurrían: mi fecha de nacimiento, su fecha de nacimiento, las fechas de nacimiento de mis padres muertos.

A pesar de nuestra conversión, mi abuela se aferró a los viejos dioses, las viejas tradiciones, a su propia manera de hacer las cosas. Por ejemplo, la lotería. La lotería se consideraba apostar, lo cual estaba prohibido. Pero mi abuelo pensaba que yo tenía suerte, y mi abuela no era tonta. Si su nieta era una pata de conejo, iba a ponerla a prueba. Ella todavía creía en los milagros, tal vez por mí, pero sobre todo por Elián González y los delfines. Elián tenía cinco años cuando se perdió en el mar, el único sobreviviente de la balsa en la que flotaba desde Cuba. Su madre se ahogó. Mi abuela fue una de las muchas personas que creyeron que había sobrevivido porque los delfines habían rodeado su balsa y lo habían protegido. Sobre mi cama había un póster de Preciosos Momentos con marco dorado que mostraba una bailarina rubia acompañada de: "Señor, mantenme alerta". Costaba esfuerzo alcanzarlo. Escondido dentro del marco había un montón de tiquetes viejos de lotería doblados

por la mitad y dos pasaportes visiblemente marrones, el mío y el de mi abuela, un sueño de escape para dos chicas indocumentadas.

El verano se acercaba a su fin y yo estaba cabizbaja. No me había pasado *nada*. Nada emocionante, nada definitivo; ningún despertar de ningún tipo. Mi relación con Camilo se había estancado. Mi abuela percibía mi intranquilidad y vi cómo intentaba adaptar la más mínima oportunidad de aventura.

—¿Sabes en qué estaba pensando? —dijo una tarde, desde el sofá —. Si quieres quedarte fuera hasta tarde con tu amigo mexicano, deberías devolverte en taxi a casa. No quiero que estés tarde en el metro.

Me entregó un billete de veinte dólares, para que no tuviera que pedírselo a mi abuelo.

—Mira, Catalina —dijo en voz baja y grave—. Nunca le pedirás dinero a un hombre. Nunca extenderás la mano y le pedirás a un hombre un café o una toalla higiénica o una casa. Tienes que prometerme.

Le prometí.

Mi abuela debió haber guardado su dinero. Cuando le dije a Camilo que mi abuelo quería que volviera a la casa a las 10:00 p. m. entre semana, él no me pidió que rompiera mi hora de llegada ni siquiera por una noche como probablemente lo habrían hecho todos los chicos malos de *The Outsiders*. Trató de *cumplir*, y miraba su reloj nerviosamente como si quisiera impresionar a mi bendito abuelo, como si traerme a casa a tiempo y no follarme fuera a impresionar a mi bendito abuelo. Lo hacía ver patético ante mis ojos. Podía ver en Camilo, a sus veintiún años, incluso bajo la sombra proyectada por su devastador perfil de estrella, que tenía opiniones

firmes sobre el cuidado del césped y sobre cómo debería tratarlo a uno el personal de un hotel durante un viaje a República Dominicana; como un Wallace Stevens caminando a su trabajo de ejecutivo en una compañía de seguros en Hartford todas las mañanas durante décadas, incluso después de ganar el Pulitzer; escribiendo poemas en la parte de atrás de su mierda de policía que parecía una libreta de permisos en Connecticut. Yo también pude haber ido por ese camino, pero no me parezco a Wallace Stevens, una maldición que está en la raíz de todos mis placeres y un factor en algunas de mis grandes melancolías.



SEGUNDA PARTE

Semestre de otoño

UNA DE LAS PRIMERAS cosas que noté en Harvard, días después de estar ahí como estudiante de primer año, es que admirar el Annenberg, el comedor de estudiantes de primer año, te hacía parecer turista. Era realmente hermoso, aunque un poco caduco, en forma de catedral, con tres pisos de alto, vitrales, enormes candelabros, placas de mármol grabadas con los nombres de hombres de Harvard que murieron en varias guerras. Pero era importante no actuar impresionado. Supongo que puedes *estar* impresionado, aunque *impresionado* no es la palabra que usaría para describir lo que sentía. Hace mucho tiempo aprendí a hacer que los ojos se me apagaran frente a cualquier cosa o persona que me llamara la atención. Era una cuestión de dignidad.

En mi graduación de high school, mi profesor de Hotelería y turismo de décimo grado me dio un consejo: "Quiero darte un consejo, Catalina", dijo. "En esta escuela, eras un pez grande en un estanque pequeño. En Harvard, serás un pez muy pequeño en un estanque muy grande, y es mejor abordarlo con humildad". Durante mis primeros tres años en Harvard seguí ese consejo, mantuve la cabeza abajo y les dije sí señor y sí señora a mis mayores. Era otra forma de mantener mi dignidad intacta, al evitar toda percepción y juicio; invisibilidad deliberada. Al comienzo del último año, podía sentir en mis huesos que ya no podía más. Durante tres años había

estado tan ocupada sintiéndome pequeña y trágica como para aceptar mi deslumbrante paso a la madurez en la universidad más famosa del mundo. Ahora era diferente. Tenía que ponerme al día. Sentí que emergía completa y sin una historia de fondo, como Atenea nacida de la frente de Zeus completamente formada.

También estaba triste y sola. Había pasado esos primeros tres años apartando a mis posibles amigos por una variedad de razones: Brian me mostró un video de skateboarding de trece minutos con una canción de Foo Fighters, Víctor hizo un chiste sexista sobre Feist a expensas de Fiona Apple, me besé con el exnovio de Josephine mientras se daban un espacio, este último fue completamente mi culpa.

Nunca había sido buena para mantener amigos y estaba especialmente perpleja ante el enigma de la amistad femenina. Me imaginaba que no les caía bien a las chicas, por eso nunca me invitaban a almorzar ni a fiestas de cumpleaños ni a las fiestas antes de los partidos de fútbol, pero la verdad es que sí me invitaban, pero yo no aparecía. Se me olvidaba, me enfermaba, las dejaba plantadas, me daba mucha pena volver a hablar con ellas. Los chicos eran más tolerantes conmigo cuando hacía ese tipo de cosas. Podía desaparecer durante semanas o meses seguidos, y ellos no hacían preguntas. A veces ni siquiera se daban cuenta.

Delphine Rodríguez era mi mejor amiga en Harvard. Era puertorriqueña, de piel aceitunada y pecas en pequeños racimos alrededor de unos ojos negros brillantes. Normalmente me cohibía cuando estaba con otras latinas en la universidad. Sabía demasiado sobre ellas. Todo sobre mí dolía, y me imaginaba que todo sobre ellas dolía también, y exactamente de la misma forma. Me

imaginaba que sus botas de lluvia eran de TJ Maxx como las mías. Por eso escuchaba a los Decemberists. Pero quería estar cerca de Delphine y no podría explicarte por qué. La conocí durante una actividad para romper el hielo en las residencias de primer año que ella dominó. El asistente de residencia, un estudiante de primer año de la Divinity School de Harvard que estudiaba para ser ministro episcopal, dijo: "¿Cuándo te diste cuenta de que eras graciosa?", y Delphine dijo: "Cuando mi mamá se suicidó". Yo tampoco tenía mamá. Delphine y yo parecíamos dos personajes diferentes del mismo animador de dibujos animados. Teníamos ojos grandes y oscuros y párpados oscuros y ojeras aún más oscuras, como dibujos que pudo haber descartado Tim Burton por verse demasiado étnicos. Cada Halloween quería que nos disfrazáramos de las gemelas espeluznantes de la fotografía de Diane Arbus, pero Halloween para Delphine era ir demasiado lejos. Al igual que yo, Delphine también había crecido siendo testigo de Jehová. Nos hubiéramos visto putamente aterradoras.

Nos volvimos muy cercanas muy rápidamente. Desde que nos volvimos amigas, nos hicimos tatuajes de corazones iguales en los tobillos, piercings iguales en el ombligo, y cada una tenía la mitad de una cadena de amistad. Lo que teníamos no era romántico, pero era urgente y posesivo y lleno de altibajos. Si estuviéramos casadas, hubiéramos renovado nuestros votos muchas veces. Nuestra relación sufrió un duro golpe en el segundo año, el año de las históricas elecciones de 2008. Delphine era ciudadana estadounidense y no votó. Se suponía que los testigos de Jehová tenían que ser neutrales frente a los asuntos políticos, una neutralidad que incluía no votar, pero yo estaba segura de que, si yo fuera ciudadana

estadounidense, votaría. Me propuse conseguir que Delphine se registrara. Le envié enlaces. Le envié recordatorios. No se registró para votar y no votó. Lo sentí como un ataque personal. No entendía mucho sobre la política electoral estadounidense, aparte de lo que Jon Stewart explicaba en el *Daily Show*, pero sentía en el corazón que los que eran políticamente neutrales eran cobardes.

Luego, en tercer año, decidí organizar una fiesta de cumpleaños conjunta. Ninguna de las dos creció celebrando el cumpleaños porque los Testigos tampoco hacen eso, entonces fui a Dollar Tree y compré cincuenta dólares en juguetes de los años 90 que no tuvimos de niñas: una caja de sesenta y cuatro crayones, un Tamagotchi. Lloró cuando vio los regalos. Delphine manoseaba una tajada de torta de helado mientras yo me quejaba de que ninguno de mis abuelos había llamado para mencionar mi cumpleaños.

—Al menos tienes papás —dijo Delphine, cortante.

Hice una pausa durante un largo rato.

—Bueno, no son mis papás.

—Eso es un tecnicismo.

—No es un tecnicismo, en realidad.

—¿A ver? Te criaron desde que eras pequeña, básicamente son tus papás. Siempre están juntos, hacen todo juntos, son como La tribu Brady.

—Mis papás están putamente *muertos*, Delphine.

Delphine rara vez reaccionaba con rabia, pero admito que yo la había estado presionando y presionando con las elecciones, la fiesta de cumpleaños y la planificación del disfraz de Halloween. A diferencia de mí, Delphine todavía iba a las reuniones, aunque solo los domingos. Cuando me mudé a Cambridge, mis abuelos

esperaban que me uniera a la congregación local. Que me copiara y me pegara de Queens a Cambridge. Lo intenté. Fui al Salón del Reino y me propuse saludar a una persona antes de salir corriendo. Tan pronto dije que era nueva en el área porque era estudiante, me miraron de manera diferente. Los jóvenes que asistían a este Salón del Reino en particular estaban en la ciudad para estudiar en Harvard y el MIT. Los ancianos nos veían como bombas de tiempo a punto de comenzar a creer en la evolución y a ir a fiestas de Halloween. ¡Y tenían razón! Al menos por mi lado. Delphine tenía un pie afuera y otro adentro.

Empecé el último año como agnóstica y en un pequeño aprieto. Tenía un saldo pendiente en la matrícula. Tenía una beca completa, pero igual necesitaba hacer una contribución a mi educación, algo así como un gesto simbólico, y no tenía forma de pagarlo, simbólico o no. Los funcionarios de ayuda financiera no podían animarme a buscar trabajo porque eso era ilegal y no les podía pedir dinero a mis abuelos, porque no tenían, y sin un número de seguridad social no calificaba para un préstamo bancario, entonces la Oficina de Ayuda Financiera de Harvard me ofreció un préstamo a título personal. Acepté devolverles el dinero en los próximos diez años y también contribuir a la comunidad haciendo voluntariado en una de las instituciones de Harvard abiertas al público.

Me asignaron al Museo Peabody de Arqueología y Etnología. El Peabody era un edificio viejo de ladrillo rojo en una calle cerrada y bordeada por árboles llamada Divinity Avenue. Estaba rodeado de cerezos que florecían odiosamente cada primavera. No parecía un museo. Parecía la mansión de alguien en Connecticut que por casualidad tenía en exhibición un collar de garras de oso adquirido

por Lewis y Clark junto con textiles andinos y trabajos en metal inca que adornaban las paredes. El dinero inicial para construirlo lo puso su homónimo, George Peabody, un financiero de Massachusetts que pasó de la pobreza a la riqueza y que quería aprovechar su éxito promoviendo las artes y la cultura. Y promover la cultura fue lo que hizo, ¡de cierta manera! Por ejemplo, gran parte de la colección de América del Sur del museo provenía de un biólogo suizo que creía que la gente negra era una especie fisiológica y anatómicamente distinta.

Gracias a estos grandes hombres, ahora yo podía contribuir a la comunidad de Harvard. Me parecía un trabajo estupendo. No me pagaban, pero estaba rodeada de belleza, aire acondicionado y pautas útiles sobre el comportamiento apropiado. Sabía que no podía entrar mi mochila y que debía estar a dos metros de distancia de los cuadros. Además, los guardias de seguridad de los museos son los menos policías de todos. De todos los agentes de seguridad y de orden público del mundo, creo que los más agradables son los del Met.

Una mañana soleada y espléndida, unas semanas después de que comenzara el semestre, estaba trabajando en la recepción del museo cuando recibí un correo electrónico del Centro David Rockefeller para Estudios Latinoamericanos, o DRCLAS, que pronunciamos como "Doctor Clas".

Querida Catalina:

¡Felicitaciones! Hemos seleccionado tu ensayo del último año, *Realismo mágico y narcoliteratura*, para el Premio William Yandell Elliott. Acompáñanos en nuestra recepción de otoño con aperitivos, cócteles y felicitaciones. El

Premio William Yandell Elliott incluye un cheque de $500, que se entregará en la recepción.

Sonreí. Me gustaban los premios en metálico casi tanto como los exámenes estandarizados, que era bastante. Busqué información sobre William Yandell Elliott para ver qué tan prestigioso era el premio y me enteré de que había sido mentor de Henry Kissinger, mi alumno favorito de Harvard. Todavía mejor.

Gracias a mi abuelo, no recuerdo un momento en el cual no supiera nada de Henry Kissinger, como tampoco recuerdo cuando escuché por primera vez la voz de James Earl Jones como Darth Vader. Sabía que era responsable del bombardeo ilegal de Camboya durante la guerra de Vietnam, sabía que tenía algún tipo de pacto con las dictaduras militares de Argentina y Chile. ¿Qué hacía por estos días? Consultorías, probablemente.

¿No te parece que el señor Kissinger merece un castigo? A veces me lo imaginaba en un contenedor de almacenamiento junto a la autopista dentro de mi cerebro. Se le daría una letrina, una letrina de alta tecnología que se vaciara sola y que yo no tuviera que instalar ni manipular. Obviamente el doctor Kissinger tendría una cama cómoda. No estoy aquí para torturar. No estoy aquí para infligir dolor. Sus comidas serán proporcionadas en forma de píldora. Queremos que siga vivo porque está aquí para generar energía. No hay forma de que se me escape. Solo tiene que ser un buen niño y hacer su trabajo.

En realidad, este contenedor contiene muchos pequeños Henrys Kissinger. Uno no es suficiente. Los he condenado a todos a correr en una trotadora para generar energía para mi cuerpito, y usamos esa energía para cosas como el coqueteo, algo que hombres y

mujeres de todo el mundo han disfrutado durante años, y otras cosas que hago diligentemente, como mi determinación, mi resiliencia y mi ética de trabajo protestante. Los Henrys Kissinger le dan energía a mi cuerpo. Son muy buenos para correr en trotadoras y llevarme a fiestas.

A mi abuela le encantaba cuando iba a fiestas. No le gustaba que bebiera (no era tonta y trabajaba duro para lavar el interior manchado de vino de mi botella verde de Nalgene cada vez que estaba en casa durante las vacaciones), pero le gustaba cuando iba a fiestas porque podía ayudarme a pensar en qué ponerme. Después de leer la invitación de DRCLAS, abandoné el escritorio y atravesé la calle angosta para llamarla, y casi tumbo a un chico que se fumaba un cigarrillo en la entrada del museo. Me agaché detrás del nicho de una parada de autobús para evitar que me viera alguien que pudiera tener opiniones sobre mi paradero. Miré hacia atrás cuando sonó el teléfono.

—Abuela, ¿adivina qué? No, en serio, ¿adivina qué?

—¿Qué?

—Oh, hay un chico guapo al otro lado de la calle.

—¿Cómo es?

—Tiene el pelo oscuro y rizado como el chico de RBD.

—¿Cuál?

—El que es guapo de pelo negro crespo.

—Ah, ah, ah, qué nice. Guapo.

Mi abuela nunca me dijo que me casara con una persona blanca para "mejorar la raza". Se lo había oído decir a otras abuelas, pero no a la mía. El matrimonio nunca estuvo en sus planes para mí.

Tampoco los hijos. Nunca tuvo una fantasía perversa y lastimada sobre la mezcla racial de mis hijos porque yo no iba a tener hijos.

—Catalina, ¿para decirme eso es que me llamas? —preguntó, fingiendo estar molesta.

—Gané un premio de escritura y habrá una recepción y no tengo absolutamente nada que ponerme. Me voy a morir.

—No te vas a morir.

—Sí, moriré. Si no encuentro algo que ponerme, me marchitaré como una rosa, pétalo por pétalo, como J.Lo en *Selena*, soltando el anillo de diamantes que apretaba en la mano mientras muere.

El chico que había visto todavía estaba al otro lado de la calle, cerca de la entrada del Peabody. Era mucho más alto que yo, pero no creo que fuera especialmente alto. Sonrió un poco y pensé que era posible que me estuviera mirando.

Mi abuela se rio.

—Nooo, no te vas a morir.

—Definitivamente me voy a morir.

—Te encontraré un vestido y entonces no te morirás.

Me levanté y caminé de regreso al Peabody.

—Okay, pedazo de tonta, tengo que volver a trabajar. Voy a volver a entrar a escondidas ahora. Bendición —dije, mientras me acercaba a las escaleras.

El chico, ahora a solo unos centímetros de distancia, me estaba mirando fijamente.

Colgué.

—¿Qué te dijo tu mamá? —dijo, apagando el cigarrillo con la punta de sus Nike.

—¿Qué te hace pensar que era mi mamá?

—Por como le acabas de hablar, tiene que ser una persona mayor y no te veo maldiciendo a tu abuela.

Me di cuenta de que quería impresionarme. Quería que le preguntara cómo es que sabía español, pero no tenía curiosidad porque había un número finito de explicaciones para un chico como él en un lugar como este y no sentía ningún interés en explorar el mundo conocido.

—Mi madre está muerta —dije.

Qué frase. Me miró fijamente para ver si hablaba en serio.

—Nathaniel —dijo, y me tendió la mano—. Eres Catalina, ¿verdad?

—¿Nos conocemos?

—La clase de literatura estadounidense de la posguerra de Phil Fisher de primer año —dijo—. Estábamos en la misma sección. Pero está bien. Era una sección grande.

—Ah, sí —ahora lo recordaba. Odiaba a Flannery O'Connor.

—¿Podrías amarrarme los cordones? —dije de repente, con la voz quebrada. Me aclaré la garganta—. No creo que pueda arrodillarme con este vestido. Es demasiado corto.

Había cortado impulsivamente los últimos veinticinco centímetros del vestido antes de correr al museo esa mañana. Tenía calor todo el tiempo y me pongo como loca cuando sudo, entonces me pongo vestidos floreados de Forever 21, Target o H&M. Mis tijeras estaban desafiladas y los resultados revelaron un vestido mucho más corto por detrás que por delante, pero la sensación de la tela en mis pantorrillas había sido demasiado para soportar.

Nathaniel abrió mucho los ojos, pero se arrodilló de todas formas.

—Entonces, ¿a veces simplemente dices cosas? —preguntó, amarrando los cordones de mis zapatos Oxford de cuero blanco,

unos zapatos que mi abuela compró específicamente para que pudiera usarlos en fiestas con chicos—. ¿Dices lo que quieres? ¿Porque te divierte?

Sus palabras eran de enojo, pero su cara estaba increíble, llena de cosas felices. Sonreí y entré al edificio. Nathaniel me siguió adentro. Ocupamos nuestras respectivas posiciones. Yo detrás del escritorio, él al frente, inclinado hacia adelante con sus jeans azul oscuro y camiseta negra. Se registró para trabajar con una de las colecciones bajo la supervisión de la antropóloga y conservadora jefe, la doctora Murphy, cuya oficina estaba en el segundo piso. Imprimí un pase para él.

—*Nathaniel Wheeler* —leí—. ¿Qué eres, arqueólogo?

—Estoy en Antropología —dijo—. ¿Y tú estás en, déjame adivinar, Folklore y Mitología?

Folklore y Mitología era una carrera de verdad. Era una broma en el campus. Pero también era una fuente de orgullo. ¿Cuánto más *universidad de artes liberales* se podría ser?

—Ja, ja —dije con cara seria—. No. Inglés.

—Esa hubiera sido mi segunda suposición —dijo.

—¿Estás seguro de que no estás en Historia del Arte? —respondí.

En Harvard, por lo general eran chicas blancas con dinero las que estudiaban Historia del Arte, hijas de criminales de guerra, herederas de fortunas hechas en algo sucio como los ferrocarriles o el azúcar.

Entró un grupo escolar.

—Supongo que nos veremos por ahí —dijo.

—No —dije—. Quédate.

—¿Yo? —preguntó, innecesariamente.

—Estoy aburrida y tú no eres aburrido.

Nathaniel se hizo a un lado de la mesa, más cerca de mí, mientras los maestros de la escuela contaban a los niños. Sentí que me miraba, así que traté de parecer lo más íntegra posible, como María en esa noche santa.

—Eres muy buena para esto —dijo.

—¿Para qué soy buena?

—Coquetear de manera efectiva.

—¡De manera efectiva! Guau. ¿Cuál crees que es mi objetivo?

—No estoy seguro —dijo—. Pero nunca rechazo un desafío.

—Qué cosa tan agresiva la que dices.

Dijo: "Me tengo que ir, Catalina", y se fue. Quería verlo irse, para ver si miraba por encima del hombro como en las películas. Pero el mar de escolares lo ahogó.



En el otoño de nuestro tercer año, mi amigo Kyle Johnson me nominó al *Signet*, una sociedad secreta de artes y letras tan secreta que tenía una página web con los nombres de los miembros que se remontaba cien años atrás. Kyle era negro y judío. *Como Drake*, dije. *Sí, como Drake*, dijo. No era popular en el sentido tradicional, pero era el editor en jefe del *Crimson*, y la gente confiaba en sus opiniones. Leía los libros adecuados, le gustaban las películas adecuadas. Y yo le caía bien.

Kyle era escritor y había sido miembro del Signet desde su segundo año. La expectativa era que los miembros tuvieran éxito en su arte en el mundo fuera de Harvard. Algunos miembros eran violinistas de gira o cantantes de ópera. Otros eran actores que filmaban películas en los veranos libres. Como en casi todos los

demás lugares del campus, para entrar en la Signet había que hacer una audición o "comparecer", pero antes de poder hacerlo, alguien que ya fuera miembro tenía que nominarte, lo que hacía de ese un mundo pequeño y blanco. Kyle me nominó porque pensaba que era buena escritora y le gustaba que me vistiera como Erin Brockovich. Pero también era su manera de fastidiar a los jóvenes artistoides de Harvard. Trabajaba con ellos y era amigo de ellos, pero no era ahí donde estaba su lealtad. Me nominó para recordárselos.

No puedes fingir que no te importa nada cuando estás compareciendo ante una sociedad secreta. Claramente te importa, y mucho. El problema de estar en Harvard es que, para poder estar ahí, tendrías que haber sido el tipo de persona que *aplica* para entrar a Harvard. No necesariamente eras un megalómano si ibas a Harvard, pero ayudaba que lo fueras. Yo no era diferente a los demás, pero aun así solo asistí a uno de los tres eventos sociales obligatorios que implicaba comparecer ante la Signet.

—Les gusta tu onda —dijo.

—¿La onda de no ir a las cosas?

—Creen que eres desenvuelta —se encogió de hombros—. Que no te importa lo que piensen los demás.

Acepté esa lectura con alivio, feliz de que me malinterpretaran, feliz de que pensaran en mí.

Kyle y yo nos conocimos en un seminario de poesía en el primer año. Nos sentábamos frente a frente en la mesa y éramos amables, nos decíamos hola y qué tal, pero el día que la clase habló sobre el famoso poeta fascista y antisemita Ezra Pound, Kyle dejó su copia de *Cantos* frente a él en la mesa, intacta, sin abrir, el lomo no tenía ni

una arruga y el recibo de compra colgaba entre las páginas. Sonrió con gusto durante toda su protesta. Lo esperé después de la clase.

—Vi lo que hiciste, con el libro y el lomo intacto. Me pareció muy *cool*.

—Ah, ¿eso?

—Es lo único que recordaré de *Cantos*.

Kyle sonrió y me tomó de la mano.

—¿Tienes que ir a algún lado ahora?

Además, Kyle era gay. Sin el sexo como opción, todo era posible. Permitía una intimidad efusiva y libre. Me sentía relajada a su lado. Bajaba los hombros y la tensión de mi estómago desaparecía. Le permitía que me tomara del brazo cuando caminábamos por las calles adoquinadas y me apoyaba en su hombro cuando tenía sueño. No conocería Boston más allá de los bares deportivos irlandeses si no fuera por Kyle. Le encantaba el café y siempre me pedía que lo acompañara a Boston para hacer los trabajos en esta o aquella nueva cafetería. Su pedido era un americano triple con hielo.

Kyle fue el primer compañero de Harvard al que le conté que era indocumentada, incluso antes que a Delphine. Era una época diferente. El periodista ganador del Pulitzer José Antonio Vargas no revelaría que era indocumentado públicamente en la portada de *The New York Times Magazine* sino tres años más tarde. Una vez, en high school, mencioné fugazmente en un ensayo que no tenía número de seguro social y mi maestro me pidió que me quedara después de clase, cuando me dijo que tenía que ser más discreta y perspicaz en cuanto a quién le confiaba información potencialmente peligrosa. Me acordé de eso cuando detuvieron a un estudiante indocumentado de segundo año de Harvard en un aeropuerto de

Texas por intentar abordar un avión con su identificación de Harvard al final de las vacaciones de verano.

En medio de una noche de insomnio, a pocas semanas de nuestra amistad, le envié un correo electrónico a Kyle.

Para: Kyle Johnson
De: Catalina Ituralde
Asunto: Algo importante
2:47 A. M. EST

Es chistoso que te cuente esto al principio de esta amistad y no en algún momento en la mitad o simplemente nunca. Harvard lo sabe, y todos los decanos lo saben, Sofía Vergara y Gloria Estefan deben saberlo personalmente, pero nací en Suramérica y mi visa se venció cuando era chiquita. El 11 de septiembre complicó las cosas a un grado tan increíble que no hay forma de volverla no-vencida. Literalmente, no hay forma. Harvard me consiguió una cita con el mejor abogado de inmigración de New England que trabaja con jóvenes en mi situación, habló conmigo pro-bono y en resumen me dijo: matrimonio o ley. Entonces, literalmente, no hay forma. De todos modos, espero que tus convicciones políticas estén más o menos alineadas con las mías y que esto no te moleste políticamente. Te puede molestar, claro, y en ese caso, tal vez no funcionaríamos como amigos. En verdad nunca representa un problema. Excepto en términos logísticos, a veces. Pero no por lo general. —Catalina

Kyle respondió rápidamente.

De: Kyle Johnson
Para: Catalina Ituralde
Asunto: Re: Algo importante
5:30 A.M. EST

Me encanta tu correo, eres increíble y, no, no soy un republicano log cabin que no quiere ser tu amigo. Por el contrario, si te conviertes en la cara oficial de la reforma migratoria, estoy ahí para ser el mejor amigo estoico y/o llorón que da un discurso apasionado en tu defensa ante las deslumbrantes luces de las cámaras de noticieros. Y no es que esté obsesionado con la fama ni nada por el estilo. Vete a dormir.

Cuando entré al Signet Society, me dieron la llave de una pequeña cabaña azul en 46 Dunster Street. El toldo de la sede del club tenía una abeja dorada. Los miembros eran los Zánganos y firmábamos los correos electrónicos con un *bzzzz*.

La casa club de la sociedad ofrecía almuerzos todos los días de la semana. Era comida muy rica. Pan de granada casero, siempre caliente y con mantequilla, pollo estofado con corazones de alcachofa, brie caliente, sidra de manzana y agua con gas, sopa de calabaza y ensalada de pera y endivias, suflés y tartas de frambuesa. Podías invitar a una persona a almorzar, idealmente un adulto interesante e ilustre, preferiblemente un exalumno. Había al menos uno en cada almuerzo. Los exalumnos apreciaban mi presencia. Yo era la evidencia encarnada de que sus generosas

donaciones a Harvard se utilizaban de manera adecuada, la prueba en persona de que Harvard avanzaba con los tiempos. También les encantaba mi compañía. Cuando me preguntaban, les decía que quería ser escritora. *Todo es copia*. Me encantaba eso. Se lo citaba a señoras blancas con broches de jade que apreciaban a Nora Ephron y estaban encantadas de mirarme y verse a sí mismas.

La señorita Lily Rose Brinckerhoff era de algún país europeo, su acento era imposible de rastrear. Venía a almorzar todos los miércoles vestida de pies a cabeza de Eileen Fisher. Nos volvimos cercanas gracias a nuestro odio a las Uggs.

—Las Uggs son lo peor de la adolescencia de este país —dijo.

—Exactamente —dije.

No podía pagar unas Uggs y odiaba su omnipresencia. No sé cuál iba primero.

Las dos teníamos sombreros. Ella tenía una boina de lana beige y un saco de cuello de tortuga de cachemir marrón. Yo tenía un sombrero de ala ancha con estampado de leopardo.

—¿Por qué la gente ya no se pone sombreros? —me preguntó—. ¿Ya no existe la diversión?

—Y sacos de Patagonia —me estremecí—. Prefiero morir antes que anunciar al mundo que me he rendido, es decir, prefiero morir antes de ponerme un Patagonia.

Por cierto, tampoco podía pagar un Patagonia.

Entonces, un día, sucedió.

—Mira qué tez tan hermosa —dijo, mientras me tocaba suavemente el brazo desnudo. Me estremecí—. ¿Eres española, querida?

No, esto no.

—Soy latina, sí. Hablo español.

—¿Cuál es tu origen?

—Mi familia es de Ecuador, pero he estado en Estados Unidos desde que tenía cinco años. Soy de Queens.

—Antes de jubilarme, tenía una asistente que también era ecuatoriana. Déjame decirte que era una de las mujeres más amables, trabajadoras y honestas, y tuvo una vida muy dura. "Ay, Lily Rose", me decía, "la vida es tan injusta". Era una mujer tan buena. ¿Rosario Suárez?

—No la conozco —dije, sin expresión.

—¿Vas seguido a Ecuador?

—No —dije—. Mis abuelos vinieron aquí por una razón y creo que prefieren mirar hacia adelante y no hacia atrás.

Ella me miró con una prolongada sonrisa compasiva.

—Sin embargo, algún día —suspiré, recordando mis líneas—, algún día visitaré la patria.

—Bueno, ¿por qué no lo haces? Viajar es una de las mejores cosas que puede hacer una persona joven. Nadie se arrepiente. Sal, ve el mundo, tómate un par de años de descanso después de graduarte y visita la selva tropical. ¡Oh, si yo tuviera tu edad, en los problemas en los que me metería!

La gente blanca siempre ha intentado crear una conexión conmigo a través de América Latina de esta manera ansiosa, insegura y bastante incómoda. Nunca tenía nada que aportar a estas conversaciones, que se basaban principalmente en vacaciones a Machu Picchu o Río de Janeiro. No sabía surfear. No sabía nadar. Me aterrorizaban los animales suramericanos. Vicuñas, tucanes, anacondas… no. No sabía nada sobre mosquiteros o diarrea o

soroche. No sabía nada sobre senderismo. Nunca había tenido que aclimatarme a la altura. Nunca había tenido que escalar. En un momento no existía en esta Tierra y al siguiente estaba gimiendo en el cielo.

La única persona a la que me imaginaba algún día invitando a almorzar al Signet era la profesora Ruby Sandoval. La profesora Sandoval fue la primera profesora titular latina de Harvard y una estrella absoluta en el campus. Tenía el pelo brillante, crespo y negro. Su piel era de un marrón cálido y profundo y tenía el diamante más diminuto y brillante en la nariz. Una de las características más emblemáticas de Ruby Sandoval es que casi siempre usaba pantalones de cuero. No tenían nada de vulgares, se veían tan recatados como un par de pantalones de Anne Taylor, pero definitivamente no eran pantalones de Anne Taylor. Era una latina con una cátedra completa y usaba pantalones de cuero italianos hechos perfectamente a la medida. Eso decía algo. No estaba ahí para pasar desapercibida.

Toda mi vida fui la favorita de los profesores y esperaba cautivar a la profesora Sandoval en su seminario *Introducción a la teoría cultural* de la misma forma como había cautivado a todos mis otros profesores, pero inmediatamente pude ver que yo no la cautivaba. No había muchos profesores latinos en mi esfera, solo dos o tres, y nuestra conexión me hizo sentir temor a decepcionarla. Sentía que todos éramos, de alguna forma, reflejo de los otros. Llevaba a cuestas la vaga noción de que la profesora Sandoval algún día tendría que defenderme ante el consejo de Harvard, que no necesitaba más de un minuto conmigo para darse cuenta de que yo era un peligro y una farsa.

Harvard fue mi introducción a la jerga académica y me costó seguir el paso. No entendía la teoría. Sabía que era inteligente y había leído mucho, y si no entendía lo que estaba leyendo, concluí, correctamente, que la mayoría de gente tampoco sería capaz de entender lo que estaba leyendo, lo que me indignaba. Lo que me resultó extraño fue darme cuenta de que los libros estaban escritos intencionalmente de esa forma. Me jodió la cabeza. Luché contra todo lo que enseñaba la profesora Sandoval. Luché contra Claude Lévi-Strauss y Clifford Geertz. Desestimé todo lo de Marx y Engels. Fruncí el ceño ante Deleuze y Guatarri y puse los ojos en blanco ante Gloria Anzaldúa. No creo que Ruby Sandoval lo apreciara. Al final de ese primer semestre, quedó claro que no teníamos nada en común excepto, supongo, lo más importante.

Aun así, era una buena profesora. Era dura con nosotros. Era agradable que alguien fuera duro conmigo. En la clase de teoría cultural que tomé con Sandoval, ella marcaba cuidadosamente mis trabajos. Encima de una generalización que hice sobre la población cubanoamericana en Miami, una vez escribió con tinta violeta: *NOOOOOOOOOOOOOOOOOOO.*

Pegué esa página en la pared, sobre mi escritorio.



Lo que a veces soñaba, en mis sueños más privados e imposibles, guardados en bóveda, caja fuerte dentro de caja fuerte, era ser una reportera en vísperas de una revolución. Los hombres podían tener muertes rápidas y gloriosas entre y con los demás. En cada una de las guerras del mundo, de la historia, de todos los tiempos, yo hubiera sido una civil y una chica, víctima de una muerte

ignominiosa. Hubiera sido una de las mujeres y niños que se ahogaron en la tercera clase del *Titanic*. ¿Cómo me podría morir en Estados Unidos? ¿Asolada por una enfermedad o una lesión sin poder pagar el tratamiento? ¿Asesinada por un hombre común y corriente que se sintió despreciado en un ascensor? ¿Mi cuerpo desechado en una maleta? No hay derecho.

Cuando el periodista colombiano Abél Morrison pisó el campus, yo ya había completado ciento ochenta horas fantaseando con él. Había recorrido un largo camino para llegar a Harvard. Sus denuncias periodísticas —sobre el escándalo de los falsos positivos en Colombia, en el que fuerzas especiales del Ejército mataron a jóvenes civiles y vistieron sus cadáveres con uniformes de la guerrilla para cumplir con las cuotas respaldadas por Estados Unidos— habían molestado al presidente colombiano, y el consulado estadounidense en Bogotá anunció que se le prohibiría de forma permanente obtener una visa en virtud de la Ley Patriótica. Pero cuando Harvard le ofreció una beca en la que lo único que tenía que hacer era enseñar una clase de pregrado, no aceptaron el no del consulado como respuesta y no tenían por qué hacerlo.

Abél Morrison había probado célebremente la heroína con Hunter S. Thompson, el profeta del periodismo gonzo. Para Thompson, América Latina estaba lleno de materias primas: cocaína, violencia, mujeres... inspiración. Abél no hablaba de eso, pero entre los latinoamericanistas del campus era un tema de actualidad. Quedé deslumbrada cuando me enteré de eso. Para mí no había mayor celebridad que la heroína.

Abél se vestía exactamente como uno imaginaría que se vestiría un izquierdista latinoamericano: chaqueta de cuero, jeans ajustados,

botas, pelo negro desordenado y grasiento, orejas perforadas y un silencio rotundo sobre su pasado. Me enteré de que en su juventud había estado involucrado en algún tipo de actividad guerrillera. Tampoco lo mencionaba, así que no le pregunté ni a él ni a nadie. Creo que la gente tiene derecho a sus secretos.

Los martes y jueves, asistía al seminario de Abél *El Ejército, la Policía y el Narco*. El primer día de clase, repartió mapas en blanco de Estados Unidos y nos pidió que marcáramos los cincuenta estados más Puerto Rico y que identificáramos qué cártel mexicano controlaba los mercados locales región por región. Saqué D+.

La clase de Abél fue una de las pocas que tomé en Harvard dedicadas al tema de mi ascendencia. Rápidamente me di cuenta de que, para aprender sobre Latinoamérica, tenía que ir a Antropología o Literatura. No había profesores de Historia Latinoamericana en Harvard. En el Departamento de Literatura y Lenguas Romances enseñaban latinoamericanos de carne y hueso, pero los profesores y asistentes de la mayoría de mis clases de Antropología eran blancos. Al igual que Darth Vader, Mickey Mouse y Henry Kissinger, siempre he sabido sobre los antropólogos. Ahora aprendí sobre los estudiantes de Antropología. Los chicos se ponían un montón de pulseras tejidas en las muñecas. Las chicas tenían piercings en la nariz. Estaban orgullosos cuando bebían más que una persona morena, orgullosos de poder comer el chile más picante. Por supuesto, era de buena educación dejarles ganar.

Hasta la clase de Abél se impartía en Antropología. Al caminar por el edificio de Antro de camino a clase, podía saber quién estaba tomando *Antropología 154: Introducción a los Andes* por la mirada soñadora en los ojos. Podía saber quién estaba tomando

Antropología 399: Mesoamérica por la aparición de aretes de cuentas y blusas campesinas donde antes había habido aros y sudaderas con capucha. Había tomado ambas clases tan pronto como pude. Dentro de las salas de conferencias, ver *latines* de todas partes era emocionante, aun cuando poco me interesaba volverme su amiga. Los latines de Texas no eran como los latines de Alaska que no eran como los latines de Matamoros que no eran como los latines del Bronx. Eso fue una revelación. No tenía ni idea de dónde eran sus botas de lluvia. Durante tanto tiempo Telemundo nos había dicho que los latines se parecían a actrices polacas nacidas en México, que casi se me olvidada cómo lucimos, pero aquí estábamos, todo a la vez. Cualquiera que fuera nuestra fantasía cinematográfica personal, casi todos éramos descendientes de pueblos aniquilados. Queríamos aprender sobre ellos, juntos. ¿Cómo eran sus trajes? ¿Qué comían? ¿Quiénes eran sus dioses?

Mi abuelo era jactancioso sobre la historia política y militar latinoamericana. Era uno de esos tipos que no deja de hablar de la marina. Siempre que estaba en casa de vacaciones, mencionaba todas las cosas nuevas y emocionantes que estaba aprendiendo en clase y él complementaba mis lecciones con sus propios libros, videos de YouTube, segmentos de disc jockey y canciones de protesta. Mi abuelo y los antropólogos de Harvard trabajaron en equipo por mi educación sobre las Américas y la verdad es que estaban de acuerdo en la historia básica. Primero llegaron los españoles, y con ellos la Iglesia, luego llegó el petróleo, luego llegó la cocaína, luego llegó el TLCAN, y ahora todos estábamos jodidos.

Escribí un ensayo para Abél sobre mis recuerdos de las visitas a los campos de amapola cuando era niña, recuerdos que no podía

ubicar. Sucedía casi siempre. A veces veía destellos de imágenes, recordaba fragmentos de diálogos —podían ser pesadillas, podían ser recuerdos, podían ser anuncios de Nestlé—, pero todo estaba en mi cabeza. La primera frase era: *Aunque he visto la cocaína, nunca he puesto los ojos en la coca, la planta sagrada que mis antepasados usaban ceremoniosamente*.

—Fantástico trabajo, me impresiona tu insistencia en contar, no en mostrar —dijo Abél mientras me devolvía el ensayo al final de la clase mientras los estudiantes salían por la puerta—. Verás que te bajé la nota porque el objetivo del trabajo era utilizar fuentes primarias.

—Creo que quiere el objetivo del *ensayo* —lo corregí—. *Y yo* era mi propia fuente primaria.

—A veces deseo que Uribe me hubiera matado —dijo en voz baja.



En cuanto vi la noticia en mi página de inicio de Yahoo!, le envié un correo a Delphine.

Se dañó mi cumpleaños. Lo detesto.

Acababan de anunciar el Premio Nobel de Literatura. El novelista peruano Mario Vargas Llosa. *Odiábamos* a Mario Vargas Llosa. Era un neoliberal y cada vez más un títere de Occidente. Ella respondió de inmediato.

Estoy en shock, pensé que este era el año de Philip Roth.
También: Feliz cumpleaños, amiga.

Iba por Javier Marías. No por esta farsa.

Necesitamos una reunión de crisis, con bebidas LEGALES.

Sí.

Me encontré con Delphine esa noche en el Playwright, un oscuro bar irlandés con el logo de Harvard por todas partes y en el que nunca pedían identificación. Yo iba a cumplir veintiún años, es verdad, pero el único documento de identidad que tenía era mi pasaporte ecuatoriano y no me gustaba sacarlo para que lo inspeccionaran los bouncers con sus linternas. Delphine se deslizó adentro como un bello zángano cristiano. Tenía puesta una camisa blanca de hombre de Brooks Brothers con leggings negros metalizados de American Apparel, medias blancas gruesas y Birkenstocks. Tenía el pelo cogido, sujeto con horquillas doradas. Vi a Delphine con el pelo suelto muy pocas veces, e incluso entonces solo por breves instantes; tenía el pelo tan largo, tan grueso y tan pesado que necesitaba quitárselo de la cara. En esos breves instantes en los que la vi así, sentí que estaba presenciando un milagro.

Incluso la forma como pidió su trago era una maravilla. Pidió un gin tonic, sin preferencia por la ginebra, la ginebra de la casa estaba bien. Estábamos en la universidad y la cultura era la de los *estudiantes universitarios quebrados*, independientemente y sin perjuicio de la situación financiera real de cada estudiante. Delphine era de clase media alta, esa cupletista esquiva. Era la adorada de su

padre, Héctor Rodríguez, que la crio como padre soltero en Texas. Era un soldado veterano. Vivían en medio de familias mexicanoamericanas que no siempre los hacían sentirse bienvenidos. El señor Rodríguez era negro, no afroamericano, sino afrolatino. La mamá de Delphine también era puertorriqueña, de piel rosada, mejillas rosadas, ojos verdes y pelo oscuro y rizado. Juntos, crearon a Delphine, que ante todo se identificaba como texana.

High school fue difícil para Delphine. Ni siquiera la invitaron al baile de graduación y era la chica más hermosa de su escuela. Créeme. Pero el pueblo pequeño de Texas no supo qué hacer con ella. Ni los chicos blancos. Ni los chicanos. Ni los estudiantes negros. Ni los mexicanos recién llegados. Parecía... *mezclada*. ¿Qué era exactamente? ¿A quién le debía su vida y sus lealtades?

El señor Rodríguez le regaló a Delphine una pulsera *Love* de Cartier en su graduación de high school. Ciertamente encajaba bien en Harvard (parecía que esa pulsera o alguna versión de esta estaba en todas las demás muñecas), pero en Delphine se veía diferente. La usaba diferente. Parecía Robert Lowell apretando contra el pecho el retrato de Lady Caroline Blackwood de Lucian Freud, en algún momento amante de ambos, mientras moría de un infarto en un taxi. Era arte. Su especialidad, por cierto, era la química orgánica. Era estudiante de medicina.

Delphine tenía una carga de trabajo enorme, pero parecía tener un elaborado sistema que le funcionaba. Cuando necesitaba realmente estudiar, dormía tres horas, trabajaba tres horas, dormía tres horas, trabajaba tres horas. Juraba que eso la hacía más eficiente.

—Mi compañera de cuarto sigue teniendo sexo increíblemente ruidoso y asqueroso mientras intento estudiar. No sé si el sexo en sí es asqueroso, ¡pero sí es asqueroso que sean tan ruidosos cuando saben que estoy ahí!

—Tal vez necesitas salir a que te limpien las cañerías.

—¡Qué asco, Catalina! —gimió—. Nunca, nunca vuelvas a decir eso.

—Tengo que decirte algo —dije después de que el mesero nos trajera las bebidas—. El otro día, fuera del trabajo, un chico me estaba mirando y le pedí que me amarrara el zapato, primero porque realmente necesitaba amarrarme el zapato sin mostrarle los calzones a todo el mundo, y segundo porque era lindo y quería ver si podía lograr que lo hiciera y no reaccionó. Me los amarró, pero no tuvo ninguna reacción en particular. Quedé como: *¿Qué?*

—Ooh. ¿Cómo se llama?

—Nathaniel Wheeler. Estoy segura de que puedo tratar de obviar ese nombre.

Inclinó la cabeza, entretenida.

—¿Nathaniel Wheeler como de Byron Wheeler?

—¿Quién? —dije, tratando en vano de usar el palito rojo para revolver como pitillo, ya a la mitad de mi vodka con soda.

—Byron Wheeler, el director británico —dijo—. Es su padre.

Y entonces hizo clic. Byron Wheeler. Leo *Yahoo! Celebrity* con bastante frecuencia y sabía que se decía por ahí que su última película, un documental en el que viajó a Colombia y recopiló sonidos de la selva de arroyos, cascadas, insectos, lluvia, pájaros, viento en los árboles, reflejo de los árboles en el agua, mareas que suben y bajan, montones de conchas en las playas, agua que se

recoge en recipientes de plástico, se ganaría un Oscar. Su debut en Cannes se recibió con una ovación de pie de siete minutos.

Nathaniel y yo habíamos interactuado un par de veces más desde que le pedí que me amarrara el zapato, pero no le conté eso a Delphine. Cada vez que Nathaniel pasaba por el Peabody para ver a su asesora de tesis, la doctora Deborah Murphy, intercambiábamos coqueteos en la recepción durante unos preciosos momentos, siempre con la intención de provocar, para generar más atención la próxima vez. No pasó mucho tiempo antes de que Nathaniel me contara que había pasado todos los veranos en Colombia cuando pequeño. Conocía la comida. Conocía la jerga. Conocía bien la cultura.

—¿Sabías que él también es un legado? —bromeó Delphine—. Sus papás se conocieron aquí.

—Le dije que solo hablaba conmigo porque era bonita y carismática y él contestó que no era tan carismática.

Delphine se rio.

—Qué cruel.

Eran más de las doce y Delphine decidió quedarse conmigo. Era agradable saber que éramos jóvenes y que siempre podíamos ir a algún lado a beber más o a ver *Pulp Fiction* y hablar atrevidamente sobre la cocaína, pero sucumbir a la realidad de las papas fritas de la cocina de abajo, abierta hasta altas horas de la noche, dirigida por estudiantes de segundo año.

Pedimos unas papas fritas con queso y subimos a mi cuarto a esperar. Me quité el brasier de espaldas a Delphine y me puse una camiseta de Led Zeppelin de Urban Outfitters a la velocidad del parqueadero de Six Flags.

Ella miraba las postales de escritores que tenía pegadas en la pared. Frunció el ceño.

—Dios, no Woody Allen —dijo.

Me sentía bien con Delphine, como una niña. Tal vez le contaría que nunca había volado una cometa, que nunca había querido volarla, ¿ella sí? ¿Había sido divertido? Y ella diría: Sí, más o menos. ¿Qué pasa si sale volando? Como cuando salen volando los globos de cumpleaños. Y nos sentaríamos en silencio. Luego le haría más preguntas. ¿Cuáles son los diferentes tipos de melón? Le preguntaría si le impresionaba que pudiera beber casi tanto como su papá y ella diría: Sí; sí le impresionaba, y apostaba a que seguramente siempre sería así.

Arrastré mi portátil desde el escritorio hasta la cama y abrí Facebook. Delphine se sentó a mi lado mientras buscábamos el perfil de Nathaniel. Vimos fotos de él con una chica que supuse que era su ex. No necesitas una descripción de ella. Es un retrato hablado de una chica blanca y bonita. Una acuarela del primer día de primavera en una venta de garaje. Me pregunté por qué, cuando esta criatura podía hacer cualquier cosa en el mundo, ser cualquier cosa, tener cualquier cosa, por qué había querido lo que quería: *a él*.

—Dice que está soltero —me provocó Delphine—. ¿Te gusta?

Ignoré la pregunta y, en cambio, vomité la bola de pelo que había tenido en la garganta toda la noche.

—La semana que viene se va a debatir el DREAM Act en el Senado.

Tenía la intención de sonar más despreocupada de lo que soné. Me di la vuelta y miré hacia el techo.

—Mierda —dijo suavemente.

Estaba en séptimo grado cuando oí por primera vez sobre el DREAM Act. El proyecto de ley salió en las noticias y mi abuelo decidió que era hora de que yo supiera la verdad. Un día me lo contó. Me agarró de los hombros y me dijo: "Te quedaste más tiempo del permitido por tu visa. No tienes papeles. Pero no te preocupes. Pronto se aprobará una ley que te permitirá estudiar aquí y convertirte en ciudadana". Me entregó una copia del *New York Times* que había comprado en la tienda egipcia de la esquina, doblada a la perfección para revelar un artículo sobre el DREAM Act. Me alborotó el pelo en señal de apoyo. Me quedé mirándolo fijamente. Ya era huérfana y una joven en riesgo; todo esto me parecía demasiado.

La Ley de Fomento para el Progreso, Alivio y Educación para Menores Extranjeros —DREAM Act, en inglés— había existido desde 2001. Inicialmente era un proyecto de ley bipartidista que prometía un camino hacia el estatus legal para los jóvenes indocumentados que llegaron a este país cuando eran niños. Los *Dreamers*. El proyecto de ley se radicó, se revisó, se bloqueó, se replanteó, desapareció y luego se presentó nuevamente durante años; honestamente, era difícil seguirle la pista. En septiembre de mi primer año en Harvard, cuando el Ejército estadounidense estaba ávido de nuevos reclutas, se incluyó una versión del DREAM Act como enmienda a un proyecto de ley de gastos de defensa. Los líderes militares tenían esperanzas. Pero Dick Durbin, uno de los arquitectos de la ley original, recibió duras críticas por promover esta versión más turbia, por lo que se archivó la enmienda. Luego, un mes después, la radicó nuevamente ante el Senado, donde quedó a solo ocho votos de romper el bloqueo.

En ese momento, estaba tan abrumada por el miedo y la parálisis que no hice nada aparte de observar sola desde la distancia. Tras ver el tifón de xenofobia y nacionalismo después del 11 de septiembre, sabía que era mejor no ser optimista, incluso si los militares veían a los Dreamers como un recurso sin explotar. Ahora, Dick Durbin estaba de vuelta y en acción otra vez. El DREAM Act, junto con la derogación de la ley "No preguntes, no cuentes", se había añadido a un gran proyecto de ley de defensa. El 21 de septiembre, el Senado iba a votar. Lo único que necesitábamos eran sesenta votos.

—Los Dreamers van a hacer un velatón fuera del City Hall mañana —dije—. Quiero ir, pero no creo que sea capaz de ir sola. ¿Qué haría sola?

Casi podía oír que a Delphine se le descolgaba el corazón. Nuestra amistad se había tensionado por el dolor que me produjo su negativa a votar y, aunque esto no era votar, *era* político.

Pero en su cara se dibujó una sonrisa cálida y sincera.

—Te acompaño.

No quería que se hiciera pública mi situación por muchas razones: miedo, orgullo, el hecho de que mi sueño era ser una artista con A mayúscula, sumamente seria e importante, como nunca se había visto en el mundo, y no habría ninguna posibilidad de que eso pasara si me convertía en una indocumentada que aparece en los carteles. Podía entender, desde fuera, que a algunos les podía parecer buena para el trabajo, pero eso era porque no sabían ni mierda sobre mí. Aun así, si por alguna razón se aprobaba el DREAM Act, no quería mirar atrás y darme cuenta de que no había hecho nada para luchar por esta ley. De hecho, no había hecho nada

(ninguna de las sesiones, manifestaciones, huelgas de hambre, llamadas telefónicas o apariciones arriesgadas en los medios), pero si se aprobaba, me beneficiaría de todo ese trabajo de todos modos. Podría tener una vida.

Nos despertamos tarde, nos vestimos, compramos lattes con leche de soya y vainilla tipo gemelas Olsen en Starbucks e hicimos un tranquilo viaje en la T juntas hasta el City Hall. Ninguna de las dos intentó platicar.

En las escaleras de la entrada del City Hall había una pequeña reunión de jóvenes, en su mayoría latines. Estaban escribiendo sus nombres y sueños con marcadores Sharpie en una enorme bandera estadounidense que planeaban enviar al senador Scott Brown, de quien se rumoreaba que votaría en contra, a pesar de que había sido el senador sustituto cuando murió Ted Kennedy, y el DREAM Act había sido uno de los proyectos personales de Ted Kennedy.

Alguien nos entregó velas en vasos de icopor. Apenas Delphine recibió la suya, nos miramos y cantamos en susurros una versión risueña de "¿Will You Light My Candle?" de la grabación oficial del elenco de *Rent* interpretada por Daphne Rubin-Vega y Adam Pascal. En algún momento después de que la vela de Mimi goteara sobre Roger, pero antes de que Roger reconociera a Mimi del Cat Scratch Club, el largo pelo de Delphine se prendió en mi vela y ella gritó y yo grité más fuerte y ambas le dimos palmadas en la cabeza con bastante violencia hasta que el fuego se apagó y solo quedó el olor pútrido a pelo quemado. Uno de los Dreamers, un chico alto con jeans ajustados y Converse rojos, se me acercó y me dijo: "Me las llevo", y nos revocó el privilegio de usar velas.

No soportaba mirar a los otros Dreamers por mucho tiempo. Sentí tanto amor por ellos, y me entristeció verlos tratar de mantener la esperanza. Lo que me asustó fue escuchar la palabra *cuando*, como en *Cuando se apruebe el DREAM Act, por fin podré...* Cuando. Eran bobos por creer. Yo había dejado de creer hace tanto, tanto tiempo, que ni siquiera me sentía temperamental y contrariada. Era lo que era y punto.

Más tarde esa semana, vi la cobertura en directo de C-SPAN del DREAM Act en mi portátil sin sonido mientras estaba en seminario. Apareció un titular anunciando lo que ya sabía: habían obstruido el DREAM Act no se iba a someter a votación, y mi profesor, casi en el momento justo —fue una coincidencia tan putamente precisa—, dijo: "Si la mayoría de los países latinoamericanos desaparecieran de la faz de la Tierra, no causaría ninguna mella en la vida de los estadounidenses". Nos faltaron solo cuatro votos.

La ceremonia y la recepción de los premios DRCLAS eran esa noche. Nathaniel, el niño prodigio de Antro, también estaba ahí. Parecía que conocía a todo el mundo. Cuando me vio, me saludó con la mano y levantó un dedo mientras una señora mayor de pelo blanco y tonos lavanda le agarraba la cara y lo besaba en ambas mejillas. Estaba haciendo rondas y estaría conmigo en un momento.

—Hola, Catalina —dijo, acompañándome en lo alto de las escaleras.

—Nathaniel.

—Es agradable verte aquí. Me alegro de que hayas venido.

—Gracias, también estoy feliz de verte aquí y también me alegro de que hayas venido.

—Te ves bien.

—Gracias. Si te hubieras ido sin hablar conmigo, la noche hubiera sido una completa pérdida de vestido.

—¿Cómo así?

—Porque viste —me sorprendí sonriendo sinceramente—… Me pones en la posición de tener que explicar mi chiste.

—Adelante, te oigo.

—Bueno, si te hubieras ido sin hablar conmigo, la noche hubiera sido un desperdicio de vestido porque no me hubieras visto en él.

Se rio.

—No es tu mejor trabajo.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué cualquiera de nosotros está aquí?

Juntos, nos apoyamos contra la baranda de la escalera del segundo piso, mirando a la gente, intercambiando docenas de mentiras, pero ninguna insinceridad, con las voces agudas y brillantes como polvo de una bola de disco destrozada. Pensé en lo bien que se sentiría si me tiraba por la baranda, niños estripados bajo la lámpara de araña. No me moriría. Se sentiría como un buen estiramiento, tal vez, tener algunos huesos rotos.

Una mujer mayor y alta pasó junto a Nathaniel y lo agarró del hombro.

—Bien hecho —dijo en voz baja a modo de saludo.

Nathaniel, a su vez, le puso una mano en el hombro y dijo:

—Profesora Murphy, esta es Catalina.

—¡Catalina! Un placer. Deborah Murphy.

Me ofreció la mano.

No necesitaba presentación. La doctora Murphy era mundialmente reconocida por ser experta en el quipu, un dispositivo de grabación

con cuerdas utilizado por los incas. Tenía fama de vestir de forma excéntrica. Esta noche, lucía tres estampados dispares: una chaqueta de traje a cuadros azul, amarillo y rojo sobre un chaleco de cachemir con rombos y una camisa abotonada con rayas azules y más azules parcialmente desabrochada. En el Peabody, era prácticamente una celebridad.

De hecho, el museo poseía un puñado de quipus, un puñado de los cientos que se encuentran en museos y colecciones privadas de todo el mundo. El quipu estaba basado en nudos y cuerdas para registrar los datos contables necesarios para gestionar un imperio grande y en crecimiento: cifras agrícolas, inventarios de almacenes, información del censo, impuestos. Es posible que también se utilizara para registrar poesía, mapas celestiales, genealogías, informes militares, códigos legales. Potencialmente todo. En los Andes, muy pocas personas sabían cómo hacer y leer quipus. Se las llamaba quipucamayocs, una clase sacerdotal en muchos sentidos, y como tenían el poder de la documentación, tenían encontronazos con el rey. Antes de la invasión española, el rey Atahualpa tenía una política diplomática, digamos, *expansionista.* En esa región no solo estaba el pueblo inca, había muchas otras tribus, y a menudo estaban en guerra. Siempre que conquistaba a un nuevo grupo de personas y lo obligaba a convertirse en incas, Atahualpa ordenaba la muerte de los quipucamayocs del pueblo y la quema de sus quipus. Quería controlar la narrativa. Quería que la historia le perteneciera. Quería borrar los recuerdos. En realidad, quería que no existieran. Que estuvieran *ahí*, trabajando, pagando impuestos, pero *sin existir*. Esta no fue la última vez que los quipucamayocs se enfrentaron a la violencia de un régimen ávido de poder. Cuando los españoles

invadieron, quemaron todos los quipus que quisieron y también mataron a los quipucamayocs.

Los arqueólogos y antropólogos han encontrado y recogido una serie de sobrevivientes de cuerdas, pero no saben con certeza cómo descifrar el sistema de nudos, cuerdas y fibras del quipu. Desde al menos el siglo XVI, el misterio del quipu ha continuado enloqueciendo a la gente. ¿Esconden algún significado el color y el origen de las fibras o el grosor de las cintas brillantes? ¿Podrían los nudos representar algo más que números, tal vez sílabas, sonidos, símbolos, palabras o podrían ser melodías? ¿Se adhieren todos los quipus a los mismos principios? Mundos enteros de ideas, creencias, historias, todo oculto en hojas de cálculo cada vez más enigmáticas. Nadie ha sido capaz de descifrar el código. Lo más cerca que alguien ha estado ha sido la doctora Murphy.

En parte gracias a su liderazgo, Harvard era una especie de semillero de descodificadores de quipus: matemáticos, historiadores, teólogos, antropólogos, arqueólogos, lingüistas. Algunos construían bases de datos digitales y programas informáticos para decodificar. Otros excavaban cementerios. Todos buscaban lo mismo: querían encontrar la "Rosetta quipu", el quipu que desbloqueara a todos los demás. La próxima exposición de primavera en el Peabody, *El quipu y sus infinitas posibilidades*, una oda al misterio, incluiría quipus prestados desde lugares tan lejanos como Berlín y Perú. Un gran cartel del evento ya colgaba en el mostrador de la recepción.

—Le estaba contando a Catalina sobre su investigación — mintió Nathaniel—. Catalina es de Ecuador.

No, esto no.

—¡En serio! ¿De qué parte de Ecuador eres?

—De Cotopaxi.

—Nunca he estado, pero apuesto a que es hermoso. Por supuesto que he estado en Ecuador muchas veces, pero mi trabajo me lleva a las profundidades del altiplano. Es un país de una belleza impresionante.

—Eso he oído —dije.

—¿No naciste allá?

—No, sí nací allá. Solo que no he vuelto en mucho tiempo.

—¡Oh! ¿Por qué no?

—Un drama familiar que ni le cuento —dije vagamente.

Sentí la mirada curiosa de la doctora Murphy sobre mí e instintivamente eché los hombros hacia atrás y levanté la quijada. Podía buscar todo lo que quisiera en mi búnker, no encontraría nada. El efecto de mi reserva sobre otras personas era fascinante. Normalmente, cuanto más distante era de ellas, más apasionadamente perseguían una relación que ni siquiera estoy segura de que quisieran.

Antes de que los españoles se fueran en contra del quipu, alentaban su uso, imaginando que el misterioso sistema de cuerdas y nudos podría adaptarse para la contabilidad de cosas como bautismos, confesiones y conversiones. Los misioneros mercedarios incluso ordenaron que todos los pueblos indígenas recién conquistados tuvieran sus propios *quipus de oración* personales. Si no los tenían, eran azotados. Mientras tanto, los misioneros jesuitas estaban obsesionados con la confesión y ordenaron a los pueblos indígenas de los Andes a mantener *quipus de confesión* para registrar pecados como mirar a una mujer y desear pecar con ella, así como albergar en el corazón el deseo de hacerle daño a un

sacerdote. Se designó a los quipucamayocs locales como informantes, intermediarios entre los pueblos indígenas y la Iglesia. Se reunían con los miembros de su comunidad, recopilaban los pecados y luego hacían quipus de confesión para narrarlos a los españoles. Pero los quipucamayocs se resistían cada vez que podían, aconsejaban a sus amigos y vecinos durante todo el proceso, dándoles pistas sobre qué decir y cómo decirlo. A veces se utilizaba el mismo quipu para las confesiones de varias personas. Además de eso, los funcionarios de la Iglesia comenzaron a sospechar cuando se enteraron de que los quipus registraban ofrendas a dioses no cristianos. Esto enfureció a los españoles. Para empeorar las cosas, se habían enterado de que las transmisiones privadas de quipus podían usarse para coordinar rebeliones, justo debajo de sus narices. Finalmente, la Iglesia declaró el quipu como idolatría, y fue ahí cuando mataron a los quipucamayocs y ordenaron quemar todos los quipus.

—Doctora Murphy, si me permite preguntar, ¿qué la hizo interesarse por los Andes?

La doctora Murphy se rio entre dientes y tomó un pequeño sorbo de vino, luciendo feliz y sumida en sus pensamientos. Tenía la sensación de que esa sería la pregunta correcta.

—Soy una señora mayor, Catalina. ¿Crees que puedo recordar tan atrás?

Incliné la cabeza hacia un lado y sonreí.

—Te diré la verdad, hubo un momento cuando estaba en la escuela de posgrado, hace muchas vidas. El pueblo en el que estaba quedaba muy, muy, muy arriba en las montañas de Perú, y mientras bajaba me encontré con una familia que estaba organizando una

gran fiesta para el cumpleaños de su hija, y todo el sincretismo, el catolicismo, los rituales antiguos, los tambores africanos, las flautas nativas americanas, las baladas españolas, el vestido rosado de princesa. La familia fue tan acogedora. El padre sentó a su hija en mi regazo. Todo cobró sentido de alguna forma, y me enamoré del trabajo de campo ahí mismo. No hay nada como eso.

Podía sentir que los músculos de mi cara se contraían por contener una sonrisa. Me disculpé, recogí el dinero del premio y caminé sola a casa.



En las comedias románticas, cuando dos amantes se conocen, uno de ellos le pide al otro que prometa que no se enamorarán. Invariablemente, se enamoran. Una mañana, cuando Nathaniel pasó por la recepción del Peabody, decidí probarlo. Tenía curiosidad por lo que diría. Cualquier cosa que dijera sería una sorpresa, su respuesta me haría feliz o me pondría triste, pero fuera lo que fuese, era *algo*. No estaba pasando nada y tenía curiosidad por saber qué podía hacer surgir de la nada.

Para ser más específica, había decidido que quería experimentar el desamor. El desamor probablemente era hasta más famoso que el amor. Las canciones sobre el desamor, por ejemplo, eran notoriamente mejores que las de la felicidad doméstica, y Camilo había sido una decepción. Todos los poetas tenían el corazón roto y estaban en un estado de pérdida y añoranza perpetuas. La forma como Dante pensaba sobre Beatriz —lujuriosa, obsesiva, teatral— es como yo pensaba sobre absolutamente todo.

—No te enamores de mí —dije.

—¿Qué?

—Prométeme que no te enamorarás de mí.

—Catalina —comenzó, luego hizo una pausa larga y sonrió, dejando mi nombre desatendido en el aire.

—Algo me dice que si te persiguiera seriamente, sería un tropo en tu vida. Y que me jodan si voy a ser un tropo en la historia de alguien más.

Me sentí herida y me reí violentamente. Busqué un insulto.

—¿Qué vas a hacer después de la graduación, *consultoría*?

En mi boca la palabra era veneno.

Pero luego dijo:

—Sal conmigo este fin de semana.

—¿Para que puedas ser un tropo en la historia de mi vida?

—Entre otras cosas —dijo—. El sábado es el cumpleaños de un compañero de clase. Kirkland House, el tema es *Jardín Secreto*. Ven conmigo.

Nathaniel arrastraba las palabras ligeramente cuando hablaba, como si tuviera la boca llena de miel, como un gatito en medio del bostezo. Si ponía los ojos borrosos, realmente borrosos, se parecía el baterista de los Strokes.

—Está bien. Puedes recogerme a las diez —quería que fuera una cita y que él tuviera que esperarme.

Nathaniel vivía en Eliot House, que está junto al río Charles, entonces para recogerme tendría que tomar un autobús o caminar unos buenos veinte minutos hasta mi dormitorio en el Quad. Luego, desde ahí, tendríamos que volver sobre sus pasos porque Kirkland House, el lugar de la fiesta, también era un dormitorio junto al río

Charles; de hecho, estaba justo al lado de Eliot House. Nada de esto se me ocurrió cuando le hice la pregunta, ni cuando él aceptó.

El sábado, el comedor abrió a las 4:30 p. m. y bajé a las cinco. Cada invitación a una fiesta me hacía sentir como la Cenicienta, tocada por la magia, una fugitiva yendo al baile, una mujer buscada. Comí meatloaf y puré de papa. Comía *tan* bien cuando estaba en la universidad. Todavía a veces pienso en lo bien que comía. En casi todas las cenas me tomaba una gaseosa con helado. Calentaba brownies en el microondas y me los comía tibios con helado de vainilla. Probé los macarrones con queso y el meatloaf por primera vez. No puedo decir que el sabor me gustara, pero no creo que la cocina estadounidense se trate de sabor, es como una postura contra el comunismo. El meatloaf no era bueno, pero no necesitaba estarlo; me hacía sentir dentro de una acogedora pintura de Norman Rockwell y eso era suficiente. Otras veces, no era suficiente y sentía un hambre punzante y dolorosa, pero no podía pensar en un solo alimento que realmente quisiera. Tenía tanta hambre, pero ya había decidido que ningún alimento me saciaría, nada dulce, nada salado. Por un minuto me pregunté si lo que quería era sexo, pero luego me di cuenta de que lo que quería era castigar a todo el que alguna vez me pusiera un dedo encima.

Henry Kissinger es un hombre de no poca imaginación y, sin yo saberlo, él y los otros Henrys estaban trabajando arduamente en un vestido. Llega a emocionarse bastante, el señor Kissinger. Como sabes, su debilidad siempre han sido los cristales de Swarovski. Quería coser a mano veintidós mil cristales de Swarovski en un delicado vestido que le había prestado Chanel; como ya expliqué, tenía las manos pequeñas y también ágiles.

—¡Veintidós mil cristales! —exclamé incrédula—. ¿A su edad? ¿Por qué haría una cosa así?

—Es porque la amo y la admiro, señorita Catalina —dijo Henry—. Usted es hermosa y yo soy un tonto.

—¡Oh, Henry!

Me puse una rosa de plástico robada del comedor en el pelo para mantenerme en sintonía con el tema.

Mi truco de belleza en ese momento era embadurnarme el pelo con un montón de acondicionador Herbal Essences de rosa mosqueta justo antes de salir y cogérmelo en la parte superior de la cabeza en un moño. Cuando me soltara el pelo más tarde esa noche, olería como un sueño y una flor. Otra cosa que hacía era detener el ciclo de secado a mitad de camino para que mi ropa estuviera húmeda y más ajustada. Además, también olería a ropa recién lavada, un aroma que se ha demostrado que provoca una respuesta psicosexual prometedora en la mayoría de las constituciones.

Las latinas con las que crecí eran en su mayoría puertorriqueñas y dominicanas y las idolatraba. Olían bien. Tenían cada centímetro de la piel hidratado. Su pelo parecía mojado por las duchas matinales, por el gel, la espuma y la laca. Tenían las uñas arregladas, los dedos de los pies arreglados, las puntas prolijas. Las mujeres mayores llevaban anillos de compromiso y alianzas de platino y diamantes a juego. Me las imaginaba señalando a su jefe con una uña acrílica cuadrada y diciendo: "No". Probablemente no lo hacían, pero me imaginaba que sí. Sonia Sotomayor tomó juramento como jueza de la Corte Suprema, como la primera jueza latina de la Corte Suprema, en 2009, mi segundo año en la universidad. A Sotomayor le

informaron sobre su apariencia y le aconsejaron tener un color de uñas neutro para su juramento. Nada de colores brillantes. Siguió el consejo, pero luego se las pintó de rojo en la recepción de la Casa Blanca celebrada en su honor y se las mostró al presidente. *No.*

Nathaniel estaba afuera de mi dormitorio exactamente a las diez. Yo llegué siete minutos tarde. Harvard tenía la tradición de empezar todo siete minutos después de la hora, incluso las clases. No entendía por qué Harvard tenía la tradición de los siete minutos de retraso y parecía incapaz de entender cuándo debía y no debía respetarla.

—Te ves muy bien —dijo cuando me vio.

Tenía un minivestido de chifón de ensueño con delicados tirantes finos del mismo color que mi sombra de ojos, rosa de patita de gato. Bueno, cuando digo chifón, me refiero a poliéster, y gracias por preguntar, sí, sí, i*cristales por todas partes*!

Ahora que tenía la atención de Nathaniel, no tenía ni idea de qué hacer con ella. Él me miraba y yo me veía a mí misma siendo mirada. Es algo poderoso, ser un objeto, pero es aburrido. Lo único que tienes que hacer es quedarte ahí y ya. Si es que nací para ser un objeto, el número 98 en la lista de llamada para actores, la suplente de las chicas blancas, Tijuana para los chicos, al menos podría tener el control creativo. Podría convertirme en algo digno de contemplar, como el becerro de oro y la ira de Moisés. Yo también podía citar a Charles Bukowski. Podía usar diademas. Aprender a tomar oporto. Puedes ser quien quieras en Estados Unidos.

—Mi rabino me agregó como amigo en Facebook anoche —dijo mientras empezábamos a caminar hacia Kirkland House—. Pasé toda

la mañana limpiando mi perfil de cualquier cosa remotamente ofensiva.

—Puedo volverlo ofensivo otra vez —dije, demasiado rápido.

Ambos parecíamos inseguros de qué decir a continuación.

—¿Conoces la historia sobre el cuerpo de Evita? —soltó—. Es mi historia favorita de todas.

—No, no la conozco. Cuéntame —dije.

—Lo juro, ningún otro cadáver ha pasado por tanto. Perón quería embalsamarla y luego exhibirla en un monumento, como Lenin, entonces ordenó que embalsamaran su cuerpo, pero antes de que terminaran el monumento se produjo el golpe de Estado y Perón huyó y abandonó el cadáver de Evita. El cuerpo desapareció. Nadie supo dónde estaba durante quince años. Luego, en los años setenta, encontraron el cuerpo en una cripta en Italia con un nombre completamente diferente y se lo enviaron a Perón en España. Por cierto, Perón se había vuelto a casar y él y su nueva esposa pusieron el cuerpo de Evita en *el comedor*. Lo juro por Dios.

—No me jodas —dije.

—Lo sé, ¿no?

—¿Dónde está su cuerpo ahora?

—En Buenos Aires. Lo he visto. O, mejor dicho, vi el ataúd de mentira que está encima de una escotilla. El ataúd real está en una bóveda subterránea. Ya no hay forma de robarlo.

Nathaniel quería ocupar el lugar de mi abuelo en la cabecera de la mesa, condenado para siempre a la primera tajada de pastel, al corte elegido del ave asada, a la última palabra. Yo solo quería que me besara.

Ahora bien, no culpo a Nathaniel por haberse sentido irremediablemente atraído por mi continente y sus islas, istmos y penínsulas vecinas. Yo misma entiendo ese atractivo. Pero a pesar de todo su amor por la exótica, sensual y hermosa América Latina, Nathaniel no parecía muy interesado en la gente latine. No tenía muchos amigos como yo, ¿cierto? Amigos de verdad, no sujetos etnográficos. Sabía todo sobre Bartolomé de las Casas y podía citar a Sor Juana de memoria, pero en el orden mundial que me contaba mi abuelo, éramos inmigrantes, éramos exiliados, éramos ungidos, éramos gente protegida por Dios, y personas como Nathaniel y sus amigos eran turistas.

—Entonces, ¿vives con tus abuelos? —preguntó después de otra pausa en la conversación—. ¿A qué se dedican?

—Mi abuela es niñera y mi abuelo es dueño de una empresa de construcción.

—Genial —dijo—. Eso es realmente *cool*.

La verdad, que mi abuela no trabajaba pero que ocasionalmente cuidaba niños para los vecinos, y que mi abuelo estaba envejeciendo y ya no podía trabajar en la construcción, no era algo que Nathaniel se hubiera ganado.

Dejé que se instalara otro momento de silencio.

—Nunca te he contado sobre mi investigación de tesis, ¿verdad?

Se me hundió el corazón. Ya sabía que el enfoque de Nathaniel en antropología era los Andes. Eso era suficiente.

—No —dije—. Tenía la intención de preguntarte.

—Bueno. Me frustra escuchar a la gente decir que el Imperio Inca es de cierta forma inferior a otros imperios de alcance similar porque no tenía un sistema de escritura —se mofó—. Pues el Imperio Inca

en realidad era increíblemente sofisticado, en ese momento, en el siglo XVI, era uno de los imperios más grandes del mundo, entonces era obvio que tenía métodos sofisticados para dirigir su sociedad. Uno de esos métodos era... okay, imagínate un trapero. Se llama quipu.

Extendió el brazo.

—Digamos que este es el cordón principal. ¿Okay?

Quería que dejara de hablar, y se callaría antes si yo hacía como si no supiera nada.

—Ahora, imagínate un montón de cuerdas colgando de este brazo, y cada una de esas cuerdas tiene nudos. Esas cuerdas también pueden tener sus propias cuerdas con sus propios nudos, y se llaman cuerdas subsidiarias. Dime si esto es muy aburrido.

—No, para nada. Es superinteresante.

—Las cuerdas pueden estar hechas de lana de llama, lana de alpaca, pueden teñirse, hay nudos hechos a la izquierda, nudos girados a la derecha, hay casi un número infinito de formas como los nudos pueden diferenciarse entre sí. Definitivamente es un sistema de contabilidad, pero creo que también es un lenguaje escrito. Se supone que las civilizaciones avanzadas tenían lenguajes escritos, ¿no? Este es el caso. Entonces mi proyecto es un estudio etnográfico de este pueblo en el altiplano en Perú donde se han encontrado algunos quipus muy antiguos. De ahí provienen todos los más antiguos porque el clima árido los ha conservado perfectamente. Aquí entro yo. Iré a visitar a los más ancianos de la comunidad y haré un registro de lo que saben, qué conocimiento incorporado se pudo haber transmitido. No queremos perder eso. Si una persona

que tiene información sobre cómo se puede leer un quipu muere, ese conocimiento muere con ella. Imagínate.

—¿Cómo se sienten los nudos? —pregunté.

—Son tan viejos que realmente no se pueden tocar sin que se dañen.

—Pero ese es el punto, tocarlos, ¿no? Me dijiste que las cuerdas eran fibras diferentes de llama, alpaca; ¿cómo puedes saber de qué son sin tocarlas?

—Si estás entrenado, no tienes que tocarlas para saber.

—No creo que tengas razón —dije suavemente.

—No sé qué hacer contigo —dijo.

En la fiesta, hicimos una ronda para saludar a todos los conocidos de Nathaniel. Rápidamente me di cuenta de que era más una situación de jeans y saco de invierno de lo que había imaginado y de repente me cohibí ante la cantidad de glitter corporal que tenía en la piel. Nathaniel saludaba a todas las chicas con un beso en la mejilla y a los chicos con la mano. Sus amigas extendieron los brazos y me abrazaron cálidamente. "¡Entonces eres la famosa Catalina!". Me sentía halagada y humillada. Quería ser amada y admirada, pero no quería que se hablara de mí.

En medio de la habitación, alguien había instalado un dosel blanco sobre un sofá con ruedas cubierto con flores de plástico. La gente iba ahí para divertirse. Un remix de baile de "Harvest Moon" de Neil Young dio paso abruptamente a Kanye West. Era la primera vez que vi bailar gente blanca fuera de la televisión y, por si sirve de algo, pensé que era muy valiente.

Cuando llegué a Harvard, esperaba que las fiestas de baile parecieran una escena de *Save the Last Dance* o *Honey*, mis

referencias de reuniones juveniles. El único otro ejemplo que tenía eran las fiestas de la congregación, que generalmente eran comidas compartidas que se celebraban en un salón de baile y las ocasiones eran aniversarios, graduaciones, baby showers, bodas. Si bien los días festivos reales estaban prohibidos, las fiestas no. Una vez más, cada hermana de la congregación tenía una especialidad y la preparaba para cada fiesta. La especialidad de mi abuela era el ceviche ecuatoriano, la de la hermana Rosa era el ceviche peruano y la de la hermana Anita era la ensalada de macarrones con jamón. La hermana Suárez hacía ensalada de papa con manzana verde. La hermana Matos hacía arroz con gandules. La especialidad de la hermana Morales era el pernil. La de la hermana Miranda eran las pupusas. El baile era tan panlatino como lo era la comida. Bailábamos bachata, merengue, cumbias de Colombia y México, la quebradita, el sanjuanito ecuatoriano, cualquier condenado género al que pertenezca el slide eléctrico. Lo único que no ponían era reguetón. Demasiado sexy.

Nathaniel quería bailar, pero yo no estaba lo suficientemente borracha para eso. No estaba para nada borracha. Estaba irritable.

—¿Por qué no quieres bailar?

—Quiero bailar, pero no quiero bailar esta canción. No me hace sentir nada.

—Está bien, ¿la próxima?

—Depende de la que sea y de lo que me haga sentir.

Me quedé de pie ahí como si fuese tímida, impasible ante los agudos, seca ante el bajo, fastidiando muchísimo a Nathaniel cuando decidí irme.

—Olvidé que tengo que hacer algo para mi abuela, tengo que hacerlo antes de la medianoche. Lo siento mucho, pero realmente tengo que irme.

Nathaniel parecía sorprendido.

—Sí, sí, sí, claro. ¿Necesitas algo? ¿Estás bien caminando de regreso sola?

Ya había salido por la puerta.

Me tiré a la cama sin lavarme la cara. ¡Qué alivio! Finalmente estaba de vuelta en mi habitación individual, una habitación tranquila y oscura con una puerta que se cerraba automáticamente. Me quité la ropa y me metí en la cama. Estaba completamente despierta, con la cabeza a mil. WikiLeaks estaba en todas las noticias. La información filtrada relacionada con la guerra de Irak reveló que entre el 60 y el 80 % de las bajas de la guerra eran civiles. Pensé en la cantidad de reclutas que había hecho el Ejército en mi escuela. Lo que Goldman Sachs era para los estudiantes de último año de Harvard es lo que el Ejército de Estados Unidos era para mí y mis compañeros de high school. Míralos, tres militares corpulentos, de postura perfecta, con hojas de inscripción y gráficos que ilustran lo mucho que el Ejército contribuye a la educación de sus veteranos. Entonces el doctor Kissinger o uno de los otres manes dice: "Bombardeemos este lugar", pero en realidad no lo hacen; los enfermos hijos de puta hacen que los niños pobres lo hagan. Tenía sentido. Mi abuelo me había dicho que así funcionaba el mundo.

Alrededor de las tres de la mañana recibí un mensaje de Nathaniel.

Déjame invitarte a una cita de verdad.

Ni siquiera le había dado mi número. Me sentí deseada, la sensación más increíble del mundo.

Solo quieres follarme.

Él respondió rápidamente.

No, para nada.

Luego, después de varios minutos:

¿Quieres que te folle?

Tiré el teléfono boca abajo al suelo y finalmente me quedé dormida.



En la primera semana de noviembre, hice una audición para unirme a la revista literaria del campus, el *Harvard Advocate*, conocida coloquialmente como *The Advo*. No necesariamente quería estar en el consejo editorial ni tenía la intención de colaborar con la revista, pero sí quería participar en la competencia para que me calificaran. Era adicta a que me evaluaran. Algo en el hecho de haber pasado por tantas manos de niña, algo en el hecho de no saber exactamente por qué me habían mandado a Estados Unidos, me hacía sentir que cualquier valor que alguna vez pudiera tener lo tenía

que acumular yo misma, moneda a moneda, como *Donkey Kong*. Intelectualmente sabía que tenía un valor innato otorgado por Dios, todos lo teníamos, todos nosotros, incluso la flora no sensible que me aterrorizaba, pero la pérdida dejó una marca permanente. Mi cerebro había sido nuevo, joven y blando, y por eso se congeló en el tiempo de esa manera, se congeló en el tiempo y en el terror extralingüístico, como los perros de Pompeya. Me escapé de ese sentimiento lo más que pude, y una forma de hacerlo fue exponerme a que me calificaran, me evaluaran, me juzgaran, me seleccionaran, me premiaran y, por supuesto, *me eligieran* tanto como fuera posible. Funcionaba, cuando funcionaba, de maravilla.

La competencia fue un miércoles. Lo recuerdo porque fue el día después de las elecciones legislativas. Observé con horror cómo los republicanos arrasaban en la Cámara de Representantes. Era vergonzosamente transparente que detrás de esta impresionante victoria estaban los estadounidenses blancos, intimidados por los inteligentes, hermosos, ricos, en forma, carismáticos, geniales y populares que eran Barack y Michelle Obama. Estallaba de envidia.

En la reunión de presentación, que era como una combinación de entrevista grupal y examen, los editores se sentaron con las piernas cruzadas sobre la mesa. Vida, una chica bajita del sur de Asia con jeans acampanados y bailarinas rojas, se presentó como editora del comité de Ficción y comenzó la reunión leyendo nombres de exalumnos. Esto sucedía en muchas de las primeras reuniones en Harvard y los nombres podían volverse ridículos.

—Como muchos de ustedes saben, el *Harvard Advocate* es la revista estudiantil de artes y letras más antigua de Estados Unidos. Entre los editores pasados se encuentran John Ashbery, Frank

O’Hara, Seamus Heaney, T. S. Eliot y E. E. Cummings. Una verdadera coalición arcoíris de hombres viejos blancos —nos reímos—. Intentemos cerrar aquí —dijo, y repasó los nombres en un tono monótono, impaciente y cansado, como si tuviéramos la carga absoluta de ser los determinados herederos de estos hombres grandes y brillantes, como si fuera molestia.

Claro que pensaba que Henry Kissinger era brillante. Los hombres aburridos no me interesan. Era un niño inmigrante con un pasado traumático escalando posiciones en Estados Unidos. Digamos que sentía una afinidad. Y tenía una historia tremenda. Kissinger tenía quince años cuando huyó de la Alemania nazi. Solicitó asilo en Estados Unidos, lo consiguió, se naturalizó como ciudadano y, poco después, se unió al Ejército y regresó a Alemania como soldado estadounidense. En lo que respecta a historias del sueño americano, esa era bastante buena. Casi que me hacía sentir competitiva.

Luego Vida repartió dos historias, ambas cuentos cortos, y nos pidió que las leyéramos y que estuviéramos listos para discutirlas. La primera era una historia muy seria sobre dos jóvenes enamorados, y había mucho sexo y muchas peleas. Estaba claro que se trataba de una historia seria. La segunda historia era sobre una serpiente de jardín que se comía a un perrito.

Después de asegurarse de que todos habíamos terminado de leer, Vida se aclaró la garganta y habló:

—Entonces, ¿qué historia publicarían y por qué?

Me subí el cuello de la camisa para taparme la mitad inferior de la cara. Me sentía obligada a que me gustara la historia seria, y eso me hacía sentir asfixiada. Una de esas historias era literatura, la otra no. ¿Quiénes eran ellos para decidirlo? ¡Nosotros! Yo era uno de ellos.

Los hombres hablaron primero. La sala se sentía tensa, no porque hubiera un desacuerdo sobre qué historia era más publicable, sino porque todos estaban tratando de superarse entre sí. No lo soportaba. No era lo que decían. Era la forma como lo decían, lo finales y definitivas que parecían sus palabras, lo dogmáticas. Sin alegría. Esta mierda ni siquiera era real. Ni siquiera importaba. Escaneé la sala e intenté identificar quién creía que sería un abogado corporativo y luego lo imaginé con horribles trajes grises.

—Catalina —dijo Vida, leyendo la escarapela con mi nombre—, ¿tienes alguna idea? Está bien si no la tienes.

Me congelé. Luego respiré profundo, me senté derecha y recité una rápida oración de pánico en la cabeza. Si rechazaba la oportunidad de comentar, estaría consintiendo a la sugerencia de que tal vez no tenía ideas. Pero *no* tenía ideas. Tenía *sentimientos*. Tenía sentimientos de enojo. ¿Qué se suponía que debía decir? *¿Odio sus opiniones estúpidas sobre el arte porque crecieron con televisión por cable? ¿Nunca los tomaré en serio porque sus familias tienen fincas de recreo?* Al exhalar, me oí empezar a hablar.

—Creo que la historia que merece ser publicada en la antología es la del perrito y la serpiente. Tal como lo veo, algunos de nosotros hemos sido sexualizados desde muy jóvenes y no tuvimos la oportunidad de ser niños, así que tal vez deberíamos hacer que la antología fuera un libro infantil para estudiantes universitarios. ¿Qué tal un libro para colorear? *Culebra y cachorro*. Podría venir con un CD, así como vienen algunos números de *The Believer* con CD. En cuanto a la música, estoy pensando en Raffi. Un montón de Raffi ahí. Entrevistas con Raffi, un ensayo fotográfico sobre un día en la vida de una pequeña ballena morena en movimiento.

Me detuve de golpe.

—Entonces, ese es mi voto.

Cerré los ojos y traté de relajar el estómago.

Nadie se rio. Pensé que *algunas* partes eran graciosas. El silencio era una mezcla de confusión, fastidio, incomodidad y una renuencia a contradecirme porque era la única latina en la sala. Entonces alguien se rio. Miré a mi alrededor.

—Estoy completamente convencido —dijo Kyle desde el fondo de la sala, levantando la mano con una sonrisa orgullosa.

No pasé de la primera ronda.



Antes de que Nathaniel y yo tuviéramos esa "cita de verdad" que había pedido, me invitó a almorzar con él y su papá, que iba a venir para el partido de fútbol americano entre Harvard y Yale. Harvard le había ganado a Yale durante los últimos nueve años consecutivos y todo tipo de exalumnos venía para ver la potencial victoria número diez. Conocer a su papá antes de acostarme con él se sentía raro, pero así son los chicos a veces. Se emocionan. El señor Wheeler hizo una reserva en el Endnote, un restaurante elegante donde la gente se comprometía y donde los padres adinerados hacían reservas para el día de graduación con años de antelación. No pude evitar sentir esas famosas mariposas apócrifas revolotear en mi estómago. ¿Quería ser la novia de Nathaniel? No. Quería que me follara. Él en particular. Había algo en la curva pronunciada de su quijada. El resto me daba medio igual, pero eso me encantaba. Podía cohibirme.

Mi principal preocupación era qué ponerme. El trauma religioso de la infancia me había vuelto casi alérgica a la ropa modesta. Pero

quizás esta vez podía intentar. Podía intentar ser una buena chica. Me pregunté si sería agradable que un chico me amara. ¿Cómo se sentiría?

Llegué al Endnote con un vestido negro corto sin mangas y cuello blanco al estilo peregrino. Me alisé el pelo y me puse una fina diadema de terciopelo negro, y me sentí como una joven encantadora con un futuro brillante e impecables modales en la mesa, tal vez una prima segunda de Wednesday Addams. Nathaniel me besó formalmente en la mejilla, me tomó de la mano y dijo:

—Está arriba.

Me aterrorizaba conocer a Byron Wheeler. Era un iconoclasta. Un *auteur*. Me pregunté si, cuando me viera, me imaginaría teniendo sexo con su hijo. ¿En qué pensaban los padres?

El lugar era agradable: todo parecía rico y antiguo, mucho roble oscuro y pulido, constantemente pulido, pulido, pulido por alguien; pulido por quién.

Nathaniel me llevó a una mesa en la esquina y dijo, sonriente:

—Esta es Catalina.

—Catalina, es *realmente* genial conocerte. Llámame Byron.

Se puso de pie.

Extendió la mano y me incliné instintivamente para abrazarlo.

El señor Wheeler tenía la cabeza totalmente rapada y llevaba gafas de montura gruesa, pantalones bombachos y mocasines Gucci. Nunca había conocido a un heterosexual vestido tan deliciosamente.

En general, me llevo bien con los padres, tengo modales perfectos, llevo conversaciones corteses. Sé cómo provocar una risa en el momento justo. Byron quería saber sobre mi premio de ensayo, era un logro académico, a los padres les gusta eso.

Entonces el mesero se acercó a preguntar si queríamos empezar con cócteles o quizás una botella de vino.

El mesero era un hombre latino. Estaba vestido como un pingüino. Sin decir una palabra vertió agua con gas de lo que parecía un jarrón de cristal.

Sonreí con una amplia sonrisa tonta de dientes grandes de mejor estudiante y dije:

—Puedo servirme mi propia agua, gracias.

Cogí la jarra de las manos del hombre y me serví descuidada y nerviosamente un poco de agua tibia. Hubo un silencio total. Cuando le devolví la jarra al hombre aturdido y avergonzado, miré la etiqueta con su nombre.

—Julio. Soy Catalina, encantada de conocerte.

Nathaniel miró a su padre. Byron Wheeler me miró. En cuanto Julio se alejó, se inclinó hacia mí y dijo:

—Estoy seguro de que aquí el personal gana más del salario mínimo, han sido miembros queridos de la comunidad durante mucho tiempo…

—Papá —interrumpió Nathaniel—. No es nada. Catalina es así de divertida.

—No quiero que se lleve una impresión equivocada —dijo encogiéndose de hombros.

—No creo que piense nada malo, ¿verdad, Catalina? —preguntó Nathaniel.

—Me gusta servirme yo misma, eso es todo —dije en voz baja—. La señora Dalloway dijo que ella compraría las flores. ¿Saben?

Puse los ojos en blanco e intenté de nuevo.

—¡Es una cosa feminista! —dije con una exagerada crepitación vocal.

Byron Wheeler me miró con la boca ligeramente entreabierta y las cejas ligeramente levantadas, pero al final se rio un poco y luego se rio mucho. Esta fue la primera vez, pero no sería la última, que no soportaba que me atendieran hombres que se parecían a mi abuelo.

—Te criaron como católica, ¿verdad?

Dije que sí.

—Puedo identificar a una chica católica a kilómetros de distancia —dijo—. Es la culpa.

—Eso es lo que dicen —dije—. Eso es lo que dicen.

—Bien, Catalina, vas a tener que decirme si puedes resolver esto. ¿De acuerdo? Es una historia divertida. ¿Estás lista?

Sonreí.

—Sí.

—Cada vez que conozco a una mujer ecuatoriana mayor, en cualquier parte del mundo, termina pidiéndome de inmediato que me case con su hija. Por supuesto que les digo que soy un hombre felizmente casado. Y ellas insisten, me toman de la mano y dicen: "Solo conócela, solo mírala". Y sucede una y otra vez. Me pasa en todas partes. Me pasó dentro del supermercado en Quito, me pasó hace unos meses en una lavandería cualquiera en Bogotá. Estaba recogiendo la ropa y esta señora bajita, claramente una matriarca, de apenas un metro cuarenta, se llamaba María, por cierto, esta es la segunda María que hace esto, me dice: "Déjeme presentarle a mi hija". No puedo estar volviéndome loco. Mi promedio de bateo está, como, por las nubes. Entonces dime. ¿Es una locura? ¿Hay algo

aquí? Soy hijo de un estadista y me inclino a pensar que no es una coincidencia, sino que es una locura.

—Es chistoso —dije—. Es muy chistoso. Es como si no existiera antes y ahora de repente existe.

Nathaniel se estaba riendo, estaba de acuerdo, era una historia divertida. Se veía pequeño al lado de su padre, como la miniatura de un hombre en una casa de muñecas.



Mi tío Patricio, mi segundo padre, se murió en Ecuador la última semana de noviembre. Murió de un infarto a los cuarenta y cinco años. Fue justo después del Día de Acción de Gracias.Yo estaba en casa de vacaciones cuando recibimos la llamada.Al oír la noticia, el lamento de mi abuela fue aterradoramente animal. A mi abuelo se le puso la cara blanca y se quedó en silencio. Mi abuela lo sacudió para que hablara, pero se negó.

Sabía que esto iba a pasar, les pasa a todas las personas indocumentadas en Estados Unidos. Es solo cuestión de tiempo. Un familiar cercano se muere allá y no puedes salir de este país, no puedes viajar a casa, decir adiós, enterrar a tu muerto. Puedes comprar una tarjeta de llamada, pero por más de que intentes estar pendiente de los arreglos del funeral, no estás allá. Estás como en una de esas pesadillas en las que gritas y gritas y nadie te oye. Ahora era nuestro turno.

Comprendí que mi trabajo era no traicionar de ninguna forma mis sentimientos. Extrañé a mi tía durante mucho tiempo después de que empecé a vivir en Estados Unidos, pero si alguna vez la mencionaba, mi abuela comenzaba a llorar porque todavía no la

llamaba mami a *ella*. Entonces dejé de mencionar a mi tía y a mi tío por completo. Traté de no sentir nada por Ecuador. No era fácil. Se me llenaban los ojos de lágrimas cuando escuchaba a flautistas andinos interpretar un popurrí de Céline Dion y Carlos Vives afuera de la línea T en Harvard Square. Eso era mío, de alguna manera. Era casi mío.

La muerte de mi tío confirmó todos los temores de mi abuelo sobre sí mismo y su lugar en la familia. No podía proteger. No podía proveer. La emasculación a manos del Estado es una astucia del Estado mismo porque los hombres nunca se esperan que el Estado haga algo así. Culparán a los súbditos en sus propios reinos, a las mujeres y a los niños de quienes son señores. Las únicas personas de quienes son señores.

Mi abuelo se fue volviendo más oscuro a medida que los días se acortaban. Regresé a Boston para terminar mi última semana de clases antes de la semana de estudio y los exámenes finales, y él terminó en dos peleas físicas con completos desconocidos antes de que llegara el fin de semana. A decir verdad, ambos tipos merecían los golpes. Un tipo lo llamó "puto mexicano" afuera de un Home Depot, y el otro, al menos según él, era un viejo coqueteándole a una adolescente en el paradero del bus. Yo también hubiera querido golpearlos. Claro, no siempre podemos hacer lo que queremos, especialmente cuando somos indocumentados, porque cuando la policía se involucra, ICE se involucra y ahí se va tu vida. Pensaba en esto todos los días de mi vida. Ni siquiera cruzaba la calle donde no debía. Pero aquí está mi abuelo siendo el héroe.

Bebía licor marrón hasta bien entrada la noche y escuchaba canciones melancólicas, boleros, valses y pasillos ecuatorianos, en

particular un subgénero cuyo único objetivo es hacerte sentir que te estás muriendo, coloquialmente se llama música corta venas. La música lo ponía nostálgico y entre más nostálgico se ponía mi abuelo, más bebía. Mi abuela me llamó el sábado por la mañana para quejarse de lo tarde que había llegado la noche anterior, de lo fuerte que olía a ron, de que ni siquiera se había lavado los dientes antes de acostarse.

—No sé qué quieres que haga —le dije—. Vivo en Massachusetts. ¡Otro estado!

—Ven a casa, Catalina.

—Estaré allá en unas semanas —protesté sin mucho entusiasmo —. ¡El semestre ya casi se termina!

—Catalina, por favor. Habla con él. Ya. Él te oye.

Mi abuela estaba convencida de que yo era todopoderosa en lo que se refería a mi abuelo. Pasara lo que pasara, estaba convencida de que yo podía solucionarlo. También se me ocurrió que tal vez ella no quería estar sola con él.

Acepté ir a casa el primer fin de semana de diciembre y luego acepté volver al siguiente. Me sentía avergonzada de ir tanto a casa, tal como me había pasado durante el primer año cuando me sentí abrumada por la separación repentina, pero me parecía una locura estar atrapada en Cambridge mientras mi abuelo se descontrolaba. No le conté a Delphine lo que estaba pasando porque sabía que me diría "codependiente". Ya había comenzado a decirme "autodestructiva", tras adoptar para sí misma una teoría de la mente que giraba en torno al autosabotaje. Interpretaba todo a través de esa lente. Y a través de esa lente, yo era muy autodestructiva.

Tomé el bus de Chinatown en cada sentido, cuatro horas en bus más media hora en la T y casi una hora en el metro. Era mucho desplazamiento para una noche, pero no quería quedarme más de una noche por mucho que mi abuela me rogara. Siempre me han tranquilizado los viajes largos en carro, las autopistas y los trenes, así que el viaje acabó siendo mi parte favorita de la experiencia. Llevaba gafas de sol, una gorra de béisbol y unos audífonos enormes. Escuché música todo el tiempo. Si estaba triste, escuchaba Radiohead. Si estaba brava, escuchaba Fiona Apple. Si me sentía promiscua, escuchaba los Neptunes. Esos eran mis tres estados.

Mientras estaba en la universidad, mi abuelo había perfeccionado el no hablarle a mi abuela. Me sentía mal por él. Nunca admitía que estaba triste, porque si estaba triste por esto, entonces tenía que estar triste por todo, ¿y cuánta tristeza podía soportar un hombre? Pero cuando volví a casa, algo había cambiado en él. Quería estar cerca. Pasó todo el fin de semana en mi habitación. Se subió a mi cama para hablar, solo para hablar, y me acomodó de tal modo que mi cabeza descansara sobre su pecho. Me contó la historia de mi mamá y mi papá llevándome a la casa desde el hospital en una piyama rosada pastel. "También tenían una mantita rosada a juego", dijo, cayendo en llanto. "Tenía conejitos bebé". Estaba rebosante de ira y de un afecto sin límites. Me quedé quieta y no dije nada, con la esperanza de que siguiera contando historias sobre mis padres. Sus hijos habían muerto, cada uno había tenido su turno de ser mi padre, y ahora mi abuelo, *su* padre, quería una cercanía conmigo que yo no lograba articular bien. Era mi cuerpo, pero ellos eran sus hijos.

Mi abuela me presionaba para que dijera algo que lo hiciera parar de tomar, levantar la cabeza más alto, mostrar nuevamente el tipo de ambición y fe ciegas que lo habían acompañado durante tantos años. Pero su afecto solo duraba mientras yo estuviera en silencio. En el momento en que abrí la boca y le pregunté con tono autoritario si le parecía bien regresar a casa inmediatamente después del trabajo para que mi abuela no se preocupara, me escupió: "¿Ahora también me faltas el respeto?", y salió furioso de la casa.

Mi abuela me despedía en Chinatown todos los domingos por la noche y me enviaba de vuelta a la universidad con el kimbap y el wakame de una tienda de la calle Mott. A mis abuelos les encantaba Chinatown. Siempre bromeaban con las cajeras de una pequeña panadería donde compraban café dulce y pan con sabor a melón. Cuando era pequeña, pasé mucho tiempo en Chinatown. Siempre que queríamos salir de excursión familiar, íbamos allá. Éramos una familia muy aficionada a la comida de mar, y mi abuelo tenía amigos en los distintos mercados de pescado. En ellos fue donde descubrí que hablaba bien inglés. Estaba en mi BlackBerry mientras él hacía lo suyo frente a la gran lubina roja sobre hielo cuando empecé a entender partes de la conversación. Para mi sorpresa, estaba hablando en inglés. Durante años me había hecho traducirle en el médico, el banco, el departamento de tránsito, ¿y resulta que todo este tiempo podía hablar inglés? El hombre de la pescadería hablaba un inglés similar. Un inglés conjugado de forma caprichosa, pero inglés estadounidense, era innegable. Inglés de inmigrante, un dialecto propio. Gloria Anzaldúa decía que cuando el Tercer Mundo y

el Primer Mundo se encuentran, crean una fricción que produce una herida abierta. Pero Chinatown. Era una vista bonita.

Mientras el bus salía a toda velocidad de Nueva York, me sentí abrumada por el alivio de dejarlos, y ese alivio me carcomía. Mis abuelos me acogieron, me dieron todo. Pero no sentía nada por ellos. Extrañaba a mis padres, pero no recuerdo haberlos querido. Puede que haya querido a mi tía y a mi tío de niña, pero era tan joven que no lo recordaba. No sentir nada por mi familia me hacía sentir mal. Rota.

Parecía que los grupos de latines en el campus estaban llenos de personas que amaban a su familia. Cuando recitaban poemas conmovedores sobre sus antepasados y hablaban de sus abuelas cocinando o cantando o compartiendo perlas de sabiduría, me sorprendía disociándome y, como en un sueño febril, todas las abuelas se fundían en una gran y magnánima superabuela que compartía una habitación en el cielo con Jesús y se sentaba sobre nosotros como un panqueque. Para muchos de mis antepasados, yo hubiera sido no más que otra niñita morena, olvidada en otro continente, pasada de mano en mano. Imagínate haber nacido goldfish.

Regresé a mi dormitorio un domingo por la noche tarde y encontré un sobre amarillo apoyado contra la puerta. Lo abrí de inmediato y cuando vi su contenido corrí a mi habitación, revisé dos veces la cerradura de la puerta, apagué la luz y bajé las persianas. El sobre estaba lleno de bolsitas de té de coca. *De NW*. Había leído mi ensayo, el que a Abél no le había impresionado mucho, donde divagaba sobre no haber probado la coca nunca. Un día, después de

que me sorprendiera leyéndolo en la recepción del Peabody, Nathaniel me había incitado a que le dejara leerlo.

—¿Qué es tan interesante? —me preguntó, inclinándose sobre el mostrador.

—No, ahora no —dije sin levantar la vista.

—Lo siento, ¿te estás cautivando con tu propia escritura? Puedo ver que dice *Caddaleena Idderaldey* en la parte de arriba.

—Dios santo —dije.

—Muéstramelo. Por favor, a ver, yo también quiero leer tu ensayo.

Empujé el trabajo hacia él. Lo agarró rápidamente, hojeó las dos primeras páginas y luego me miró, lleno de entusiasmo de repente.

—¿Te conté alguna vez la historia de la anciana que conocí durante mi *research*, que debía tener al menos ochenta años y que insistió en ese mismo momento en que mascáramos coca juntas y yo pensé: ¿En serio voy a consumir drogas con una octogenaria? ¿A qué va mi vida?

Nathaniel me había mostrado sus cartas. Las hojas de coca son ilegales en Estados Unidos. Él (o su padre) había infringido leyes que yo ni siquiera sabía que existían porque tenía miedo de que aprender leyes sobre aduanas o el transporte de alimentos secos, o incluso buscar en Google cómo transportar algo internacionalmente sin utilizar Delgado Travel en Jackson Heights, me implicara en la red de tráfico de personas con la que siempre sospeché que tenía conexión, que creía que todo el mundo la tenía, en cierto nivel. Al igual que mi abuela, me había socializado con cierto tipo de hombres. El hombre fuerte, el caudillo, el jefe, el anciano, el don, el capo, el pandillero, el padrino, el dueño del deli italiano que durante los últimos quince años ha preparado personalmente el café matutino favorito de los

trabajadores de las carreteras y de los madrugadores del distrito 83 del Departamento de Policía de Nueva York. Gente que conocía a gente. ¿Era este finalmente mi turno? ¿Recibiría la reina de belleza adolescente del pueblo flores del narcotraficante de paso? Me sentí abrumada por un nuevo poder. Tiré las bolsitas de té al inodoro mientras me santiguaba.

Para entonces ya estaba avanzado el período de estudio, la preciosa y fugaz semana entre el final de las clases y el comienzo de los exámenes finales. Al igual que todos los demás, tenía exámenes para los que estudiar, ensayos que escribir y trasnochadas que pasar para luego alardear. Pero todo lo que me llevaba a la boca me revolvía el estómago. Me quedé inmóvil en la cama, acurrucada como un animal herido que esconde su vientre blando y lleno de órganos. Me gruñía el estómago, pero no tenía energía para hacer nada al respecto. Mi piel se tornó gris. Empecé a disfrutar de la debilidad que surge de la autoprivación voluntaria, perder y recuperar la conciencia se sentía bien, *era tan yo*, finalmente me veía como me sentía. Ahora estoy despierta, ya no. Ahora recuerdo. Ahora olvido. Estoy vertical. Ya no. Soy una muñeca de trapo. ¿Henry? ¿Henriquito? Señor Kissinger, ¿a dónde se fue?

Los mensajes de texto de mi abuela me acosaban en mi estado de fuga. *Catalina, habla con él. Catalina, haz algo.*

Estaba segura de que no podía hacer nada.

No me preguntó cómo estaba. Se me ocurrió pensar que en general ella no me hacía preguntas. Envié todas sus llamadas al buzón de voz y pasé cada momento de vigilia consumida por la culpa de no escuchar los mensajes. Sabía que su voz sería dolorosa

y suplicante. Era bueno que Dios me dejara inconsciente de vez en cuando.

Como si eso no fuera suficiente traumarama, el DREAM Act tampoco me dejaba en paz. Después de las catastróficas elecciones legislativas del mes anterior, Obama había prometido presentar el DREAM Act ante la Cámara de Representantes. Era una decisión audaz para un presidente saliente, pero cualquiera que todavía se preocupara o tuviera esperanzas quería intentarlo una vez más antes de que el nuevo Congreso republicano interviniera. El proyecto de ley se dirigiría al Senado en algún punto hacia el final de la semana de exámenes finales. Estaba demasiado cansada para sentir algo más que resentimiento por tener que sentir algo al respecto.

La única responsabilidad que podía asumir era mi turno en el Peabody. Se sentía muy bien llorar allá. La clase trabajadora siempre ha sentido la calidez y el frío simultáneos de la iglesia cuando visitamos museos y yo nunca pude quitarme esa sensación. El primer piso estaba dedicado a los indígenas americanos, y tan pronto como abrí las puertas de esa sala, la música me inundó. Tambores, cantos tribales, sonidos de las llanuras. Tenían una pipa de tabaco que creen que perteneció a Toro Sentado y dibujos de guerreros en batalla a caballo. Lloré en la sala de Oceanía y en las salas de México y América Central y lloré entre los garrotes de la guerra de Fiji y los tocados de Papúa Nueva Guinea. ¿Qué otro espacio podría contenerme?

No me preocupaban los exámenes finales. Saldría adelante. Incluso para las clases en las que no había participado en todo el semestre, donde me sentaba en la parte de atrás del salón con una

sudadera con capucha sobre la cabeza, había leído las lecturas. Había puesto atención.

Había puesto atención en el seminario de Abél cuando habló sobre Sendero Luminoso y cómo lastimaban brutalmente a las campesinas en el altiplano. Dijo que las mujeres y las niñas se preparaban para la guerrilla y los paramilitares metiéndose papas en la vagina para evitar que las violaran, o tal vez para evitar quedar embarazadas si las violaban. Un hecho fiable sobre los grupos de hombres es su método de crear camaradería, un punto de violación para calmar los nervios o distraerlos de la falta de previsión organizativa. Redibujan mapas en la noche disfrazados de "Noches Blancas", mientras piensan en constituciones nuevas y brillantes para la república de camino al baño. Y violan.

Había puesto atención en *Inglés 341: La novela posmoderna,* cuando pasamos dos semanas estudiando la novela universitaria, un género que ganó fuerza en la década de los cincuenta y que exploraba el malestar de los que buscan la titularidad y las crisis existenciales de los profesores y estudiantes en el campus, principalmente en New England. La atracción principal era el sexo. Estos son los títulos de los libros de la trilogía de David Kepesh de Philip Roth: *El pecho, El profesor del deseo, El animal moribundo*. *El animal moribundo* fue mi favorito. El protagonista de la novela, un profesor de literatura, describe a su joven estudiante cubano-estadounidense (ya ha descrito sus "hermosos pechos") de esta manera: "Ella piensa: 'Le estoy diciendo quién soy. Le interesa saber quién soy'. Eso es cierto, pero siento curiosidad por su manera de ser porque quiero follármela. No necesito todo este gran interés por Kafka y Velázquez. Mientras converso así con ella, me pregunto

cuánto más voy a tener que soportar. ¿Tres horas? ¿Cuatro? ¿Llegaré a ocho horas? Cuando llevamos veinte minutos cubiertos con el velo, me pregunto ya: ¿qué tiene esto que ver con sus tetas, su piel y su porte?'".

¡Así que aprendí eso!

La única clase de la que no estaba tan segura era del seminario de tesis con Sandoval. Todavía no había escogido un tema. Sin un tema, no podía haber un esbozo ni una bibliografía. Ni siquiera abría los correos electrónicos que me enviaba. Tal vez eran suplicantes, tal vez eran molestos, tal vez si esperaba lo suficiente dejarían de llegar y ella se olvidaría de mí. Estaba segura de que Nathaniel abría todos los correos de su asesora de tesis. Delphine también.

Entre los artistas y los nerds había mucha especulación sobre quién ganaría los premios de tesis, los premios Hoopes. El Departamento de Inglés tenía muchos contendientes. Ese año, hubo diez tesis sobre David Foster Wallace *solo* en el Signet. La mera verdad es que, aunque no había trabajado ni un poquito en mi tesis, y ni siquiera tenía un tema, estaba setenta por ciento segura de que ganaría un premio de tesis. ¿Por qué no? Era improbable, pero todo lo era.

Delphine definitivamente iba a ganar un premio de tesis. Ayudó a descubrir una pequeña mutación de proteína o algo así en una mosca de la fruta y escribió un artículo para una revista científica con su profesor. Sabía que estaba ignorando a la profesora Sandoval e insistió en que fuéramos a tomarnos un café para hablar de eso. Me irrité ante la sugerencia. Sentí que me estaba metiendo en problemas, lo que siempre me ha hecho perder el control.

Ambas pedimos chocolate mexicano picante en Simon's, una cafetería justo al lado del Quad.

—Te quiero mucho —comenzó, su mano sobre la mía—. Y te digo esto porque te quiero. En este momento eres un desastre total, y me encanta eso de ti, pero necesitas graduarte. ¿No?

Se me llenaron de lágrimas los ojos y me pasé un sorbo de chocolate caliente, muy caliente.

—Tienes razón —dije, haciendo todo lo posible por no llorar y tratando de recordar el guion—. Haré una cita con psicología y con el centro de estudios. Necesito hablar con alguien, para discutir técnicas de gestión del tiempo. Realmente aprecio tu preocupación, me siento querida, gracias.

Ella se rio.

—Bien, nena. Gracias a Dios por la ayuda financiera.

Sobresalí en los dos exámenes finales que tomé. No hice el examen presencial de Abél que valía el treinta por ciento de la nota porque me quedé dormida. No oí el despertador. Me lo perdí por completo. Cuando llegué, los estudiantes salían del edificio y devolvían los libros azules en la puerta. No podía ser más boba. Salí corriendo, preocupada de que Abél me viera. ¿Qué iba decir? Y cuánto podía importar.

Al día siguiente, un sábado, el DREAM Act una vez más no superó la obstrucción en el Senado. Nos faltaron solo cinco votos de los sesenta necesarios para avanzar con el proyecto de ley. La votación se llevó a cabo siguiendo líneas partidarias, pero hubo algunos demócratas cobardes que cambiaron de rumbo y se unieron a sus colegas republicanos. Cuando escuché la noticia, corrí al baño a vomitar. Mi corazón no estaba completamente roto porque sabía que

iba a suceder y anticiparlo me quitó un poco el dolor. Lo único que sentí fue un miedo terrible y abrumador. Mi cuerpo no quería soportar más mi peso.

El Signet celebró su cena navideña anual esa misma noche. La fiesta del Signet se promocionó como una noche de desenfreno con una botella de champaña por persona. Me encantaban las festividades. Decidí que nada malo me podía pasar en Navidad. Guirnaldas y caramelos de menta, copos de nieve de papel y nieve real, sintonizar NY1 News a las 5:00 a. m., con la esperanza de un día nevado cortesía del alcalde Bloomberg. Si algo mágico me iba a pasar alguna vez, probablemente iba a pasar en diciembre. Tenía pensado ponerme un vestido negro vintage de manga larga y sin espalda de Halston, la joya de la corona de la colección de Goodwill de mi abuela. Era dos tallas más pequeño, pero me hacía sentir como una estrella de cine.

Le pedí a Nathaniel que me acompañara. Iba a terminar en el Signet como una de sus múltiples paradas de fiestas de sábado por la noche. Invitarlo me hizo sentir como si viniera a verme. Además, el código de vestimenta era corbata negra y obviamente él tenía esa mierda en su clóset. En cuanto a mí, yo tenía mi vestidito negro.

Cuando me estaba secando el pelo, el vestido se rompió en el hombro; la manga todavía se sostenía, pero con precariedad.

Le envié un mensaje de texto a Nathaniel para pedirle que me trajera un kit de costura.

¿Un kit de costura?

Sí, ¿puedes pasar por un CVS para comprar un kit de costura pequeño? Te devolveré el dinero.

¿Para qué necesitas un kit de costura?

Un percance con el vestido.

Kyle corrió a saludarme en la puerta y nos abrazamos durante un rato largo. Colgué mi abrigo.

—La voy a tomar prestada un minuto —dijo Kyle sin dirigirse a nadie en particular y me llevó a la cocina.

—Mira lo que encontré —canturreó.

Me mostró una bandeja de rollos de canela quemados en la nevera.

A medida que avanzaba la noche, nos volvíamos más descuidados. Aun así, sin importar cuánto bebiera, nunca iba a estar lo suficientemente borracha como para creerme del todo la premisa de que éramos jóvenes y despreocupados y que debíamos dejarlo todo en la pista. Alrededor de las dos de la mañana, me senté en el piano alemán que estaba en la esquina de la habitación. No tenía que posar. Todo a nuestro alrededor ya estaba posando, las sillas, el papel tapiz, las tazas de té, las cartas enmarcadas de Leonard Bernstein. Nathaniel llegó tarde y me acompañó en el piano. Prendió un cigarrillo. Me sorprendió verlo fumar adentro, pero no mostré sorpresa y no dije nada porque nadie más mostró sorpresa ni dijo nada. Nos sentamos en silencio. Se sacó un pequeño kit de costura del bolsillo y lo puso en el atril frente a mí. Envolvió su mano alrededor de la mía. Le dije que quería acostarme sobre el piano. Era

incapaz de armar una sintaxis o una expresión no sugerente. Tal vez era mi boca. Mi abuelo siempre decía que me veía como si tuviera una boca obscena. Parecía que a Nathaniel le gustaba la idea, entonces lo dejé en el piano y me llevé el kit de costura. Fui a buscar a Kyle.

Lo encontré todavía en la cocina y me le uní en el piso frío, ambos apoyados contra la nevera para protegerla con nuestros cuerpos pues también había descubierto dulce de leche viejo y no quería compartirlo. Le pasé el kit de costura y señalé mi vestido roto.

—¿Por favor? —pregunté—. Estoy borracha.

—Yo también estoy borracho —dijo, feliz.

Apoyó la cabeza en mi hombro y suspiró profundamente.

—Mira, Catalina, eres sensible. No es algo malo. Lo único que tienes que hacer es aprender a controlar tus emociones y hacer que trabajen para ti; ellas son las que trabajan para ti, tú no trabajas para ellas.

Se enderezó y sacó la aguja del kit de costura. Se la llevó a la altura de los ojos, entrecerrándolos con fuerza, como si hubiera alguna posibilidad de poder enhebrar esa aguja. Se la quité y la volví a poner en la cajita.

—En el momento en que haga eso, destruiré mi sensibilidad como escritora —dije.

—Bueno, yo también soy artista. Y en mi opinión, los artistas no necesitan tener una vida de gran sufrimiento para hacer arte, al menos no necesariamente. Incluso me aventuraría a decir que la mayoría de los artistas no ha vivido una vida de increíble sufrimiento.

—Estoy hablando de la condición humana.

—¿Crees en la migración forzada?

—No sé qué significa eso.

La música sonaba más fuerte que nunca. Vi a Nathaniel en el pasillo.

—¿Qué?

—Dije que no sé qué significa eso.

—Algunas personas dicen que el comercio transatlántico de esclavos fue un ejemplo de migración y que los afroamericanos también son inmigrantes.

—Ay, no, qué tontería.

—Bien.

La nieta del expresidente estadounidense estaba haciendo la ronda de fotos con una cámara desechable. Con cierta dificultad me levanté del suelo y caminé hacia Nathaniel con los ojos fijos en él. Nunca había esperado tanto tiempo por algo que deseaba. Me puse en puntas de pie, tomé la cara de Nathaniel entre mis manos y lo besé durante un largo rato hasta que sentí un sabor a sangre en la boca y su forma caballerosa de sostenerme del brazo se convirtió en un apretón descortés. La nieta del expresidente estadounidense se rio encantada, su cola de caballo se movía de arriba a abajo. No sé si se acordaba de mí, pero estuvimos en el mismo seminario de primer año sobre Jane Austen. Había intentado impresionarla durante todo el semestre. Ella no levantó los ojos de su computador ni una sola vez.

Desapareció y cuando regresó traía una lata de crema batida en la mano.

—¿Puedo comer frambuesas con crema batida de tus tetas? —preguntó en voz alta.

—Normalmente sí, pero me comí todas las frambuesas —le dije.

Ella hizo un puchero.

—También te bebiste toda la champaña. *Normalmente* —dijo Nathaniel—. Mírate.

—¿Qué?

—Eres una niñita tonta, Catalina —dijo con cansancio.

Me besó la cabeza y salió de la habitación. Tal vez se fue de la fiesta.

En algún momento me acurruqué en el sofá para cerrar los ojos. A pesar de mis mejores intenciones, fui incapaz de llegar al baño cuando el vómito empezó. La gente vomitaba en todas partes. Jimmy en el lavaplatos. Alex en las jardineras de la entrada. Yo vomité en el sofá y lo cubrí con la manta con estampado de leopardo de alguien. Luego me largué de ahí.

Como no me sentía segura en un taxi y no podía pensar con la suficiente claridad para averiguar cómo llegar al Quad en bus, caminé a casa. Hacía frío; el frío se siente más frío en New England, la oscuridad se ve más oscura. Es personal. No era la única chica borracha que tartamudeaba con los tacones en la mano y sin abrigo. Pasé por Quincy House y vi que la fiesta se había extendido al patio después de que la policía del campus la hubiera clausurado.

Escuché que un chico le pregunta en voz alta a un policía:

—Disculpe, señor, ¿dónde está mi trago?

—Lo botamos, *señor*.

—¿Por qué? ¡Era té helado!

—Definitivamente no era té helado.

El chico hizo un puchero y admitió que no era solo té helado.

—Llamemos a una escolta de seguridad para que lo acompañe de regreso a su dormitorio.

—Cinco minutos más —dijo el chico—. Queremos sentir furor.

Caminaba descalza sobre el viejo adoquín Cambridge de color óxido que se desmoronaba bajo las luces azules y las imágenes de mujeres mayores, conserjes, tías y titas y titis pasaban por mi mente. Casi podía verlas de rodillas, limpiando vómito seco en un inodoro, el pelo con permanente y recogido en un moño apretado. Así era en este lugar. Estaría teniendo un día normal, ocupándome de mis putos asuntos, y de repente alguna *fucking* tía aparece de la nada con un carrito de compras, viéndose muy bonita con pecas en las mejillas, y te advierte sobre las estelas químicas y las cuchillas en las manzanas, y dice que tal vez deberías alejar la manga de la vela, nena, ten cuidado, pero nena, haz algo, Francisco, haz algo. ¿Qué más podría hacer aparte de tomar una manotada de NyQuil tan pronto como pusiera un pie en mi habitación?



TERCERA PARTE

Vacaciones de invierno

NO TENGO MÁS que recuerdos hermosos de mi niñez en la ciudad durante diciembre: excursiones escolares para ver *El cascanueces* en el Lincoln Center, burlarme de los turistas que admiraban el árbol de Navidad del Rockefeller Center, pero también mirarlo furtiva y secretamente, y amarlo. No teníamos un árbol de Navidad en nuestra casa, y no intercambiábamos regalos, y mis abuelos contestaban *gracias* cuando alguien decía *Feliz Navidad*, sin decirlo de vuelta. Para los testigos de Jehová, la Navidad es ilícita; quizás por eso yo la amaba apasionadamente. En mi cabeza tenía un árbol de Navidad todo el año, y era artificial y blanco, con guirnaldas plateadas y adornos blancos y plateados. Tenía un tronco de Navidad que crujía con el fuego y una bota verde tejida a mano que decía *Catalina*, así como una menorá y un *dreidel* porque entre más, mejor, también me encantaba la Janucá. Cuando la gente me deseaba una feliz Navidad, yo siempre lo decía de vuelta e incluso me preocupaba por añadir un *Felices fiestas* para ser incluyente.

Cuando nos convertimos, mis abuelos se deshicieron de todas las imágenes idólatras que había en la casa, incluida la cruz de oro que me habían regalado para mi primera comunión en segundo grado. Botaron casi todo, pero una vez que abrí una de las cajitas de mi abuela escondida en el cajón de su ropa interior, dentro había un par

de crucifijos de oro macizo, un colgante de María y un rosario de plata, su colección secreta de ídolos.

La conversión fue maravillosa para mi abuela. Por primera vez desde que llegó a Estados Unidos, tenía amigos y familia. Igual para mí. Creer en la Verdad significaba que podía volver a tener tías y tíos. La congregación estaba formada principalmente por inmigrantes latinoamericanos. La mayoría de ellos era católica no practicante y, aunque muchos eran de línea dura y deseaban adherirse a una interpretación literal de la Biblia, otros eran sorprendentemente liberales en cuestiones como la educación y el aborto. En silencio, por supuesto. Muy en silencio. Muchos de ellos eran inmigrantes de Honduras, República Dominicana, Haití, Venezuela, Colombia y Chile, habían visto dictaduras y desapariciones, y si la libertad significaba vivir en Sodoma, estaban más que dispuestos a establecerse ahí.

Algunas religiones son famosas por condenar al ostracismo a los desertores. Los Testigos son conocidos por eso, pero mis abuelos no dejaron de hablarme cuando me fui; de hecho, no parecieron sorprendidos en absoluto cuando me senté con ellos después de mi primer año de universidad y les dije que no iba a ir más a las reuniones. Ni siquiera trataron de hacerme cambiar de opinión. Ni una sola vez. Hasta me sentí un poco dolida por lo bien que lo manejaron. Sentí como si nunca hubieran pensado que me quedaría; algo en mí les hizo darse cuenta desde el principio de que no era parte del pueblo elegido de Dios y que pertenecía a otro lugar, a lo que ellos llamaban "el Mundo". También me sentí aliviada. Aunque podía ser profundamente misógino, machista y narcisista, mi abuelo demostraba admiración cada vez que le decía que no. Mi

comportamiento le parecía indignante, incluso despreciable, pero apreciaba mi espíritu de desafío.

La Navidad llegó y pasó en nuestra casa sin avisar.

Harvard nos dio cinco semanas libres después del semestre de otoño, aparentemente para perseguir las pasiones fuera del campus y los intereses personales que mejor se adaptaran a nuestras "situaciones individuales", lo que significó que algunas personas se fueran a Francia, otras hicieran prácticas y el resto de nosotros batalláramos por algo que hacer en nuestras ciudades natales y peleáramos con nuestros padres. Cerraron todos los comedores y nos quitaron el acceso con tarjeta a los dormitorios. Algunos solicitaron quedarse en el campus, pero no a muchos se les permitió. Lo llamábamos "Período E". Los administradores lo llamaban "La experiencia de enero".

Como parte de su experiencia de enero, Nathaniel estuvo en el remoto altiplano de Perú con la doctora Murphy, haciendo entrevistas etnográficas e historias orales, recopilando historias locales que podrían conducirlos a la gran piedra de Rosetta del quipu. Algunas de estas poblaciones continuaron el uso de quipus incluso después de la llegada de los españoles. Después de unas semanas de eso, se relajaría en Santa Marta, Colombia, mientras "trabajaba" en un proyecto paralelo sobre formas de expresión con cuerdas en los Andes después de la conquista. Nathaniel quería ver cómo se transmite el conocimiento incorporado entre la gente morena y negra que fabricaba instrumentos de cuerda de la misma forma como lo hacían sus padres y abuelos. Ni siquiera me invitó. Por supuesto, yo no podía salir del país y lo sabía. Pero *él* no sabía que yo no podía salir del país. Simplemente no me invitó.

Cuando estaba en Santa Marta, Nathaniel publicó muchas fotos hermosas en Facebook: de playas, vendedores ambulantes y sus productos, plátanos, cocos y mangos. En verano, me gustaba comerme un mango al día, treinta y un mangos al mes, aunque los esnobs del mango podrían burlarse de la nomenclatura, pues provenían de un Foodtown en Bushwick. (Nunca me había comido un mango del Corredor del mango; ergo, nunca me había comido un mango de verdad). Al igual que los otros álbumes de Facebook dedicados a sus viajes, este se titulaba con algo en español. *La tierra del olvido*. En sus manos, el español tenía el atractivo estético del pollo crudo, la monstruosidad liminar atrapada entre un animal asustado y un pollo asado para una cita.

En cuanto a mí, estaba pasando el Período E en Queens, atrapada en medio de mis abuelos afligidos. Ambos se veían tan frágiles y tristes. Mi abuela estaba contenta de tenerme en la casa, pero las cinco semanas que me esperaban se me hacían interminables. El Año Nuevo llegó y se fue tan silenciosamente como la Navidad.

Fue el invierno más nevado que jamás había vivido en la ciudad de Nueva York. Tormenta de nieve tras tormenta de nieve. Los trabajos de construcción de mi abuelo se suspendían a menudo debido a la nieve y el hielo, y cuando no, le agradecía a Dios por el trabajo y no se quejaba de los dedos de los pies y las manos congelados, partidos y sangrando, y tampoco se quejaba cuando las herramientas dejaban de funcionar con el frío. Trabajo era trabajo. Durante períodos de tiempo, estábamos encerrados los tres en la casa hibernando, viendo películas, volviéndonos locos los unos con los otros.

Una noche, estábamos viendo *Terminator 2: El juicio final* cuando mi abuelo recibió una llamada para avisarle que no se molestara en ir a trabajar por la mañana. La obra todavía estaba cubierta de hielo y enterrada bajo la nieve, y el jefe no quería lidiar con una pesadilla de lesiones personales. Pero otro día sin trabajo también significaba otro día sin pago. Terminamos de ver la película en silencio. Era difícil levantarse del sofá y pasar a la siguiente actividad porque estaba segura de que si salíamos de la habitación gritaría, diría que éramos unas perras sin corazón a las que no les importaba si vivía o moría. Mi abuela y yo intercambiamos una mirada. Cogí mi computador. Ella trajo un set de manicura y pedicura rosadito y empezó a hacerse las uñas.

Mi abuelo la miró con disgusto y finalmente habló.

—Ninguna mujer que realmente ame a su marido se limaría los pies delante de él porque le importaría que cuando él pensara en ella, pensara en una mujer y no en una adolescente.

—Los cuerpos humanos no están calientes todo el tiempo, ¿sabes? —dije.

—Ah, ¿quién aparece sino el genio de Harvard para enseñarme sobre feminismo?

Se volvió hacia mí, con la cara brillante por un insulto que realmente le gustó.

—Hablas como un fiscal —dijo con una sonrisa maliciosa—. La señorita fiscal va camino a un tribunal internacional. Deja de holgazanear en Internet, haz algo constructivo con tu tiempo. Juguemos ajedrez.

Desde que he vivido con ellos, mis abuelos exhibían uno que otro tablero de ajedrez en la sala del apartamento. El ajedrez les

recordaba que eran civilizados sin importar lo que dijeran otras personas. Les gustaban los tableros de ajedrez vistosos, antiguos o especialmente los que tenían hermosos tallados a mano que encontraban en las ventas de propiedades de Forest Hills. Mi abuelo me enseñó a jugar ajedrez. Decía que era muy bueno jugando. Yo no sabía si era cierto. No era muy buena.

—¿Cuál es la ficha más importante, la reina o el peón?

—No puedo darle una buena respuesta porque ahora mismo necesito concentrarme —dije.

—Esta debería ser una jugada muy fácil. Concéntrate.

—Me estoy concentrando.

Una fascinante técnica pedagógica que empleaba mi abuelo consistía en enseñarme nuevas reglas imponiéndolas en medio de una partida, a la espera de que yo cuestionara uno de sus movimientos para darme una cátedra sobre la regla *al paso* o lo que fuera. No podía evitar sospechar que cuando me enseñaba alguna nueva excepción al movimiento de los peones, se estaba inventando todas las reglas sobre la marcha, en un esfuerzo deliberado por joderme la cabeza, o más bien por sabotearme. Si alguna vez quisiera jugar ajedrez contra literalmente cualquier otra persona que no fuera él, me arriesgaría a hacer el ridículo. Imagínate: estoy jugando ajedrez contra un estadounidense que tuvo una infancia sin incidentes en un patio de París. Me veo hermosa, mi pelo ondea al viento y muevo las piezas con confianza. El estadounidense feliz me informa que hice un movimiento no permitido. *No,* le digo, *es una excepción. ¿Excepción a qué?,* dice él. *Esto definitivamente no está permitido.* Intento otra jugada. Intento otra. Pone su mano sobre la mía y me mira con lástima.

—Jaque —dijo mi abuelo—. Estás distraída.

Ugh. Estaba distraída.

Moví mi reina con la temeraria certeza de un aguacero y la perdí temprano. Mi rey estaba amenazado y mi torre podría salvarlo. ¿Dije torre? Perdón. Quise decir *roque*. Sí, aprendí las reglas en el español de mi abuelo. El siguiente movimiento obvio hubiera sido matar a su reina con mi roque de un solo golpe, pero para prolongar la enemistad entre los monarcas, para prolongar el *drama*, moví mi roque para bloquear el ataque de la reina. La dejé vivir. Él movió su alfil. Yo cambié mi caballo y mi roque.

—No puedes mover dos piezas a la vez.

—Por supuesto que puedes —dije con frialdad—. Se llama enroque.

—¿Perdón?

—No lo sé, vi un video sobre eso en YouTube.

—Nunca había visto eso antes —dijo—. Juego partidas improvisadas con viejos italianos en el parque, pero ¿tú conoces todas estas reglas especiales?

—No es que las conozca, vi un video sobre eso. ¿Por qué estoy en problemas por esto?

—¿Quién dice que estás en problemas? No puedo tener una conversación con nadie aquí sin que actúes como si te estuvieran atacando.

—¡Me *estás* atacando! —dije—. ¿Por qué tiene que ser un problema? ¿Por qué tenemos que pelear? Dios mío.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío —se burló de mí—. Haz tu jugada elegante.

—¿En respuesta a tu jugada *proletaria*? ¿Cómo no puede ser elegante algo relacionado con el ajedrez? El ajedrez *es* elegante.

—Creo que es mejor si ambos se toman un momento para respirar, se calman y vuelven al juego cuando se hayan calmado.

—No te metas en esto, abuela.

—Esa boca tuya —dijo, enfocando sus ojos en mí con enojo.

—¿Qué dije *ahora*?

—No le hables así a tu abuela. Si le hubiera hablado así a mi madre, me hubiera dado una cachetada.

—¿Es ese tu estándar de crianza? ¡Tu mamá abusó de ti!

—¿Qué dijiste sobre mi mamá? —gritó.

—No dije nada *sobre* ella. Solo resalté que sostienes el castigo corporal como la regla de oro y tal vez es porque te criaron con ese ejemplo, entonces actúas como si fuera normal, pero eso no está bien. ¿Por qué te daría una cachetada? Nunca dejaría que me pegaras.

—Ah, ¿sí? Entonces ahora *me dejas* hacer cosas, te pediré permiso antes de hacer algo —dijo—. La señorita Machita sabe todo sobre la crianza de los hijos.

—¡Tal vez sí! Tal vez sea hora de que alguien lo sepa —dije.

Mi abuelo se quedó estupefacto por un momento y luego se inclinó hacia mi melodramáticamente, deteniéndose justo antes de llegar a mi cara.

—Vete —dijo.

Me eché a llorar.

—¿Cómo pasó esto? No tiene sentido.

Salió furioso de la habitación.

—Abuela —grité—, ¿por qué es así?

Me acerqué a ella y me incliné para darle un abrazo que ella aceptó, pero no me devolvió.

—Ambos están equivocados —dijo—. Tal para cual. Están hechos el uno para el otro.

Su congregación se reunía los domingos por la mañana y los martes a las 7:30 p. m. Mi abuela se arreglaba para ir a la iglesia como si fuera la novia de Cristo y eso enloquecía a mi abuelo.

—En diez minutos, saldré por esa puerta, si estás lista, estás lista, si no, de malas —advirtió mi abuelo mientras pasaba rápidamente junto a mí camino al baño.

—Estaré lista, preocúpate por ti porque yo estaré lista — dijo mi abuela, mientras se pintaba los labios, con el pelo todavía mojado—. Aunque no tendría que afanarme si aprendieras a usar la plancha.

Siguieron así hasta que salieron juntos por la puerta, a los diez minutos, tal como ella había prometido. Su pobre pelo mojado. La caminata hasta el Salón del Reino era de veinticinco minutos. Era un día amargo, frío y oscuro, y las calles estaban en su mayoría sin limpiar. Cuando sacaban las quitanieves, Manhattan tenía preferencia, Park Slope se limpiaba antes que East New York, las zonas blancas de Queens se limpiaban antes que las zonas morenas de Queens, etc. Yo estaba en una zona donde no se quitaba la nieve; la gente la empujaba hacia los lados formando montañas imposibles que había que escalar para cruzar la calle.

Cuando se fueron a su reunión, puse a hervir la tetera y saqué el portátil. Acababa de descubrir la sección de Encuentros casuales en Craigslist. Tenía una cuenta de correo electrónico secreta asociada a un número de teléfono secreto que todavía bloqueaba con *67 para llamar a hombres mayores y malos de Manhattan por sexo

telefónico. A veces se dejaban llevar y me preguntaban si podían mandar un carro para que me recogiera y me llevara con ellos. A esos los bloqueaba. Puedes imaginarte el final de su conversación. Un montón de cuquita apretada por aquí, putita tonta por allá. No eran exactamente poetas. Pero yo sí lo era. Podía sacar referencias de toda la civilización occidental para describir mi cuerpo. ¿Quién se dignaría a permanecer junto a un diente de león al borde de la carretera sino los poetas? ¿Quién se detendría por mí si no ellos? Era casi un plagio.

¡Hombres! Hombres hombres hombres hombres hombres hombres hombres hombres. Sabía lo que estaban pensando. Había leído a Freud y a Norman Mailer, a Murakami y a Díaz y a Bellow y a Nabokov Nabokov Nabokov y estaba sumergida en el mundo del rock indie, entonces estaba íntimamente familiarizada con el catálogo musical de Ryan Adams. Sabía a lo que podía aspirar ante los ojos de un hombre sensible. "Oh, María, María / She fell in love in East L.A. / To the sounds of the guitar / Played by Carlos Santana".

Contorsionaba mi cuerpo en poses famosas. Me describía a mí misma de una manera hermosa y me iba por la tangente, pero ellos seguían volviendo. Quedaban bastante cautivados con esa chica que creían que era yo, no podían evitarlo, de verdad les gustaba la historia y siempre había mucho más, como Sherazade día tras día. Entonces los llamaba a uno por uno y los llevaba por un viaje hacia el orgasmo y justo cuando estaban a punto de alcanzar el clímax, bajaba la voz unas octavas y decía: *¡Hasta la vista, baby!*

Parte del problema es que mi capacidad para tener un orgasmo no dependía de nadie más, ni siquiera de si estaba excitada o no. Era

mecánico. Cualquiera podía tenerme retorciéndome en el suelo porque no se trataba de ellos. Se trataba de mí. Podía tener cinco o seis orgasmos y todavía estar increíblemente aburrida. Después de venirme, me expulsaban del Olimpo y volvía a ser completamente humana. Después de toda esa algarabía, esto era un orgasmo. Eso es todo, eso era. Por un instante, los frutos de ser una niña mala me parecían insignificantes comparados con la calidez y la comodidad que asociaba con ser una niña buena.

Es desmoralizante la falta de partes buenas en esta ciudad para una chica como yo. Me pregunto cuánto tiempo podrían haber pasado varios hombres conmigo en la Villa Grimaldi de sus cerebros y de qué manera. ¿A qué tortura vergonzosa me habían sometido? En sus sueños, ¿me parecían graciosos? ¿Me descubrían? ¿Me enseñaban palabritas divertidas en alemán? ¿Me imaginaban expresando insaciabilidad por su miembro, esos hombres cuyas ciudades natales no eran ni Liverpool ni Sheffield, a dos pasos de su amigo de la infancia y compañero de banda, pero variaciones del "a una hora de la ciudad"?

Cuando colgué, me di una ducha hirviendo y me senté en el suelo de la tina hasta que se acabó el agua caliente.

Una noche, Nathaniel me llamó poco después de que mis abuelos regresaran de su reunión, justo antes de las 11:00 p. m. Mi abuelo comenzó a refunfuñar y despotricar en voz alta, lo suficientemente fuerte para que Nathaniel oyera.

—¿Qué clase de mujer atiende llamadas telefónicas a esta hora? —gritó.

No era una pregunta.

Puse mi mano sobre el auricular y vocalicé un *¡Basta, ya!*

No se detuvo.

—Es joven, Francisco. ¿No recuerdas cuando eras joven?

Cogí el primer abrigo que vi y caminé hacia la puerta, con la intención de atender la llamada fuera del edificio, en la nieve. Pero ellos continuaron.

—Recuerdo cuando era joven, por eso sé que mi hija no debería ser…

—*Nieta* —interrumpí con odio, por encima del hombro, todavía tratando en vano de silenciar el auricular.

—Ay, Dios mío, Catalina, ¿qué estás haciendo? ¿Disfrutas provocándolo?

No lo disfrutaba, no, él gritaba todo el tiempo y no me gustaba que me gritaran. Pero luchar contra él me parecía una práctica para el viaje heroico que Dios me tenía reservado en el futuro, entonces le peleaba de todas formas. Me preparé en la puerta para lo que viniera después.

—Déjame decirte algo —dijo mi abuela, en una traicionera y poco común asistencia para el gol de mi abuelo—. Cuando llegaste aquí, temía dos cosas: una, que te volvieras drogadicta, y dos, que te enamoraras de un hombre que te tratara mal, y si permites que un hombre te trate así ahora, ¿qué clase de mensaje estás enviando?

—Los estadounidenses hablan por teléfono a las once de la noche todo el tiempo.

—Vivimos por la palabra de Dios, no por la palabra del hombre —dijo mi abuela.

—A Dios no le importa nada de esto.

—Esa boca de sabelotodo va a hacer que te ganes una cachetada —me advirtió mi abuelo.

Una vez hecha y recibida la amenaza, salí a hablar con Nathaniel tranquilamente en la nieve.

—Hola, Catalina —dijo.

—Nathaniel —dije, con la respiración agitada y visible—. ¿Dónde estás y qué estás haciendo?

Hubo un largo silencio. Interferencia.

—Perdón, ¿qué dijiste?

—¿Cómo van las cosas? ¿En qué andas?

—Ay, querida, esto es una locura. Me moría de ganas por contarte: ¿sabías que Simón Bolívar murió aquí? Aquí mismo en Santa Marta. Hay un museo en la hacienda donde murió, y tienen pinturas originales de Oswaldo Guayasamín en la exposición permanente. ¿Lo conoces? ¿Un pintor ecuatoriano? —hizo una pausa —. Cómo me gustaría que estuvieras aquí.

—Sí, yo también.

—Tienen un reloj que un general paró justo después de que Bolívar muriera. Lo detuvo tres minutos y cincuenta y cinco segundos después de que Bolívar murió.

Di unos saltos para mantenerme caliente. Necesitábamos dejar de hablar de Bolívar.

—Soñé contigo —dije, mintiendo.

—¿Qué soñaste?

—Con tus manos —no podía decirlo sin reírme.

—¿Eso te suele funcionar con los chicos?

—Generalmente. Me estoy quedando sin trucos.

—Bien. Me gustas sin los trucos.

—No, no es así. Es lo que tienes que decir porque es decente.

—Catalina —dijo Nathaniel.

—¿Sí?

—Mándame una foto.

—¿Qué tipo de foto?

—Cualquier tipo de foto. De todas.

Sonreí. Me sentía deseada, la sensación más hermosa del mundo.

—¿Quieres que haga nevar?

—¿Dónde?

—Donde estás.

—No, pero quiero que hagas *llooooveeeer* —se rio de su chiste.

—No —dije enfáticamente—. Nunca, nunca vuelvas a decir eso. Tengo que irme, Nathaniel.

¿Alguna vez has visto una dama de noche? Solo florece de noche. Mallarmé pensaba que el libro perfecto era uno sin abrir, sin marcas, con las páginas sin cortar, su mundo interior pidiendo ser descubierto, una verdadera tierra virgen. ¿Cuándo fue la última vez que se te permitió tocar un lenguaje muerto?

Cuando volví arriba, el apartamento estaba en silencio. Se habían ido a dormir. Yo también me fui a dormir y me subí el edredón hasta la quijada y por mis audífonos escuché más canciones que me imaginé podrían hacer que Nathaniel me recordara.



Mi abuela se despertó una noche con un dolor de muela terrible. Como mis abuelos no tenían seguro y los dentistas privados eran inaccesibles, iban a una escuela de odontología local donde los estudiantes brindaban tratamiento bajo la supervisión de los profesores. El costo era variable. Era como ser modelo para Bumble and Bumble y hacerse un flequillo.

Llamamos al programa a primera hora y tuvimos la suerte de conseguir cita para el mismo día, una cita de emergencia. Fuimos los tres. La sala de espera estaba repleta. Había tres o cuatro hombres mayores esperando; parecían veteranos del Ejército y, en mi opinión, parecían italianos. De todas las formas que hay de ser blanco, ser italiano es mi favorita. Esperamos más de una hora. Podía sentir la ira de mi abuelo y el pánico de mi abuela aumentar con cada segundo. Ella gemía de dolor.

Finalmente, una joven estudiante puertorriqueña se presentó como Lauren y llevó a mi abuela para que le hicieran una radiografía. La seguí para ayudar con la traducción, aunque Lauren hacía lo mejor que podía. Los gritos de mi abuela ahora eran solo quejidos y sollozó durante todo el proceso.

—Bien, ya está —dijo Lauren con una pequeña sonrisa comprensiva—. Estuviste increíble. Ya vuelvo con las radiografías. Vamos a ver qué pasa.

Lauren regresó con un hombre mayor que supuse que era su supervisor de la facultad.

—Fernanda, tienes un enorme cordal ahí atrás. Está infectado y necesitarás cirugía.

—¿Cuándo? ¿Puede tratarla hoy, por favor? Mírela —supliqué.

—Desafortunadamente, no podemos. Los pacientes deben ayunar antes de cualquier cirugía como esta.

—Ella ayunó. Mírela, ¡no podría comer ni beber ni aunque quisiera!

Lauren hizo una pausa para pensar. Su supervisor asintió en silencio con aprobación.

—Si pueden quedarse, mis colegas intentarán atenderla al final del día —dijo Lauren.

—Dios mío, quiero darte un abrazo —dije—. Muchas, muchas gracias.

—Muchas, muchas gracias —dijo mi abuela. Se veía pálida y pastosa.

De vuelta en la sala de espera, mi abuelo parecía destrozado. Los tres esperamos. Estaba oscuro afuera y a través de la ventana podía ver que empezaba a nevar. Finalmente, un joven de intensos ojos azules se acercó a nosotros. Su escarapela con el nombre decía Randy.

—Fernanda, podemos verte ahora.

Pasé mi tiempo en la sala de espera en mi BlackBerry, en un hilo de correos electrónicos con Kyle donde jugamos con quién te acostarías, casarías y matarías. Una hora después, estaba estresada por la imposible elección que tenía ante mí (Clarence Thomas, Samuel Alito y Antonin Scalia) cuando Randy regresó con una actualización.

—¡Luchó como el demonio contra la anestesia! —me dijo el asistente dental—. ¡Por un momento temí por mi vida!

Me reí, pero él no se rio. Mi abuela medía un metro cuarenta y cinco centímetros y era tan delgada como el papel. Nadie le tenía miedo. Era un chiste. Mi abuelo se quedó mirando un punto fijo en el piso gris pálido.

Finalmente, mi abuela salió. Tenía moretones impresionantes en la mitad de la cara, mucho más allá de la boca. Tenía moretones fuertes alrededor de los ojos y en la nariz. Era impactante.

—¿Qué le pasó? —le pregunté a Randy.

—Los hematomas pueden aparecer durante el procedimiento, es normal —dijo.

—¿Moretones como esos? —pregunté—. ¿Puedo hablar con el cirujano?

—Ahora mismo está con otro paciente, pero así se ve por el momento. Prueben con compresas frías y Tylenol cada cuatro horas, y si le da fiebre, nos llaman.

Salimos en silencio. Mi abuelo estaba furioso, pero no dijo nada. Pudo haber pedido otra enfermera o insistir en ver al médico o pedir un defensor del paciente, pero no tenía la capacidad lingüística para defender nada en una sala llena de profesionales médicos ciudadanos estadounidenses. Además, los médicos, enfermeras y estudiantes que trabajaban ahí en realidad no creían tener que explicar su formación, sabiduría o experiencia a personas que en primer lugar los necesitaban tanto, personas que han estado en este país durante años y eran incapaces o no querían asimilar el inglés, personas que parecían extraordinariamente buenas en encontrar cada vacío legal para que sus hijos tuvieran acceso a la educación, seguro médico y almuerzo gratuito en la escuela. Sin hablar de las demandas por mala praxis médica: era imposible ganarse la vida de verdad como cirujano con la amenaza constante a ser demandado ingenuamente por el paciente y ávidamente por los picapleitos. Es muy triste ver cómo se utiliza a la gente vulnerable como peones políticos, pero todo el mundo sabe que el sistema de inmigración está roto y que, hasta que no se arregle, nos cuesta dinero por segundo. Sentir compasión por ellos no significaba tener que recibir órdenes de ellos, especialmente cuando se quejaban de tu trabajo cuando ya les habías hecho un maldito favor.

Le estaba mandando un correo a Kyle para preguntarle si se acostaría, se casaría o mataría a Bloomberg, Giuliani o Cuomo, Sr.,

mientras esperábamos el taxi que dije que pagaría —mi abuelo quería que tomáramos el bus a casa, a lo que me negué rotundamente—, cuando de repente sentí que sus dedos me quitaban el teléfono de las manos y, cuando aterrizó en el suelo, lo pisoteó hasta que la pantalla se rompió.

—¡¿Qué estás haciendo?! —grité.

—Desde que te fuiste a Boston eres irreconocible, nunca tienes tiempo para tu abuela, nunca tienes tiempo para tu abuelo, el mundo entero es Harvard, Harvard, Harvard. He perdido trabajos por venir aquí a estar sentado como un payaso. ¿Se te ha cruzado eso por la cabeza? Podrías estar preguntándote lo estresado que podría estar, *mi pobre abuelo. Tal vez pueda darle algunas palabras de aliento*, pero en cambio actúas como si te avergonzaras de nosotros. Tu cara está pegada al teléfono mientras hablas con cualquier hombre u *hombres* que son más importantes que tu familia. Perdón por no trabajar en una oficina, supongo que eso es lo que ahora se necesita para ganar tu respeto.

Estallé en lágrimas.

—¿Cuándo putas he dicho que no te respeto? Me estás gritando como si fuera verdad y no es verdad —dije, mi voz se alzaba rápidamente, y se volvía aguda y fuerte de repente—. Si no te disculpas conmigo por gritarme así, me voy a Boston ahora mismo —anuncié.

Era una amenaza vacía, pues los dormitorios todavía estaban cerrados por vacaciones. Aun así, me recuperé como pude.

—Si te vas, ya no tendrás abuelo —dijo.

Miré a mi abuela y decidí quedarme.

En el camino a casa y a pesar de las miradas de mi abuelo le envié un mensaje a Nathaniel a través de la pantalla quebrada. El taxista era gringo y confié en la creencia de que mi abuelo no me gritaría delante de un gringo. Traté de contarle a Nathaniel una versión cuidadosa de la pelea, ya que no quería que pensara que nada de esto era *cultural*. Esta no era la *cultura* latine. Era mi abuelo. Y él era un hombre muy complicado.

A la mañana siguiente, me desperté con un correo de Jim Young preguntándome si todavía estaba en Nueva York y si podíamos tomar un café para ponernos al día antes de volver a la universidad. Me imaginaba por qué quería verme. Realmente quería que sucediera y, al mismo tiempo, quería huir de tener que lidiar con todo esto, no en este momento, no estaba lista. Sospechaba que me ofrecería un trabajo. Había habido un par de salidas en la revista y se decía que querían contratar internamente, y los expracticantes contaban dentro de ese internamente.

Nos encontramos en una panadería francesa del Midtown. Cuando hice la práctica para Jim, programaba sus almuerzos con escritores y agentes ahí; estaba cerca de su oficina y era extremadamente ruidosa, luminosa y visualmente desordenada, lo que le brindaba a la gente una apariencia de privacidad. Jim odiaba a los agentes y nunca me dijo ni una sola palabra sobre sus escritores, pero lo podía oír cuando hablaba por teléfono, pues mi escritorio estaba cerca del de él, y les hablaba muy suavemente a sus escritores, casi en susurros, y les decía: *No.*

Mi corazón dio un salto cuando lo vi hacerme señas para que me acercara a su mesa.

—¿No tienes frío? —dijo, dándome un cálido abrazo a medias.

—Tengo en las orejas y la nariz, pero nada más. ¡Ah! Y en los dedos.

Le tendí la mano, amarilla y roja y arrugada.

—Ponme al día —dijo, y le hizo un gesto al camarero.

Pedí chocolate caliente. Jim pidió lo mismo.

Ver a Jim me hizo pensar en escritores y sus editores famosos. Era todo un género de ensoñaciones en mi cabeza. Después de que J. D. Salinger terminara *El guardián entre el centeno*, se dice que condujo hasta la casa de su editor William Maxwell para leerle la novela en voz alta en el porche. Cuando *Playboy* contrató a Walter Lowe, Jr., el primer editor negro de su historia, una de las primeras cosas que hizo fue contactar a James Baldwin para invitarlo a escribir para la revista. Y luego, claro, están Joan Didion y Bob Silvers, el célebre editor de *The New York Review of Books*. ¿Has leído su novela *Salvador*? Es un poco extraña, pero me gustó. Joan Didion escribió sobre las guerras civiles en América Central para *The New York Review of Books* a finales de los años setenta. No tenía experiencia en escribir sobre la guerra, ni sobre América Latina ni sobre conflictos civiles. Estaba ahí porque era una escritora estupenda. El sueño de todo escritor: su editor lo envía a cubrir una gran historia llamativa basada únicamente en su deslumbrante talento.

—Catalina, ¿tienes planes para después de la universidad? —preguntó—. Pronto habrá una vacante en la revista y tu nombre ha surgido.

—No sé qué decir —balbuceé—. Me siento muy honrada de haya pensado en mí.

—¿Pero?

—Mis planes para después de la graduación… todavía están por determinarse.

—¿Por quién?

Era el momento perfecto para decírselo, pero el secreto me brillaba como un carbón encendido en la garganta y me ahogaba.

—Por mí, obviamente, pero tengo mucho en lo que pensar y no puedo apresurarme. Si el mundo se acabara hoy, diría que sí, sí, cien por ciento sí, pero tengo tantas cosas que pensar ahora mismo.

—Como quieras.

Se reclinó en su silla, mirándome con curiosidad.

Me sentí destrozada y aliviada. Si ignoraba esto, podría desaparecer. Así es como mis abuelos manejaban las facturas. Simplemente no abrían los sobres.

—Estoy pensando en hacerme un tatuaje —dije, tratando de cambiar de tema. Dije la primera cosa escandalosa que me vino a la cabeza—. Mi primer tatuaje —mentí, no podía verme el tobillo.

—Oh, no —dijo Jim—. No lo hagas.

—Escuche —empecé—. ¿Sabe lo que es un ejemplar de asociación?

Sacudió la cabeza.

—No, no lo sé. ¿Qué es?

—Bien, pues los ejemplares de asociación son libros que obsesionan a los coleccionistas porque son libros raros que pertenecieron a alguien relacionado con el libro o el autor. Por ejemplo, vi en Internet un ejemplar de *Lolita* que Nabokov le regaló a su buen amigo Graham Greene, y la dedicatoria dice: "Para Graham Greene, bla, bla, bla", y Nabokov dibujó una mariposa y al lado están las palabras *cola de golondrina verde bailando a la altura*

de la cintura. Es una especie de mariposa, una cola de golondrina, y obviamente Nabokov era un lepidopterista, y, en cualquier caso, ese es el tatuaje.

—¿Qué parte?

—La *inscripción*, Jim. Por favor, no me haga repetir.

—Creo que es una gran idea para el primer tatuaje de alguien, pero no tiene por qué ser el tuyo. Se me olvidó, ¿estás escribiendo la tesis?

—Sí, técnicamente —dije.

—¿En?

—La verdad es que siento que mi tesis se está derrumbando bajo el peso de sus propias ambiciones.

—¿Pasa algo en casa o...?

—No, no pasa nada en casa —dije demasiado rápido.

—Bueno, no sé qué está pasando —dijo Jim con acento de Wisconsin en las vocales—. Pero quiero que sepas que, sea lo que sea, se puede solucionar. Si quieres hablar con alguien, soy buen oyente y mal juez.

Mentí sobre la dirección de mi parada de metro para que no me acompañara. Quería ir en dirección contraria a donde él fuera. Quería estar sola.

—Avísame si algo cambia —dijo, y me apretó el hombro en señal de apoyo.

Caminé derecho por la Sexta Avenida y Broadway, con los pies muertos por los tacones, siguiendo un mapa mental de lugares de interés: Madison Square Garden, el Garment District, el Macy's de Herald Square, el Lincoln Center. En el West Side, Columbia y la

iglesia episcopal a la que iba Joan Didion y, en Harlem, la oficina de Bill Clinton.

Nunca me interesó mucho Central Park. Es decir, no me malinterpretes, daría mi *vida* por Central Park, reconozco su majestuosidad y belleza y, ya sabes, su *energía proletaria*. Simplemente no me gustaba la naturaleza. Si acaso, me parecía molesta. No disfrutaba de los paseos por un bosque. No disfrutaba del senderismo. No disfrutaba de contemplar el follaje. No me gustaba ver nevar. No me gustaban los atardeceres. No me gustaban los amaneceres. No me gustaba ver la luna llena. No me gustaba contemplar el océano. No me gustaba nadar en el mar. A excepción de las rosas rojas, no me gustaban las flores de ningún tipo. Pensaba que los tulipanes parecían penes erectos; de hecho, veía semejanzas fálicas en la mayoría de las flores. Sin embargo, amaba Manhattan. Finalmente me detuve ante la gran escalera del Museo Americano de Historia Natural.

Visitar el Museo Americano de Historia Natural como local siempre me ha jodido un poco la cabeza. No se puede sacar a los turistas de la experiencia porque son parte de la experiencia. Ver los buses repletos de niñitos estadounidenses blancos que luego se abren paso por los pasillos de los pueblos aniquilados me hacía sentir como si estuviera en una atracción de un parque de diversiones en el infierno. Desde 1873, el museo ha adquirido más de medio millón de objetos de América del Norte y del Sur, África, Asia, Europa y las islas del Pacífico. Muchos de estos objetos habrían hecho un largo viaje hasta el museo, pasando por las manos de pandillas locales y grandes caudillos, la United Fruit Company, el Departamento de Agricultura, la sala de la señora Escobar.

Pasé la mayor parte del tiempo en el Salón de las Américas. En el tercer piso, hacia el fondo, más allá de las exhibiciones mayas y aztecas, se encuentra el pequeño rincón del museo dedicado al Imperio Inca. El encuentro mortal de los incas con los españoles tuvo lugar en 1532, cuarenta años después de que Cristóbal Colón navegara por el océano azul. Los españoles vinieron en busca de oro y lo encontraron. Al parecer, estaba por todas partes y causó un gran entusiasmo entre los hombres. Entonces secuestraron al rey inca y exigieron un rescate por todo el oro del imperio. Según la leyenda, el pueblo inca llevó a los conquistadores parte del oro, pero se negó a entregarlo todo arrojando el resto a los ríos. Los españoles mataron al rey inca e hicieron que el pueblo viera. Se creía que el rey inca era un dios y el espectáculo público de su asesinato parecía diseñado para agilizar las cosas. Un pueblo hecho testigo de cómo mataban a su dios tal vez no resistiría mucho tiempo. Mucha gente luchó, durante muchas décadas, pero el imperio español se extendió como un derrame de petróleo.

Salí del Salón de las Américas y bajé las escaleras hacia el ala romana. Me estremecí de ira y asombro. En *Modos de ver*, John Berger dice que tratamos algunas obras de arte como reliquias sagradas porque tuvieron que sobrevivir a mucho para llegar hasta nosotros. Los historiadores del arte estudian la procedencia de la obra de arte para comprender mejor el contexto histórico que la produjo, por cuántas manos pegachentas tuvo que pasar, por cuántos camiones y almacenes y contenedores de transporte e indescriptibles viajes en avión, cuántos momentos de claustrofobia. Por supuesto, determinar la procedencia no siempre era posible porque gran parte de esas obras resultó de un saqueo. De todos

modos, el oro estaba aquí ahora, al igual que el quipu y al igual que yo. Podríamos haber estado en cualquier parte del mundo, pero esta noche estábamos aquí, para ti.

Cuando Teddy Roosevelt era un estudiante de primer año en Harvard en 1876, mató de un tiro a un búho blanco y peludo en Long Island. Lo encontré en el Theodore Roosevelt Memorial Hall en el primer piso, no muy lejos de la estatua de bronce de Roosevelt sentado en una banca. Recolectaba cosas salvajes para guardarlas en su habitación, una sección que él mismo llamaba el *Museo de Historia Natural Teddy Roosevelt*. Así amaba Teddy a sus animales: los mataba, los disecaba y luego los conservaba para mirarlos para siempre. "Me gustaría que todas las cosas salvajes inofensivas, especialmente las aves, estuvieran protegidas en todos los sentidos", dijo. Okay. Imagínate dispararle a un puto chorlito.

El problema de ser un objeto de belleza, un objeto hermoso, es que solo existes cuando te miran y, por lo tanto, para permanecer vivo debes ser mirado constantemente, de la misma manera que algunos tiburones necesitan estar en movimiento para respirar. Se siente como la muerte del alma cuando sus ojos no te miran.

Fui a la casa y me metí en la cama con mi portátil, actualizando *Pink Is the New Blog* una y otra vez hasta que mi abuela me dejó irme a dormir. Tenía prohibido dormirme antes de las 9:00 p. m. Tenía la cara todavía cubierta de hinchazón y moretones. Dormí durante catorce horas. Me desperté alrededor de las 11:00 a. m. con dolor de cabeza.

Al enfrentarme al enorme interrogante que era mi vida después de la graduación, mis abuelos se retiraban a un mundo de fantasía donde su nieta estrella seguiría esforzándose por alcanzar alturas

cada vez mayores por sus fuertes y curtidos medios. Pero dormir era mi estrategia favorita para enfrentar la situación. Jim Young y las ofertas de trabajo imposibles no podían alcanzarme mientras dormía. Beber hubiera podido ser otra forma de enfrentar la situación, pero el problema con beber es que vomitaba muy rápido y no quería morir ahogada con mi propio vómito, de rodillas, en un inodoro. Así que simplemente me acostaba.

Mientras más temprano se ponía el sol, más temprano me quería ir a dormir. Estaba lista para terminar el día alrededor de las cinco, y las noches eran interminables. Tomaba Benadryl y NyQuil casi todas las noches, y luego una noche tomé más y más y aún más. Vomité violentamente. Me senté en el suelo con las manos sobre los ojos, gimiendo como un ternero asustado, la habitación de repente daba vueltas a mi alrededor, iluminada con un azul láser brillante.

Ahora mis abuelos sí ponían atención. Ahora sí se daban cuenta de que estaba triste. Mi abuelo me encontró en el suelo del baño y yo le dije que tenía que acostarme. Les pedí: *¿Podrían parar de gritar? ¿Podrían no gritar tanto?* Les dije: *¿Podrían parar de gritar?* Y pararon de gritar. Durante el resto de la semana dejaron de gritar.

Mi abuela trató de alejarme de la tristeza con un cupcake de la panadería Magnolia que había obligado a recoger a mi abuelo gruñón en Midtown. Compartíamos un amor por los dulces. A mi abuela le encantaban las tartas, los bollos, los macarrones, el mousse, la tarta de queso, las galletas con la bandera italiana e incluso el pastel de frutas. Yo tenía debilidad por el brillo de labios que parecía y olía a dulce. Así era como manejaba mi desgano de ir a la escuela cuando era pequeña, cuando no sabía inglés y la escuela era aterradora. Si sobrevivía la semana, mi abuela me hacía

empanadas de queso y azúcar o me compraba un brillo de labios en la farmacia. El cupcake de Magnolia no funcionó, me quedé en la cama, con los ojos cerrados, la almohada mojada por las lágrimas. Entonces trató con un sancocho. La sugerencia de mi abuelo de que preparara el sancocho con pollo de supermercado casi la mata. Cuando había gallineros en Brooklyn, ella mandaba matar un pollo para mí cada vez que me resfriaba; por estos días, iba a la carnicería polaca de Maspeth.

Por su parte, mi abuelo quería que hiciera desaparecer la tristeza. Sacó un montón de libros de ciencia popular de la biblioteca, los leyó y me comunicó todo lo que estaba haciendo mal: mi dieta, mi salud intestinal, mi postura, no bebía suficiente agua, no hacía ejercicio ni meditaba, dormía demasiado o muy poco. Y, sin duda, no estaba obteniendo suficiente vitamina D.

Pero yo sabía que solo necesitaba una siesta. Solo necesitaba acostarme y cerrar los ojos. Me quedaba inmóvil boca abajo, todo el cuerpo me vibraba de pánico e inercia, hasta que mi abuela se me acercaba y me decía que eran las nueve en punto.

—¿Ves? ¿Fue muy difícil? —preguntaba.

Yo levitaba de alivio.

Cuando mis abuelos me veían tirada como un tronco durante el día, se turnaban para subirse a mi cama. Me abrazaban y me acariciaron el pelo.

—¿Cuántos días han pasado desde que te lavaste el pelo?

—Tienes que empezar a hacer abdominales.

—¿Cuándo te depilarás las cejas con hilo?

Me pasaba todo el tiempo en la cama, alternando entre ver *Breaking Bad* y llorar. *Breaking Bad* era mi serie favorita, pero tenía

que leer los *spoilers* antes de verla o no podía verla. La veía con subtítulos, con volumen bajo y adelantaba las partes más violentas. No tenía estómago para la violencia. Sin embargo, me interesaba mucho el crimen organizado. Me aferraba a la esperanza de que mis padres, que no eran nadie en el mundo de los ciudadanos responsables, hubieran sido alguien en el mundo de los cocineros de línea con tatuajes de prisión. De vez en cuando trato de embellecer la historia de quiénes eran mis padres o de cómo murieron porque los hechos conocidos sobre su muerte son tan absolutamente aburridos como insultantes. Creo que mi papá iba a exceso de velocidad y ni él ni mi mamá llevaban puesto el cinturón de seguridad. Mis abuelos me dijeron que no había pruebas de que mi papá estuviera manejando borracho, pero yo simplemente no confiaba en los certificados de defunción latinoamericanos. La Iglesia Católica ha intentado negarles un simple entierro cristiano a muchas personas, de manera cruel y célebre a los que se quitan la vida, por lo que se sabe que las familias pagan sobornos a los forenses para cambiar la causa de muerte por algo más respetable públicamente. Esa es la peor parte. No creo que haya habido ninguna intriga amenazante, ni conspiración, ni intercambio de dinero para sobornar la razón de la muerte de mis padres. Era una estupidez. Eran unos niños tontos que apenas habían salido de la adolescencia e iban muy rápido sin cinturón de seguridad con su bebé en el asiento de atrás. Vivían en el Tercer Mundo y no tenían planes de irse. Mis abuelos eran los que tenían sueños. Sus sueños no se habían hecho realidad. Quizás mis papás fueron inteligentes al no tener sueños. Quizá sí los tuvieron, pero no me parecerían respetables. Quizás me daría pena. Quizás mi papá quería ser un DJ.



Me enteré de la orden de deportación de mi abuelo de la misma forma como me entero de las cosas importantes sobre mi familia, que es al encontrar un sobre sin abrir. Este sobre en particular estaba donde se suponía que debía estar, en el buzón oxidado al costado de nuestro edificio, pero en el apartamento de mis abuelos, en la cocina, en los cajones debajo del lavaplatos, siempre hay un montón de sobres sin abrir. Había sobres de la compañía de gas, de la compañía de luz, facturas de teléfono, en su mayoría eran facturas. Nunca recibíamos correo de personas que conocíamos y no comprábamos nada que nos llegara por correo, así que todo lo que llegaba por el buzón era una petición o demanda de dinero. Eso paralizaba a mis abuelos y los dejaba inactivos. Al final pagaban todas las facturas, pero a veces parecía necesario quedarse sin luz durante un fin de semana.

Para tratar de obligarme a mover el cuerpo, aunque fuera un poco, mi abuela me pidió que bajara corriendo a buscar el correo. Mientras subía lentamente las escaleras, admirando mi propia debilidad, hojeé los sobres que tenía en la mano y encontré una carta que parecía oficial, dirigida a mi abuelo del Departamento de Justicia de Estados Unidos, Oficina Ejecutiva de Revisión de Casos de Inmigración. Mi abuelo estaba en el trabajo. Esto no podía esperar. Me senté en las escaleras y abrí el sobre. Decía: DECISIÓN DEL JUEZ DE INMIGRACIÓN: **NOTIFICACIÓN DE EXPULSIÓN AUTOMÁTICA.**

Al principio, estuve extrañamente tranquila. No quería dejar que "ellos" ganaran, quienesquiera que "ellos" fueran. Me comporté como si los representantes de la raza blanca estuvieran tomando

notas en el fondo de una sala, con los ojos fijos en mí por si cometía un error. No estaba triste. Querían que estuviera triste, y no iba a hacer lo que me decían. No estaba triste. Estaba llorando, pero no estaba *triste*.

Volví a enfocar la mirada y leí más:

> LA JURISDICCIÓN SE ESTABLECIÓ EN ESTE ASUNTO MEDIANTE LA PRESENTACIÓN DE UNA NOTIFICACIÓN DE COMPARECENCIA ANTE LA OFICINA EJECUTIVA PARA LA REVISIÓN DE INMIGRACIÓN Y MEDIANTE LA NOTIFICACIÓN AL DEMANDADO. SE LE PROPORCIONÓ AL DEMANDADO UNA NOTIFICACIÓN POR ESCRITO DE LA HORA, FECHA Y LUGAR DE LA AUDIENCIA DE DEPORTACIÓN DEL DEMANDADO. EL DEMANDADO NO SE PRESENTÓ A SU AUDIENCIA Y NO SE DEMOSTRARON CIRCUNSTANCIAS EXCEPCIONALES PARA ESTA FALTA DE COMPARECENCIA. POR LO TANTO, ESTA AUDIENCIA SE LLEVÓ A CABO IN ABSENTIA.
>
> ORDEN: EL DEMANDADO SERÁ DEPORTADO A ECUADOR CON BASE EN LOS CARGOS CONTENIDOS EN LA NOTIFICACIÓN DE COMPARECENCIA.

¿Notificación de comparecencia? ¿*In absentia*? Pensé en el cajón. Ya estaba en estado de nervios, entonces corrí a la cocina, abrí el armario y comencé a buscar. Hice pequeñas pilas con el correo, las clasifiqué según el tamaño. Nada.

Corrí al baño con el sobre. Cerré la puerta con llave, confundiendo por un momento el subidón helado de la anfetamina por el miedo con la euforia de que algo histórico nos estaba sucediendo. No sabía en qué consistía realmente una deportación. Me imaginé un avión suspendido en el aire lleno de hombres morenos y negros con uniformes de prisión rosados (un original sheriff Joe Arpaio) y cadenas y esposas. ¿Dónde los dejarían? Había oído historias de

inmigrantes que llevaban a través de la frontera sin dinero, papeles ni teléfonos, y los abandonaban indefensos en zonas controladas por los cárteles. Supongamos que esto te pasa a ti. ¿Qué harías? Describe tu plan a continuación. Me muero por saber.

_____
_____
_____
_____
_____

Luego entré a la habitación de mis abuelos y corrí a la mesa de noche de mi abuelo. Tiré de la manija con tanta fuerza que se salió todo el cajón. Lo agarré y me arrodillé en el suelo. No quería revisar las pertenencias personales de mi abuelo; me repelía la idea de lo que pudiera encontrar, pero ahí estaba. Un sobre abierto que contenía una Notificación de Audiencia de ICE, el Servicio de Control de Inmigración y Aduanas, con sellos postales del 20 de noviembre. Justo debajo del sobre, doblado en cuatro, había un trozo de papel desgastado con una NOTIFICACIÓN DE COMPARECENCIA en la parte superior, también de ICE, con fecha del 1 de octubre.

Dios mío, por favor. No podía pronunciar las palabras, así que grité. Mi abuela entró corriendo en la habitación en pánico y preguntó qué pasaba.

—Ya vengo —le dije—. Por favor, quédate aquí. No… le abras la puerta a nadie.

En la calle, llamé a mi abuelo. No contestó la primera vez, ni la segunda, pero sí la tercera.

También empezó a llorar. Estaba triste. No gritó. Dijo algo sobre una redada de ICE en uno de sus trabajos de construcción en el

otoño; buscaban a otra persona, pero en cambio detuvieron a mi abuelo y a algunos de los otros muchachos como arrestos colaterales. ICE los dejó ir a todos, pero no sin iniciar sus procedimientos de deportación.

Abuelo, puedo ayudar. Puedo solucionar esto, puedo ayudar, no permitiré que esto suceda.

Realmente no recuerdo el resto.

Era difícil creer que algo tan fascinante nos estuviera pasando. No en el buen sentido. De hecho, era el peor escenario posible hecho realidad. Pero la violencia en nuestra vida era la acumulación de muchas indignidades a lo largo del tiempo. Excepto por las indignidades pintorescas, nuestra vida era aburrida. Esto realmente haría avanzar la trama. Algo instintivo entró en acción. Me tenía a mí misma. Me di cuenta de que me había entrenado toda la vida para este momento. La energía que durante tanto tiempo había atribuido a los Dreamers llegó a mí como el espíritu santo. Requería tener una lista de cosas por hacer. Creía posible hablar con algún senador, creía que las palabras adecuadas podían ablandar cualquier corazón, sabía que el correo electrónico correcto dirigido al jefe de la persona adecuada podía revertir cualquier cosa menos la muerte, y tal vez incluso la muerte.

Me invadió un gran amor por mi abuelo. A pesar de sus defectos, era el hombre que me había criado. Si alguien me lastimaba, él lo mataría, y anticiparlo, temerlo, preguntarse cómo se sentiría era parte del caos que sustentaba la vida de nuestro hogar. Hasta los ancianos sabían que debían cuidar sus modales cuando se trataba de mí. Mi abuelo dejó en claro que yo no estaba bajo su jurisdicción.

Cuando estaba en décimo grado, cometí el error de grabar un CD de los White Stripes para el hijo de un anciano. Su mamá encontró el CD en su habitación, debajo de su cama, con el aterrador título *Házte detrás mío, Satanás* escrito a mano por mí. El anciano me llevó aparte la siguiente vez que me vio en el Salón del Reino.

—¿Qué tipo de música estás escuchando, Catalina? —me regañó.

—Puedo explicar —dije, sin saber muy bien cómo explicar, pero confiada en que podía.

Me lanzó una mirada. Le dije que Jack White había crecido siendo muy religioso y que la Biblia era su libro favorito y una de sus principales inspiraciones; de hecho, el título del álbum hacía referencia a algo que Jesús le dijo a Pedro en el Evangelio de Mateo.

El anciano me estudió la cara, que se detuvo ante el marco perfecto, una sonrisa de niña buena.

—No lo difundas —dijo. —¿De acuerdo?

—Okay —dije.

Pero no estaba okay. Mi abuelo se indignó cuando escuchó que otro hombre había tratado de educarme; de hecho, otro hombre había intentado *disciplinarme*. No le importaba el CD. Era el principio. En la siguiente reunión, vi a mi abuelo dirigirse directamente hacia el anciano estricto, pero amable, con el pecho inflado y la cara de gruñón. Proyectó la voz. Podía oírlo perfectamente desde unas cuantas filas atrás.

—Escuché que tenía algo que decirle a mi nieta —le dijo al anciano.

Me tapé la boca con la mano.

—Si tiene algo que decirle, diríjase a mí. ¿Está claro?

El anciano palideció ante la reacción exagerada y mi abuelo sonrió y le ofreció la mano. Recuerdo todo sobre ese momento.

En quinto grado, me asignaron hacer una maqueta del puente de Manhattan. Estábamos aprendiendo la historia del estado para un examen y a todos nos tocó un puente diferente. Sentí mucha envidia de los que les tocó el puente de Brooklyn. Mi abuelo tomó el mando. Fue a Home Depot y pasó toda la noche silbando y trabajando en la maqueta del puente de Manhattan. Cuando me desperté, ahí estaba sobre la mesa, construida por duendes durante la noche. Estaba muy orgullosa de ser familia de este hombre que podía hacer cualquier cosa, arreglar cualquier cosa, construir cualquier cosa, deconstruir cualquier cosa, sobrevivir a cualquier cosa. Mi abuelo era un genio.

Esa noche busqué artículos sobre los Dreamers o los padres de Dreamers que luchaban contra órdenes de deportación y anoté los nombres de todos los abogados consultados. Encontré sus direcciones de correo electrónico y les escribí uno por uno pidiendo una llamada. El primer abogado que me respondió se ofreció a reunirse la tarde siguiente. Dijo: *¿Por qué no te pasas por aquí?*

Me sorprendió que la dirección que me dio fuera la de una iglesia católica en el Lower East Side. Me dijo que estaría en el sótano.

—Llámame Josh —me dijo, saludándome con un firme apretón de manos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Unas monjas administraban el lugar, que brindaba servicios a las comunidades de inmigrantes en el Lower East Side.

—Estoy aquí pro bono, pero no me necesitan. Si tomaran el examen de derecho hoy, pasarían; en especial la hermana Naomi.

Una anciana que supuse que era la hermana Naomi sonrió ampliamente. Sentí que podía confiar en el hombre. Josh. Nos sentamos en una mesa plegable de plástico y le conté lo que sabía, pasándole la orden de expulsión del Departamento de Justicia junto con los otros documentos de ICE que había encontrado en el cajón de mi abuelo.

—¿Qué haría? —pregunté—. Si estuviera en mi situación, ¿qué haría?

—No pinta bien, Catalina —dijo—. El momento ideal para conseguir un abogado de inmigración hubiera sido hace meses, después de la detención de ICE a tu abuelo y de que le entregaran la primera Notificación de Comparecencia, en octubre. Cualquier buen abogado de inmigración les hubiera ayudado a idear un plan para defenderse de la deportación. Según los detalles de la historia de tu abuelo, se hubiera podido solicitar lo que llamamos una Audiencia de Mérito. Tal vez hasta presentar el caso para un ajuste de estatus, o al menos lo que llamamos "quedarse", que es básicamente más tiempo para construir un caso o apelar.

—¿Pero ahora? ¿Se puede detener una orden *in absentia*?

—Las deportaciones *in absentia* son órdenes finales. Hay muy poca asistencia. No les gusta la gente que no se presenta. Lo que tendrías que hacer es luchar para reabrir el caso para ganar una segunda audiencia. Se llama Moción para reabrir los procedimientos de deportación, y no son fáciles de conseguir. Todo se reduce a una decisión discrecional del juez de inmigración sobre si ofrecer asistencia o no.

Escribí todo lo que Josh me dijo, tan rápido como pude.

—Eso es lo que necesitamos —dije—. ¿Cómo lo conseguimos?

—Bueno, pues tu abuelo tendría que presentar un caso convincente para explicar por qué no se presentó ante el tribunal. ¿Quizás nunca recibió la notificación? ¿Quizás se envió a la dirección equivocada? ¿Quizás, debido a alguna circunstancia excepcional como un viaje o una enfermedad, no pudo presentarse a su audiencia?

Bajé la cabeza, incapaz de sostener la mirada inquisitiva de Josh. El silencio se prolongó entre nosotros.

—Y aquí vienen las buenas noticias, Catalina —dijo, con una actitud renovada—. Si encuentras un abogado de inmigración que te ayude a presentar esa moción de reapertura, el tribunal tendría que conceder una suspensión automática temporal de la orden de deportación, que permanecería en vigor durante el tiempo que fuera necesario para que un juez de inmigración tomara una decisión.

—¿Automáticamente? —pregunté.

—Automáticamente —dijo Josh, recostándose y suspirando—. Eso podría darle a tu familia algo de tiempo para pensar las cosas. Y, debo añadir, la buena publicidad no suele ser mala idea. Si la gente sabe quién eres, si sabe que eres su vecina, su amiga, su estudiante, su paciente... Pues, es una apuesta arriesgada, pero si haces que a ICE le resulte problemático concentrarse en ti, tal vez piense que es más problema del que vale la pena y vaya a perseguir presas más fáciles o más grandes. Presentar una moción de reapertura podría darte algo de tiempo para hacer algo de ruido.

—Está bien. Sí, haré eso —dije.

—Catalina, necesitas ayuda. Soy abogado. Estas monjas son básicamente abogadas. Dile a tu abuelo que venga lo antes posible y nos pondremos a trabajar.

Me despedí de mis nuevos amigos, el abogado Josh y la hermana Naomi, y caminé por el Lower East Side hasta que oscureció. Quería estar sola. Me tomé un café helado a pesar del frío y caminé hasta toparme con una luminosa tienda de artículos para fumadores llena de *cosas*. De cada esquina colgaban chucherías de colores vivos y con dibujos discordantes. Había rosarios, medallones de santos, banderas tibetanas de oración, incienso, adornos del Día de los Muertos. Sentí una oleada de patriotismo sin objeto y la redirigí hacia mí misma. Me detuve ante cada espejo que vi, ante cada superficie reflectante. Casi no me reconocí, porque el yo de la mente es siempre, o normalmente, un yo de verano, y en mi mente estaba muy bronceada, pero en el espejo me veía casi azul. No parecía yo. No era yo, pero sentí mucha ternura hacia esa chica, esa cosita triste y pálida. Ojalá tuviera un buen sistema de apoyo.

Vi un perfume de aceite de verbena y lo compré al instante. Desde que lo conozco, mi abuelo se bañaba en verbena. Comenzó a usarla en la escuela militar. La propia Manuelita Sáenz, la amante ecuatoriana de Simón Bolívar, el gran libertador, era partidaria del perfume de verbena, ya que era la fragancia que usaban los revolucionarios que la rodeaban. Leí esto en García Márquez, la fuente de todo mi conocimiento sobre Simón Bolívar, aparte de, por supuesto, mi abuelo, a pesar de lo que Nathaniel pudiera haber pensado sobre sí mismo. Desde hace tiempo me había imaginado a Bolívar como Alejandro Sanz a caballo.

De vuelta en la casa, puse la tetera a hervir y me metí en la cama con mi portátil. *La buena publicidad no suele ser mala idea*. Inicié sesión en mi correo electrónico de Harvard y tecleé *A*. Aparecieron todos los que tenían una A destacada en su nombre. Hice esto de la

A a la Z, escaneando los nombres que aparecieron en busca de la persona más importante que conocía, cualquiera que pudiera influir en el caso. Entonces me di cuenta: *Byron Wheeler*. Byron Wheeler era la persona más famosa que conocía. Le pedí a Nathaniel el correo electrónico de su papá. Le dije que necesitaba un consejo sobre mis planes de posgrado y él me respondió: *Obvio, claro, habla con mi papá*.

Me enredé pensando en una nueva firma de correo electrónico. Poner Harvard al lado de tu nombre le recuerda al mundo que te estás comprometiendo durante cuatro años a ser aceptada en la más institucional de las instituciones. Que no tendrás ningún problema con que te digan qué hacer.

Catalina Ituralde
Harvard College
Clase de 2011

Para: Byron Wheeler
De: Catalina Ituralde
Asunto: Charla
8:47 P. M.

Hola, Sr. Wheeler, tengo un tema delicado que tratar con usted. No es una conversación que pueda tener por correo electrónico. ¿Tiene algún momento para hablar? Cuando le resulte más conveniente. No se preocupe si está demasiado ocupado o no quiere hacerlo, un no está bien y no necesito explicación.

Para: Catalina Ituralde
De: Byron Wheeler
Re: Hablar
08:52 P. M.

213-342-8745

BW

Tuvimos un pequeño intercambio de opiniones porque no estábamos de acuerdo sobre el modo de comunicación. Él insistió en que lo hiciéramos por teléfono y yo lo rechacé. Me parecía que las conversaciones improvisadas por teléfono eran nauseabundas. Acordamos, como solución, encontrarnos para un café la mañana siguiente en el LPQ de la calle 28. Él se estaba tomando un capuchino cuando llegué cinco minutos antes. Iba a entrar directo al baño para poder llegar exactamente a las 11:30 a. m. como habíamos acordado, pero Byron me vio y se levantó para saludarme.

Las nominaciones al Oscar se anunciarían más tarde en enero y Byron Wheeler estaba en medio de su campaña para la temporada de premios. Fue muy amable de su parte dedicarme el tiempo. Había pasado los últimos tres años recuperándose: después de sufrir un miniderrame cerebral dejó de fumar, comenzó a hacer ejercicio todos los días y a meditar. Se pensaba ampliamente que este era su año.

—¿En qué puedo ser útil? —preguntó Byron.

—¿Qué sabe usted sobre los inmigrantes ilegales? —pregunté—. ¿Conoce a alguno personalmente?

—No lo suficiente, y estoy seguro de que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Seguro que conoce al menos a uno —me señalé con los pulgares. Byron se inclinó hacia delante y bajó la voz—. ¿Hablas en serio? ¿Está todo bien?

—Sí. Quiero decir, hablo en serio. ¿Ha oído hablar de los Dreamers? Son niños cuyos padres o quien fuera tomaron la decisión de traerlos aquí cuando eran niños. Sigues siendo indocumentado si eres un Dreamer, pero es menos probable que te deporten porque entonces hay protestas. Por ejemplo, si me deportaran, la gente se preocuparía, creo, espero, por Harvard, lo que no es justo, pero es lo que es. Ya es bastante complicado, pero entonces descubrí que mi abuelo estaba ignorando una orden de deportación que le enviaron a principios de este año.

—¿Has hablado con un abogado?

—Sí, se encargará de algunos... trámites. Pero dijo que consiguiera apoyo para el caso de mi abuelo.

—Muchas gracias por confiar en mí —dijo—. ¿De verdad no hay salida? ¿Harvard no puede intervenir y conseguirte una visa?

—Eso no ayudaría a mi abuelo, pero no. Para mí es matrimonio o legislación, eso es todo, eso es literalmente todo.

—¿Matrimonio?

—Los ciudadanos pueden solicitar que sus cónyuges reciban permisos de residencia.

—Así que *hay* solución.

—No. Eso es algo que no voy a hacer nunca.

—Puedes casarte con Nathaniel —dijo, despreocupadamente.

Me sonrojé a pesar de mí misma.

—Nathaniel ni siquiera sabe. Y… tampoco ayuda a mi abuelo.

—No deberías tener que preocuparte por esto —dijo con sinceridad—. Es una pena. Tienes un futuro tan brillante por delante. Has pasado por mucho, pero eres una luchadora. Saldrás del otro lado más fuerte. Quiero ayudar en todo lo que pueda.

—Es muy amable de su parte. Gracias.

—¿Qué te parece esto? —dijo, pensando en voz alta—. Un cortometraje documental de ocho o nueve minutos sobre tus últimos días en Harvard. La tristeza, la alegría, el dolor, el duelo, pero también la emoción y las fiestas y todo eso. No sería político, sería arte. O serían ambas cosas, pero estaríamos mostrando el lado humano de todo esto. La gente podría juzgar por sí misma. Creo que más de un par de canales estarían felices de emitirlo. PBS, HBO tal vez, lo que quieras.

—Pero creo que debería destacar el caso de mi abuelo,¿no?

—Mira, estoy seguro de que tu abuelo es un gran hombre y estoy seguro de que es interesante y encantador y todo lo demás, pero es tu historia la que atraerá la atención de la gente. También eres indocumentada, y es a *tu* abuelo a quien van a deportar. *Una Dreamer corre el riesgo de perderlo todo*.

—No creo que tenga lo necesario para ser un emblema.

—Serías un emblema estupendo.

—Quiero ser una vendida y trabajar para un fondo de inversión como todo el mundo.

—¿Un fondo de inversión? —rio incrédulo—. No, eso no es lo que quieres.

—No *ahora*, pero en un mundo en el que fuera buena para las matemáticas y ciencias, seguro vendería mi alma al mejor postor.

—Estás siendo provocadora. Nunca podrías trabajar para un fondo de inversión porque no estás muerta por dentro.

—Bien, pues creo que está equivocado.

—¿Por qué no lo piensas? Realmente creo que este es nuestro mejor ángulo.

—Está bien —dije—. Lo pensaré.

—Eso es —dijo triunfante—. ¡Ya tienes los hoyuelos!

Sonreí.

Más tarde esa noche, le envié un correo.

Para: Byron Wheeler
De: Catalina Ituralde
Asunto: Café
11:39 P. M.

Hola, Sr. Wheeler:

Primero, sé que me ha pedido que lo llame Byron, pero me parece muy raro llamarlo Byron. Usted es un maestro en su campo, no quiero asumir una familiaridad que nunca sentiré porque usted es Byron Wheeler. Si voy a hacer algo público, me siento más que honrada de que sea con usted con quien lo haga. Me va a odiar por esto, pero todavía me pregunto si hay otros ángulos que podamos contemplar. Me preocupa que centrarse en mí y en mi vida privada pueda resultar un poco extraño porque mi infancia es confusa, incluso para mí, y no quiero fingir que tenemos esta pequeña familia perfecta.

Para: Catalina Ituralde
De: B.W.
Asunto: Re: Café
12:07 A. M.

entiendo completamente tu aprensión. Hay formas creativas de evitarlo, formas de enmarcar una historia que no resulte deshonesta. A Rachel y a mí nos encantaría invitarte a cenar para hablar del tema. ¿Mañana?
BW



Los Wheeler vivían en el 271 de Columbus Avenue, a un par de cuadras del Met. El portero del edificio me guio hasta un ascensor engañosamente averiado con puertas doradas que al abrirse me dejaron justo dentro de la sala de los Wheeler, que era enorme y de un blanco luminoso. Tuve mucho cuidado de modular mi expresión.

—Catalina, ¡he oído hablar mucho de ti! —murmuró Rachel Wheeler, acercándose a mí.

Me incliné para abrazarla y chocamos las cabezas. Nos reímos. Su parecido con Nathaniel me puso nerviosa, aunque debería haberlo esperado. No sé cómo, pero con toda mi atención en Byron, ni siquiera se me había ocurrido que Nathaniel tuviera una mamá.

—Lo siento, soy más de abrazos —dije.

—No, me encanta eso. Bueno, ¡bienvenida! He oído hablar de ti desde hace tiempo.

¿De Nathaniel o de Byron?

—Cosas buenas, espero —dije.

—Oh, él piensa lo mejor de ti.

Todavía no sé quién.

—¿Vino, Catalina?

—Sí, por favor.

—¿Un rosado te parece bien?

—Sí, gracias.

—Este vino es en realidad de la boda de Peter y Maggie —intervino Byron—. Queríamos esperar a una ocasión especial para abrirlo y no se me ocurre un mejor momento. Salud.

Chocamos las copas. No me dieron más explicaciones sobre las identidades de Peter y Maggie y no pregunté, pero cuando le conté esta historia a Kyle, sugirió que eran Maggie Gyllenhaal y Peter Sarsgaard.

Para la cena, comimos salmón cortado en porciones cuadradas pequeñas, del tamaño del folleto más pequeño de *La Atalaya*. Había una guarnición de brócoli al vapor. La sal estaba en la mesa.

—¿Qué te parece vivir en Boston, Catalina? —me preguntó la señora Wheeler.

—Me encanta Boston, pero nueve de cada diez veces me quedo en mi habitación y leo.

—Es una pena. Tienes que trabajar muy duro todo el tiempo. ¡Boston es una ciudad estupenda!

—He estado en el Museo JFK, que está en Boston y por alguna razón tiene los trabajos de Hemingway, y he estado en el McLean. No sé si eso cuenta como un hito histórico. Me reí.

—¿Qué quieres decir? ¿El Hospital McLean? ¿Es un hito?

—No. Estaba bromeando, aunque creo que para cierto tipo de persona literaria podría ser un hito.

—¿Para ti? —interrumpió Byron.

Me cohibí.

—Allí es donde Sylvia Plath recibió la terapia de electroshock sobre la que escribió en *La campana de cristal* y Anne Sexton estuvo ahí y también Robert Lowell.

—¿Estás diciendo que también fuiste a este hospital en Boston donde toda esta gente deprimida ha ido a recibir ayuda? —preguntó la señora Wheeler con seriedad.

—No —dije—, todavía no. Por ahora es solo un hito.

Era momento de un cambio en la conversación.

—Nadie sabe esto, pero me encanta New England. La costa de Long Island, los poetas de la clase alta blanca anglosajona y protestante, todo.

—¿Quién es tu poeta favorito de New England? —preguntó la señora Wheeler.

—Probablemente Emily Dickinson.

—¿Ella también murió en ese hospital?

—No estoy segura de cómo murió —dije, con el corazón encogido. ¿Era una broma o estaba molesta?

La señora Wheeler sonrió cálidamente.

—No sé mucho, Catalina, pero si hay un pedazo de sabiduría que puedo compartir contigo, es este: si trabajas duro y te vuelves rica, una habitación en el Mandarin Oriental es exactamente lo mismo que en el McLean, solo que te llevan cócteles a la habitación.

—Salud por eso —dijo Byron.

Mientras comíamos nuestro caro salmón sin sal, Byron le contó a la encantadora señora Wheeler su idea, o la nuestra, de hacer un corto documental. Era evidente que había estado pensando en eso desde la última vez que nos vimos y su convicción había aumentado. Ahora estaba animado, hablando de las injusticias que enfrentan los inmigrantes, de la necesidad de contar las historias de quienes se esconden en las sombras. La señora Wheeler asentía en señal de aprobación, sus ojos me observaban periódicamente. Era atenta, incluso delicada. Nathaniel tenía mucha suerte.

Estuve en el séptimo cielo todo el trayecto en metro a casa.

Esa noche, me metí en la cama sin lavarme la cara y busqué la barra de chocolate que había dejado debajo de la almohada en caso de que la cena con los Wheeler saliera mal y necesitara algo que me levantara el ánimo. Me la devoré. En ese momento, hubiera hecho cualquier cosa por esa barra de chocolate. *Hershey's. El Hershey's de Hershey's y los escuadrones de la muerte*.

De: Catalina Ituralde
Para: Byron Wheeler
Asunto: [sin asunto]
12:01 A. M.

Hagámoslo.



CUARTA PARTE

Semestre de primavera

HABÍAN PASADO VIDAS enteras cuando regresé a Cambridge. Nunca pensé que llegaría este día. Pronto me graduaría. Cuatro años alguna vez me parecieron eternos y aquí estábamos, en el cierre del telón.

—Espera, y verás —me dijo mi abuelo—. Ya se te ocurrirá algo. Siempre se te ocurre.

Pero no había nada que resolver. Estaba paralizada por el miedo y la inercia. Me arrullaba hasta dormir recitándole a Dios todas las razones por las que sería mutuamente beneficioso para mí no despertar por la mañana, pero cuando el hijo de su madre me mantuvo con vida, le grité con furia: "¡Está bien! ¡Ganaste!", y decidí abordar mi semestre de primavera con la mente abierta, dispuesta a todo, memorizando todo lo que pudiera para poder repasarlo todo después, cuando mi vida se fuera al carajo.

Ese semestre tomé solo tres clases: un tutorial obligatorio de estudio independiente de tesis con Ruby Sandoval, portugués para hispanohablantes y la famosa clase de Harvard sobre *Finnegans Wake*. Estaba tomando solo tres clases porque tenía que compensar no haber trabajado en mi tesis durante todo el año. Pude haber satisfecho mi requisito de lengua extranjera con cualquiera de mis clases de literatura latinoamericana, pero no quería que se me negara la posibilidad de aprender otro idioma. Sospechaba tener un

talento secreto para los idiomas, el inglés y el español habían entrado en mí por ósmosis, y quería descubrir mi verdadero potencial. ¿Será que podría ser políglota? Apenas dos días de *Introducción al árabe* me hicieron correr a la lengua romance más cercana. Sentía una antipatía ruidosa y muy pública hacia todo lo francés y tenía miedo de amar demasiado el italiano, así que terminé tomando portugués para hispanohablantes, una clase acelerada de portugués que tenía lugar todos los días y no permitía que los estudiantes dijeran palabras en español de una manera vagamente francesa, un truco de la garganta conocido como portuñol.

Finnegans Wake es como el helado más rico, indulgente y cremoso que existe en los libros, y si tomar una clase de un semestre entero sobre un solo texto ya era indulgente, tomarla sobre *Finnegans Wake* me pareció poco práctico y extravagante en esas circunstancias, y por eso la tomé. Sentí que era como mandar a alguien a la mierda. No a Dios, pero a alguien.

La clase sobre *Finnegans Wake* era una de las joyas de la corona de la universidad junto con *Economía 101* y *Justicia*, una clase de filosofía de bajo nivel que planteaba grandes preguntas sobre la tortura, el altruismo y la naturaleza del mal, y que atraía a cientos de estudiantes durante el período de ensayo. *Justicia*, *Finnegans Wake* y *Economía 101* se impartían en la consagrada sala de conferencias detrás del Memorial Hall, con sus gradas, madera oscura, vitrales y un eco resonante que hacía que todo lo que decía un profesor sonara como la voz de Dios de Morgan Freeman.

Joyce y yo teníamos algo de historia. La primera vez que intenté leer *Finnegans Wake* fue en la secundaria. Mi profesora de inglés de décimo grado, la señora Lombardi, me permitió elaborar un

programa de estudios para un estudio independiente informal. Llené la lista con escritores famosos por su comportamiento maniacodepresivo, modernistas bisexuales, etc. Uno de mis ensayos joyceanos más *inspirados* terminó en manos del director, quien llamó a la señora Lombardi a su oficina: *¿Va a saltar de un techo en un futuro próximo? ¿Debería preocuparme?*

Por su parte, la señora Lombardi dijo que el director estaba siendo sexista, clasista, xenófobo y poco amistoso con Joyce, pero me preguntó amablemente si tenía tendencias suicidas. Le dije que no.

Para el semestre de primavera, el Peabody me reasignó a la Bóveda, un edificio al otro lado de la calle donde el museo guardaba el excedente y se esforzaba por prevenir la inevitable transformación de los artefactos antiguos en polvo. Eran cinco pisos llenos de estante tras estante y bandeja tras bandeja de artefactos de todo el mundo: toneladas de cajas de alfarería rota, trozos de cerámica y terracota. También había otros artefactos almacenados, objetos que me parecían pecaminosos hasta de mirar: una máscara funeraria peruana en forma de cocodrilo, una flauta en forma de hombre que sostiene una flauta, con la cara pintada de negro, blanco y rojo y con un quipu pintado alrededor del cuello.

Me asignaron a Isabella Gomes, una restauradora brasileña igualita a Lily Tomlin. Isabella era cálida, conversadora y propensa a quejarse, y en cuanto se enteró de que estaba aprendiendo portugués, empezó a aterrorizarme hablándome solo en portugués y a no responderme a menos que yo le hablara en portugués. Isabella normalmente trabajaba con cerámica. Cuando la conocí, estaba trabajando en un plato de porcelana española azul y blanca que estaba en muy mal estado porque las técnicas de conservación

utilizadas en los setenta habían dañado el plato más de lo que el tiempo lo había dañado.

Isabella también era la encargada de asegurarse de que los objetos de la próxima exhibición de quipus estuvieran montados correctamente y listos para la exhibición. Los quipus habían comenzado a llegar de museos y colecciones privadas, encapsulados en vidrio y protegidos por cajas de madera hechas a la medida. Algunos eran de procedencia conocida: descubiertos en los sótanos de iglesias coloniales, en los pueblos del altiplano, en excavaciones de fuertes, en tumbas. De otros era completamente desconocida. Tal vez saqueados por aventureros que guardaron las fibras como recuerdo o las vendieron a coleccionistas adinerados. Los más valiosos eran coloridos y completos, pero en el Peabody también se mostrarían quipus más pequeños, quipus enredados y en pedazos, aunque solo fuera para subrayar la rareza de los perfectos.

—¿Cuál es la conexión entre el quipu y los platos? —pregunté.

—Eso le concierne más al curador. Yo estoy aquí para restaurar este plato y tú estás aquí para ayudarme.

Mi trabajo oficial era escanear todos los documentos en las carpetas de procedencia de los objetos y luego ingresar manualmente la información de la ficha para digitalizarla por completo. Normalmente lo hacía en un MacBook viejo en una oficina abarrotada y de luces amarillas, pero algunos días Isabella me pedía que la siguiera haciendo esto o lo otro.

—Sería de gran ayuda si pudieras contar estas con cuidado —dijo Isabella, señalando un carrito lleno de cajas de cartón con fragmentos de terracota—, y escribir la cantidad de cada caja en una de estas —dijo, señalando una pila de post-its—, y luego pasar a la

siguiente caja. Comienza con estas dos y vemos cuánto podemos hacer hoy. Bien, ya puedes empezar.

Me puse los guantes de nitrilo azules y cogí un trozo de terracota del tamaño de una caja de cigarrillos. *Uno. Dos. Tres. Treinta y seis*. *Treinta y siete. Treinta y ocho. Setenta y dos. Setenta y tres*. *PUTA*. Perdí la cuenta muchas veces, eran tantas y todas eran iguales.

Ninguna de las losas de cerámica rotas importaba individualmente. Las contábamos porque queríamos saber cuántas teníamos; era contabilidad, contabilidad otra vez. No podía dejar de pensar en *2666* de Roberto Bolaño, que acababa de terminar de leer. Hay un capítulo llamado "La parte de los crímenes", la tercera parte, creo. Es un relato al estilo de un informe policial sobre las niñas y mujeres asesinadas en la ficticia Santa Teresa, un sustituto de Ciudad Juárez.

Matar a una mujer se llama femicidio. Matarlas en masa se llama feminicidio. Bolaño escribió sobre las muertes de estas mujeres y niñas sin consagrar la violencia convirtiéndola en arte. Enlistó con naturalidad el nombre de cada mujer o niña, su edad, cómo las lastimaron, profanaron y desecharon sus cuerpos, y la persona que las encontró. Los detalles fueron los que me desgarraron el corazón, las mujeres con ropa interior hasta las rodillas, ropa interior de algodón blanco con pequeños lazos a los lados.

Uno. Dos. Tres. Veinticuatro. Treinta y cinco. Treinta y nueve. Ochenta y uno.

Era muy difícil no culpar a mis compañeros de clase. Estaban justo aquí, jugando Ultimate Frisbee y squash, comprando marihuana de los niños locales de Cambridge, alimentando la crisis en México. No era una postura moralista. Era horror ante el horror. Yo formaba parte del mismo ecosistema que las niñas de Juárez que pasaban de

mano en mano. Yo formaba parte del mismo ecosistema que los jóvenes que botaban a Rikers con tan solo mirar una bolsita de marihuana. Pero también formaba parte del mismo ecosistema que mis compañeros de clase, eso también era parte del horror. ¿Pensaban mis compañeros de clase en nosotros? Quería meterles la mano en el cerebro a través de las orejas y abrir nuevos canales con mis uñas acrílicas para que se preocuparan, era una vía neuronal sin explotar, tan solo necesitaba un pequeño empujón.

Contar los pedazos también me recordó el querido rosario que mi abuela me regaló en mi primera comunión: blanco, de plástico, que brillaba en la oscuridad. Se supone que no debes ponerte un rosario en del cuello, pero yo me lo ponía. En cualquier caso, así era como se sentía este trabajo, como un pecado, un crimen y un honor.

—Isabella, si hubiera un objeto de la próxima exhibición que quisiera mirar brevemente de cerca, pero sin tocarlo, solo mirarlo, ¿a quién le pregunto?

—Puedes tocarlo, dependiendo de qué sea, de qué esté hecho, en qué condición se encuentre —dijo Isabella, apuntando hacia la caja de guantes de nitrilo desechables con la quijada—. Estaré encantada de traerte cualquier cosa. Solo debes llenar un formulario de solicitud para investigación, enviármelo por correo y partimos de ahí.

Quería tocar un quipu. Había escuchado mucho sobre ellos. Sería un honor tocar uno así fuera a través de un guante. Definitivamente sería un pecado. Me imaginaba que se sentiría quebradizo y seco, como pelo dañado. Justo en mis manos: el fin de un imperio y el comienzo violento de una nueva raza, una raza que era la mía.

Para el pueblo inca, la información visual no era suficiente. Valoraban el compromiso multisensorial con el mundo de maneras

que tal vez nunca entendamos. Había algo romántico en el hecho de que, para leer correctamente un quipu, se necesitaba poder diferenciar (mediante el tacto) diferentes tipos de pieles, lanas y fibras andinas. Las fibras de llama no se sienten igual que las de guanaco, alpaca o vizcacha, y en ellas se podía codificar un significado. Era necesario conocer a esos animales como la palma de la mano. Por esta razón, la doctora Murphy llamó al quipu "el objeto vernáculo de las criaturas pequeñas". Me parecía gracioso que la doctora Murphy creyera que lo vernáculo de las criaturas pequeñas se encontraba en sus cuerpos. Tal vez también pensaba que sus cuerpos eran archivos.

De niña jugaba este juego en el que pensaba en un animal de aspecto realmente asqueroso o poco amigable, como un gusano o una zarigüeya, e intentaba sentir amor por él, trataba de encontrar cosas adorables en el animal y, si no podía, me decía a mí misma que Dios iba a maldecir a mi familia con racismo y xenofobia por el resto de la vida porque no había puesto atención a las palabras de Cristo en Mateo 25:40: *De cierto les digo que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos más pequeños, por mí lo hicieron.* El objeto vernáculo de las criaturas pequeñas es soñar con venganza. Recuerdo a todos los animales que he visto atropellados, a todos y a cada uno.

Esa noche di vueltas en la cama después de enviar mi formulario de solicitud de investigación. Puse "Virtual Diva" de Don Omar a todo volumen en mis audífonos, y alternaba entre imaginarme a mí misma en su video musical y planear lo que me iba a poner para mi sesión privada con el quipu. Los estilos se fundían entre sí. Eran el mismo.

Cuando regresé al campus, en la sala de correo me esperaba una cámara de Byron, una pequeña videocámara Panasonic negra de mano con una pantalla que se desplegaba hacia el lado.

Había una nota adjunta en papelería personalizada.

Catalina:

Estoy pensando que deberíamos experimentar con una metodología autoetnográfica. ¿Cómo se ve el mundo a través de los ojos de Catalina? Tu propia visión. Harvard. La familia. La graduación inminente. Fílmate haciendo lo que te sale naturalmente y envíame el material cuando quieras.

BW

Creía que el interés de Byron Wheeler por la representación ética de sus sujetos era sincero. También vi que yo podía ser una tremenda historia.

Trabajar con su papá nos acercó más a Nathaniel y a mí. Nathaniel lo veneraba. En público, Byron Wheeler era conocido por su carácter irascible, propenso a los excesos, un poco imprudente, un poco desordenado (pudo haber hecho un mejor trabajo ocultando sus infidelidades, por ejemplo), pero era brillante, lo que lo absolvía de todo. Nathaniel creía que su padre era un genio en todos los sentidos, un iconoclasta con un gusto impecable. El interés creativo de Byron en mí parecía validar el interés romántico de Nathaniel en mí, entonces comenzó a tratarme como a una novia, cosa que yo no había aceptado.

Al parecer Byron Wheeler estaba tan emocionado con la idea de este corto que lo mencionó en la cena con su familia. A su hijo, mi Nathaniel, le tomó por sorpresa la noticia de mi estatus.

—¿Por qué no me contaste? —dijo Nathaniel mientras caminábamos hacia el Starbucks que estaba justo al lado del Quad.

—Lo siento.

—Me duele un poco que sintieras que no podías confiar en mí.

—Lo siento, lo siento, lo intenté muchas veces, pero nunca me pareció el momento adecuado.

—No, yo lo siento.

Me tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Me vuelves loco.

—¿Loco de qué manera?

—De todas las maneras, Catalina.

Nathaniel y yo empezamos a encontrarnos en lugares cada vez más pequeños (como cualquier escalera vacía del Peabody durante mis recesos del almuerzo) y empezamos a pensarnos como las personas más excitantes del mundo, que es lo que pasa cuando uno se encuentra con alguien en espacios cada vez más reducidos. Todo lo que me atravesaba el cuerpo estaba típicamente dentro de los medios tonos: la cumbia, los boleros, el Hava Nagila, el modo locrio en Björk. Pero todavía no había experimentado la ternura de un hombre que no me haya hecho daño. Todavía no había experimentado que un chico de ojos soñadores y pelo hermoso me secara las lágrimas con sus besos. Todavía no había experimentado la escala de mi mayor en la primavera. Eso no lo había experimentado.

Me levanté de la cama y encontré la cámara de video que me había enviado Byron Wheeler. La apunté hacia mí. En la oscuridad, los reflejos de mi cara eran de un azul radiante de discoteca.

—Esta es una reflexión sobre lo que significa para mí ser estadounidense. Si pudiera ser cualquier estadounidense viva o muerta, elegiría ser Lauren London. Cuando la vi en el video "Frontin'" de Jay-Z y Pharrell, rebobiné el video una y otra vez porque era increíblemente bonita y quería verme como ella. No estoy completamente segura de qué brillo de labios usa en ese video, pero creo que era MAC Lipglass o un Juicy Tube de Lancôme. También aparece en el video de Snoop Dogg "Drop It Like It's Hot", ¿te acuerdas del chasquido de la lengua? Ella hizo ese chasquido con la lengua en ese video.

Paré de grabar, satisfecha con mi trabajo de cámara y mi brillantez improvisada. Finalmente, relajé los músculos de la cara, aflojé la mandíbula y me fui a dormir.



Nathaniel pertenecía a un grupo de chicos en el campus conocido como los Bywater. Los integrantes incluían a Nathaniel, a Robert "Bobby" Dawley y a James "Solo James" Arbuckle. Eran muy cultos, hablaban alemán con fluidez y estaban siempre ansiosos por un enfrentamiento en el grupo de discusión. Se les conocía como los Bywater porque eran discípulos del historiador de la Segunda Guerra Mundial, *enfant terrible,* Sir Godfrey Bywater, un supuesto amigo íntimo de Tony Blair. Su grupo de estudio sobre *El Capital* de Marx se reunía una vez a la semana, los miércoles. Técnicamente era un grupo de trabajo de nivel de posgrado, pero se hacían excepciones

para los chicos Bywater. Conocí a Bobby y a James por Nathaniel y, aunque no éramos amigos, habíamos empezado a encontrarnos en los mismos espacios y nos saludábamos con un gesto de cabeza cuando nos veíamos.

Así fue como me enteré por primera vez de que estaban considerando la idea de fundar una revista literaria de tendencia izquierdista dedicada a publicar ensayo, relato y poesía anticapitalista que examinaran cuestiones sociales con el rigor de la academia, pero en un estilo infinitamente más accesible de lo que la academia jamás podría tener.

Al principio descarté la idea, pero Nathaniel hablaba en serio y siguió insistiendo por mi aprobación.

Un viernes, Nathaniel y yo cenamos temprano en Adams House, la residencia de estudiantes más cercana a la estación de tren, para que yo pudiera tomar el T hasta South Station y subirme al primer BoltBus disponible a Nueva York. Tenía que ir a casa ese fin de semana porque mi abuelo había conseguido una audiencia con Luis Ruiz, conocido por todos como don Luis, un mediador, solucionador de problemas, abogado, asesor fiscal, notario público y agente de viajes ocasional. Fue la primera vez que vi a mi abuelo mover un dedo para evitar su deportación, y tenía que estar con él.

Éramos los primeros en llegar al comedor y todo lo que decíamos resonaba en el lugar.

—¿En qué se diferenciaría de *n+1*? —pregunté, dejando mi bandeja en la mesa.

—No se parecería en nada a *n+1* —dijo Nathaniel—, *n+1* se ha convertido en una parodia de sí misma.

No tenía ni idea de lo que quería decir, pero había aprendido que acusar a una institución cultural de ser una parodia de sí misma era siempre una opinión legítima y, por lo general, un punto final a la conversación.

—¡Catalina, podrías tener una columna! ¿Cuál era la columna que propusiste para *The Advo*?

—Se llamaba *En defensa de* y en ella iba a defender a figuras públicas difamadas, como Eliot Spitzer.

—De entre todas las personas. Volvamos a eso después.

—¿Cuándo sale el primer número?

—Esperamos que sea en septiembre. Como un número de otoño. Los compas comunistas van a presionar para que se publique antes, pero yo soy el que realmente se ocupa de la logística...

—Odio esas palabras.

—¿Cuáles palabras?

—Compas comunistas. No sé por qué les dices así.

—Me callo, si quieres —su tono era juguetón, pero no lo dejé pasar.

—¿No está Robert comenzando una empresa de biotecnología medio sospechosa? Eso es mucho trabajo para él.

—No es sospechosa. ¿Y qué importa? Como no es un minero de carbón, ¿no puede ser comunista?

—¿Conoces a comunistas mineros de carbón?

—*Robert* está intentando que la empresa sea rentable desde el primer año para que pueda servir como fachada corporativa para camaradas en otros países.

—Me estás jodiendo.

—Eso es lo él que dice.

—Esto no es un chiste, Nathaniel.

—¡Nadie dijo que lo fuera!

Me levanté para irme. Estaba furiosa. Pero este no era un buen momento para enemistarme con ningún Wheeler. Eran tan amables conmigo. Fanny Brice mantendría la calma. Bajé la quijada, miré a Nathaniel y le ofrecí una especie de sonrisa.

—Ven aquí —dijo, poniéndose de pie. Me agarró por la bufanda violeta que me había enrollado varias veces alrededor del cuello y me jaló hacia él.

—Quédate —dijo—. No te vayas. Siempre te vas.

Mi cuerpo no ofreció resistencia.

Cada cultura tiene su espanto. En los Andes, es una figura llamada *pishtaco*. El pishtaco es un extranjero, un forastero, a veces un europeo blanco o un norteamericano o un mestizo de piel clara de la capital que roba grasa de los cuerpos de los nativos americanos y la usa para alimentar sus tecnologías: armas, vehículos militares, ferrocarriles. Los pishtacos de hoy en día podrían ser ejecutivos de Petrobras o antropólogos. La historia del pishtaco estableció un nuevo tipo de tecnología racial: el nativo americano como fuente de fuego vivificante para el extranjero blanco.

La oficina de don Luis era una pequeña agencia de viajes en Queens, abarrotada de fotografías de don Luis con todos, desde Bill Clinton hasta Rudy Giuliani, Marc Anthony y don Francisco. Don Luis había existido desde el principio de los tiempos. Sin duda había vivido en Queens desde ahí. El simple hecho de saber que estaba vivo me hizo sentir un poco más segura en el mundo. No era la única. Don Luis tenía un récord en el FBI. Presuntamente. Tenía el número de teléfono personal del comisionado de policía de Nueva

York y hacía todo lo posible para mediar una relación entre inmigrantes y policías. Si la policía detenía a un inmigrante por algo estúpido como saltarse un torniquete en el metro, no estaba obligada por ley a involucrar a ICE, y si los agentes tenían ese tipo de discreción, ayudaban a generar buena voluntad. Pero primero pincharon su teléfono durante un tiempo, presuntamente.

En los años noventa, los narcotraficantes en Colombia atrajeron a mujeres jóvenes pobres y desesperadas para que sirvieran como mulas de droga. Les pagaban para que se tragaran condones llenos de cocaína y defecaran las bolitas de cocaína cuando llegaran a Estados Unidos. Los narcotraficantes del lado estadounidense contaban las bolitas; si les faltaba una, o si las mujeres se enfermaban y no podían excretar el contrabando, las mataban. ¿Quieres saber exactamente cómo morían? Yo sé que sí. Los narcotraficantes abrían en canal a las chicas como si estuvieran cortando porciones de una cazuela del día anterior: con esa cantidad de cuidado y esa cantidad de respeto. Luego tiraban los cuerpos. Muchas niñas terminaron muertas en Queens y muchos familiares en Colombia llamaban a don Luis cuando desaparecían las niñas de su familia. Cuando la policía encontraba niñas colombianas muertas, también llamaban a don Luis. La gente recogía dinero en restaurantes, discotecas e iglesias, y así era como, poco a poco, gracias a los ayudantes de camarero, a los jardineros y a las niñeras de Nueva York, don Luis iba juntando el dinero suficiente para enviar a las niñas de vuelta.

A veces, no se reclamaban los cuerpos de las niñas. Don Luis hacía que un amigo sacerdote viniera a darles los últimos sacramentos, y luego pagaba para que las incineraran.

Don Luis nos entregó a mí y a mi abuelo un folleto titulado *La repatriación y usted* y explicó que estaba tratando de iniciar un nuevo proyecto.

—La idea es que sabemos que la muerte nos va a llegar a todos los inmigrantes aquí en Queens. Morirás aquí, viejo y sin muchos ahorros, si es que tienes algunos. O sorprendes a tu familia y haces que se afane para idear planes durante el duelo, o puedes prepararte mejor. Es como un seguro de vida, excepto que el pequeño pago mensual se destina a cubrir todos los arreglos funerarios después de tu muerte, incluida la repatriación a tu país de origen, en este caso Colombia, pero queremos expandirnos a Ecuador y Perú también.

—Qué idea tan maravillosa —dijo mi abuelo—. Qué lástima que los latinos no compren seguros.

—¡Abuelo! —lo reprendí.

—Es verdad —dijo don Luis—. Si le preguntas a cualquier inmigrante: "¿Quieres morir aquí? ¿Quieres que te entierren aquí o quieres que te regresen a casa donde la gente pueda llorarte?", va a decir: "Sí, sí, yo, yo", pero luego trata de venderle seguros a los colombianos.

Todos nos reímos.

—Debería ser preferible a dejar que este país se quedara con nuestro cadáver —dijo mi abuelo desafiante—. Por mí, quiero que me entierren en Ecuador.

Me dolió y me sorprendió oír a mi abuelo decir que quería que lo enterraran en Ecuador. Yo no tenía cómo ir a Ecuador, entonces no tendría dónde poner flores. Cualquiera familiar que le quedara allá,

así le importara si estuviera vivo o muerto, tendría derecho a reclamar su cuerpo y podría sentir dolor y pena. Interesante.

No tenía ningún deseo de ver Ecuador. Ya había oído suficiente. No pareciera ser el lugar para mí. Aun así, a veces buscaba la dirección de mis tíos en Google Earth y miraba cómo era la calle. Todo el tiempo fantaseaba con mi gran regreso. Sería famosa y exitosa. Llevaría un traje de pantalón blanco con un brasier blanco debajo. Si Dios —no, si un genio— me dijera que podía tener el brasier de mis sueños, diría que de cintas y lazos, muchas cintas y muchos lazos. Queda la pregunta sobre cómo mantener limpio un traje completamente blanco. En mis sueños, puedo caminar con tacones. No tengo pelos rebeldes y mi moña atrás es *impecable*. La parte que me deja perpleja son los aretes. No soporto tener aretes. Es decir, *tenía* aretes, así fueran aros, desde los de tamaño infantil hasta los que casi me rozaban los hombros. Los pequeños eran de oro real, los grandes eran de Forever 21. Nunca los usaba. Como en mis sueños puedo tolerar usar aros todo el día, pues los uso todo el día.

Iría a los museos locales para ver si podía encontrar algún objeto de la época de la Conquista, estoy pensando en Biblias polvorientas y armas antiguas. Definitivamente comería ceviche y comería de todo. No creo que contraería ninguna enfermedad transmitida por los alimentos o el agua porque nací con una infección urinaria y una infección por *H. pylori*; mi pediatra dice que es médicamente imposible, pero eso es por lo que el médico que me sacó del vientre de mi madre me hospitalizó. Lo que intento decir es que creo que la constitución de mi cuerpo puede tolerar mucho. Me gustaría ver el Cotopaxi, pero no trataría de escalarlo. Solo quiero mirar hacia

arriba, memorizarlo y luego montarme en el primer vuelo de vuelta a LaGuardia. Había planeado ir a ver a mis tíos, ahora solo a mi tía, que me preguntaría cómo me iba y quedaría muy claro que me iba increíble. Me iba fantástico, tenía confianza y capacidad, calma y serenidad, tenía dinero y era hermosa y también una genio. Tenía piernas estupendas. Hablaba muchos idiomas. Tenía un título de todas las universidades de la Ivy League del país, incluso Dartmouth. Tenía una risa contagiosa. Echaba la cabeza hacia atrás cuando me reía, como Julia Roberts en *Letterman*. Los niños me amaban. Toda la familia extendida me amaría. Los impresionaría. Dejaría una huella en ellos y estarían tristes por el resto de sus días, pues haberme enviado lejos fue el peor error de su vida. En verdad se perdieron algo. Pensarían en mí para siempre.

Don Luis se puso las gafas de lectura y extendió la mano.

—Pasemos a tu carta —dijo.

Don Luis leyó en voz baja, mientras su garganta producía un silbido agudo.

—Mira, Francisco —dijo con severidad—, no puedo andar con rodeos, es una orden de deportación bastante directa, pero puedes combatirla, si quieres luchar, si tienes fuerzas para eso.

—¡Estamos luchando! —interrumpí—. Tenemos un abogado. ¡Acaba de presentar una moción para reabrir el proceso!

—Qué bueno, mija —continuó don Luis—. Les da algo de tiempo. A veces los tribunales se mueven lento. Con eso radicado, ningún oficial de ICE puede desaparecerlo de la noche a la mañana, pero a fin de cuentas debo decir que nuestras probabilidades no son muy buenas.

Mi abuelo se encorvó en la silla y se chupó los dientes.

—Mierda.

—Por otro lado, tienes una niña en la universidad, en Harvard, que se gradúa en junio. Si quieres tratar de luchar, podemos ir a los periódicos y decir: "Miren, quiero ver a mi nieta graduarse de la universidad, la he criado desde que era pequeña, sus padres están muertos y ya casi se gradúa". Quién sabe, tal vez si se arma una protesta pública, puede haber un milagro.

Me senté más erguida.

—Por eso estoy haciendo un documental este semestre. Podría ayudar, ¿no?

Mi abuelo soltó un breve gruñido sordo y se dio la vuelta.

Nunca sentí que mi abuelo viviera su vida en mi línea de tiempo. Todo lo contrario. Cuando me gradué de la secundaria, mi abuela me confesó que él había tratado de mandarme de vuelta a Ecuador cuando tenía dieciséis porque no le gustaba lo que Estados Unidos me estaba "haciendo". Ella lo convenció de que no lo hiciera. No tenía ni idea de que ellos negociaban sobre mi vida en la trastienda. Mi abuelo bebió un largo trago de una botella de jugo de *cranberry*. No tenía nada más. Simplemente le gustaba el jugo de *cranberry*. Para mí era más fácil estar ahí sentada si pretendía ser una escritora promesa que estaba ahí en Jackson Heights para perfilar a estos hombres carismáticos. Solo un escritor podía transfigurar sus historias en literatura. Cuando fueran literatura, ya no podrían desaparecer.

Don Luis comenzó a dirigirse a mí.

—Podría ayudar. Podría no ayudar. Ahora deportan a cualquiera.

En casa, mi abuela estaba inusualmente agitada. Se sentó frente al televisor con un kit de costura y una pila de ropa para arreglar y

hacerle dobladillos. No dejaba de pincharse con la aguja y decir "¡Carajo!". Saqué el portátil y me sorprendió ver el nombre de Abél Morrison en el correo electrónico grupal que Nathaniel envió anunciando el próximo número inaugural de *Disrupt*, una revista digital para grandes ideas. Abél figuraba como editor colaborador. Yo estaba en la lista como miembro fundador, pero no tuve nada que ver ahí. A Kyle, por ejemplo, también lo arrastraron en esto y su única contribución hasta el momento había sido el logo. Oh, dios, éramos miembros fundadores, ¿no? Le envié un correo electrónico a Abél inmediatamente.

Para: Abél Morrison
De: Catalina Ituralde
Asunto: !!
03:18 P. M.

Abél Morrison, ¿está metido en una situación delicada y tal vez necesita ayuda? ¡¿Lo están chantajeando, por ejemplo, o extorsionando?!!! Porque lo vi en la lista como editor colaborador de esa revista loca.

Para: Catalina Ituralde
De: Abél Morrison
Asunto: Re: !!
08:45 P. M.

Jajaja ¡Creo que es bueno que estén buscando consejo! Te sorprenderá saber, Catalina, que esta no es la primera vez que

trabajo con universitarios radicales insoportables. ¡Así es como se construye el apoyo!

Abrazos.

Para mi siguiente video para Byron, esa noche narré una historia totalmente inventada sobre cómo se conocieron mis abuelos.

> Cuando mi abuelo conoció a mi abuela, supo que tenía que casarse con ella, pero su padre no lo permitió, así que entró marchando al pueblo en su caballo, la levantó y se la llevó. Ella se sentó en el caballo como un hombre. Mi abuela era la más hermosa del pueblo. Tenía el pelo oscuro y crespo y un aire melancólico que a mi abuelo le parecía irresistible.

Fui a la cocina para ponerle el video a mi abuela. Ella estaba lavando los platos y cerró el grifo para mirar.

—¡Catalina! ¡Nada de esto es verdad!

—¿Puedes probarlo?

—¿Probar qué?

—¿Puedes demostrar con pruebas documentales irrefutables que esto no pasó?

—Nooooo, tonta.

—¿Por qué no?

—¿Cómo podría un pedazo de papel demostrar que no me secuestraron en un caballo como un saco de arroz? ¡Eres tan tonta!

—¿Entonces es verdad?

Se rio.

—Eres tan, tan tonta.

Le sonreí, pero me sentí culpable por divertirme con mi abuela mientras mi abuelo sufría. Me sentí muy mal por él, dormido en el sofá. Lo desperté con suavidad y le dije que si no se iba a la cama se despertaría con dolor de espalda. Me besó la frente y se fue a su habitación.

—Voy a hacer más videos —le dije a mi abuela—. No hagas ruido.

La cámara era adictiva. Me gustaba su peso, la insinuación de un ser vivo en mi mano. Me grabé haciendo *playback* de Amy Winehouse y vi lo que había filmado. Odiaba mi cara, odiaba mi voz, odiaba mi cuerpo, me odiaba a mí misma por sentir una agitación ante mi propia imagen, atribuyéndole a Nathaniel, como una cobarde, el deseo que de manera tan notoria sentía hacia mí misma.

Subí los videos a Dropbox para Byron y luego le envié un enlace a Delphine. Por alguna razón tenía muchas ganas de que los viera. Incluso le envié un mensaje de texto para avisarle sobre mi correo electrónico que contenía el enlace de Dropbox. Y luego esperé. Durante horas. Estaba nerviosa. Claramente había hecho algo malo, pero no sabía qué. Solo sabía que era algo malo. Sabía que revelaba la desagradable verdad sobre mí, que era vanidosa, egoísta y también mentirosa. Finalmente, alrededor de las 11:00 p. m., le envié un mensaje de texto.

¿Recibiste mi correo?

Sí, lo recibí. Me pareció bueno.

Suenas un poco molesta.

¡Me pareció bueno! Me preocupa un poco que parezca un estereotipo.

¿Qué estereotipo? ¿La parte sobre el caballo?

No estoy segura de que este sea el mejor uso de tus talentos, querida.

Estaba destrozada, pero me lo tragué rápidamente.

Resultó que Delphine no estaba muy contenta con mi trabajo con Byron.

—Catalina, no puedes estar hablando en serio —me dijo cuando le conté del proyecto—. Sabes por qué te está ayudando, ¿no?

Lo sabía, lo sabía.

En la época de la nominación al Oscar, circuló por Internet una carta abierta dirigida a Byron. *El cariño de Wheeler por Suramérica intenta ser apolítico y, al hacerlo, rechaza las realidades actuales de los sujetos de los países que presenta al público occidental. Wheeler también estetiza y romantiza a América Latina sin mostrar ninguna conciencia de las realidades geopolíticas*. Delphine sospechaba que esto tenía algo que ver con su repentino interés por los indocumentados, pero me dijo que siguiera mi corazón.

Delphine, sol, ángel, CrossFit, se había propuesto como misión personal hacerme terminar la tesis. Yo era su proyecto. Nos reuníamos dos veces por semana para sesiones de trabajo en el café de la biblioteca, con los portátiles lado a lado para rendir cuentas, y los teléfonos guardados en las maletas debajo de la mesa. La odiaba por eso, pero a veces ayudaba. Había decidido escribir sobre el

capítulo del feminicidio en *2666* de Roberto Bolaño. No sabía si sería suficiente, pero al menos podría entregarle algunas páginas a Sandoval. Estábamos en medio de una de esas sesiones miserables cuando vi a Nathaniel caminando hacia nosotras.

—Oye, estaba pensando, vamos a esquiar este fin de semana —dijo.

Miré a Delphine. Ella no levantó la mirada.

—¿Dónde se puede esquiar en Boston?

—No, tonta. En Vermont. Reservaré un hotel. Yo manejo. Será muy divertido.

Nathaniel no había saludado a Delphine y Delphine no había saludado a Nathaniel y yo no sabía si esto era común entre extraños, o si se suponía que debía presentarlos, y si era así, ¿presentar a Nathaniel a Delphine le daría la impresión de que iba en serio con él? Me quedé ahí sentada en silencio, hundiéndome aún más en la incomodidad.

—No sé esquiar —protesté.

—Te enseñaré.

Se inclinó para besarme en la mejilla, se ajustó la maleta y se fue.

¿Sería terrible darle una oportunidad real? Nunca me había dejado sentir blanda en las manos de un chico, o me había rebajado a la fantasía de ser una chica para un chico, agua que está helada al principio y luego se calienta, clima realmente agradable y soleado, un día perfecto en la piscina. Entonces Nathaniel y yo somos jóvenes profesionales en forma, saludables y prósperos, tenemos nuestra propia vida, no nos vemos todos los días, pero tenemos una relación comprometida y monógama. Intentamos cenar juntos tan seguido como podemos, él viene a mi casa después del trabajo los jueves,

normalmente, que es cuando sus días de trabajo son más largos, y yo tengo una ensalada de berros preparada con mi vinagreta casera, no comemos mucho, últimamente casi no tengo hambre, él llega tarde y me folla en todas partes menos en la cama; atrapada en el momento, contra el lavaplatos de la cocina, le digo que se venga dentro de mí. Le digo que tomaré anticonceptivos de emergencia por la mañana, y en la oscuridad, Nathaniel susurra: *Tal vez podemos dejarlo así.*

Es la idea más estúpida del mundo. No quiero tener un bebé. Pero sí quiero tener *su* bebé, el de él, específicamente. Me gusta Nathaniel, y me gusta lo que dice de mí el hecho de que me guste Nathaniel. Quiero que me escoja, y me escoge. Me trae teteros de leche caliente en medio de la noche. Para el bebé. No sé si Nathaniel entiende lo que le estoy ofreciendo, que es la licencia para matarme. Cuando la enfermera me entrega a nuestro bebé, Nathaniel se para frente a nosotros y nos mira con mucho amor. Es importante destacar que no mira primero al bebé. Le besa la cabeza, pero no me quita los ojos de encima. Miro a nuestro bebé, exhausta, con un halo sobre mi moña despeinada. Había creado una vida.

Pasamos noches sin dormir. Tenemos ayuda, somos muy afortunados de tener ayuda, pero quiero hacerlo yo misma, soy muy práctica, soy una madre muy práctica, y Nathaniel es un padre muy práctico, pero ambos somos jóvenes y somos solo dos niños que intentamos hacer esta cosa llamada vida, algunos días sobrevivimos solo con cereal y, a veces, mi abuela viene y saca a pasear al bebé para que yo pueda hacer algunas tareas básicas y todo el tiempo que se supone que debería estar lavando la ropa o guardando los platos, le estoy haciendo una mamada a Nathaniel en la ducha.

Cuando amamanto al bebé, Nathaniel se recuesta al final de la cama y lee Joyce boca arriba y luego se voltea hacia mí, me mira de forma lasciva, siguiendo las venas de mi pecho hinchado por la leche, el pezón irritado que entra y sale de la boca del bebé. Deja el libro y gatea hacia mí. Dejo a un lado a la criatura.

Cuando vuelve a casa caminando desde el bus escolar, me alegro de ver a mi hijo de mejillas rosadas y noto lo mucho que se parece a su padre. Me casé con un buen hombre. Sus padres piensan que se casó con una chica muy buena. Eso es lo que dicen. *Nuestro hijo se casó con una chica estupenda*. Rara vez vamos a las bodas de nuestros amigos, pero cuando lo hacemos, paramos en un hotel cinco estrellas y hacemos de todo menos heroína. Bueno, él no. Nathaniel se abstiene. Le gusta verme así, cada vez más desinhibida. Digo algo deplorable y me pide que se lo aclare, sabiendo muy bien que nunca sé lo que quiero decir, por si acaso revelo algo sobre mí a lo que me aferraría más si estuviera sobria. Nada de lo que haces en un hotel cuenta. Nathaniel siempre dice que no tiene deseos ni fantasías inexplorados y yo le digo "Mira, está oscuro, la puerta está cerrada, no hay nadie aquí, nadie tiene por qué saberlo". Me mira con ternura, como solía mirarme cuando éramos novios en la universidad y me decía que le gustaba cuando me ponía mi vestido amarillo. Nos duchamos por la mañana. Nos vemos limpios, olemos a jabón y perfume caros, usamos piyamas coordinadas y joyas de oro de buen gusto. Lujosas pero reservadas. Me besa en la mejilla mientras me lavo los dientes y me abraza por detrás. Apoyo mi peso sobre su pecho, inclino la cabeza hacia atrás para ver ese hermoso rostro y hundo mis tijeras para cutículas en el lugar aproximado de su bazo.

—Primero haces una película de pornotrauma con el papá, algo que dijiste que nunca harías, ¿y ahora vas a *esquiar* con el hijo? ¿A *esquiar*? Esquiar no suena muy tú. ¿Estás segura de que no estás tratando de cambiar solo para que le gustes a este chico blanco?

No podía escuchar lo que Delphine decía porque todavía estaba soñando despierta. Hasta ahora había ido a los siguientes estados: Massachusetts, Nueva Jersey, Connecticut, Nueva York y Pensilvania. Ahora iba a ir a Vermont. Estaba emocionada, pero no se lo confesé a Delphine y nunca, jamás, se lo diría a Nathaniel. Pero sí le conté a mi abuela.

—¿Vas a ir a Aspen? —preguntó mi abuela.

—No, a Vermont.

—Ah, ¿por qué no a Aspen?

—¿Cómo que por qué no? Porque vamos a ir a Vermont.

—Mariah Carey va a Aspen todos los años. Hay un video de ella saliendo de un restaurante en Aspen con un abriguito negro cortado a la cintura, cuello de piel, probablemente de piel de verdad, ya sabes lo que pienso de eso. ¡Pero el caso es que llevaba tacones de aguja! ¡Sus guardaespaldas tuvieron que agarrarla de un brazo cada uno y ayudarla a caminar! ¿Quién camina en la nieve con tacones de aguja?

—Mariah.

—¿Sabías que es hispana? Su papá es un venezolano negro. Bien por ella —se le volvió más suave la voz—. No tienes un buen abrigo.

—El que tengo está bien.

—No, Catalina, no está bien. Pareces una indigente. Voy a depositar algo en tu cuenta bancaria para que tengas un poco de dinero extra para lo que surja.

—Ay, gracias, abuela.

—No olvides traerme un recuerdo —dijo emocionada—. Como un imán.

El viaje en carro por Vermont fue muy escénico. Los árboles de hoja perenne estaban cubiertos de nieve virgen y el cielo era de un blanco lechoso. Se veía tan frío como estaba. ¿Qué puedo decir de New England después de una nevada que Dickinson y Frost no hayan dicho antes o mejor? Miré a Nathaniel y sentí que las mejillas se me llenaban de color. Era hermoso.

—¿Qué dicen tus amigos de mí? —pregunté.

—¿Cómo así? ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Tengo curiosidad.

—"Las chicas hispanas son pequeñas y muy sexuales", ya sabes, la cosa con Carmen Miranda, orientalismo —bromeó.

—Ah, sí —dije—. Edward Said.

Paramos en una gasolinera para echar gasolina y comprar algo de picar. Me quedé pensando un momento. Nunca había ido a esquiar, no tenía ni idea de lo que implicaba y no sabía cuánto dinero había puesto mi abuela en mi cuenta bancaria. Tendría que tomármelo con calma.

—Oye —dijo Nathaniel y me tocó suavemente la espalda. Sostenía una gran botella de agua Evian y un poco de Chex Mix.

Le sonreí y saqué un Gatorade azul de la nevera. Cuando fuimos a pagar, Nathaniel dijo: "Yo pago", con la billetera ya afuera. No había tiempo para discutir. Pidió un paquete de condones, sin decirme nada, lo que me hizo sentir avergonzada y adulta. La suavidad y la brusquedad del gesto en una autopista a las tres de la tarde fueron

impresionantes. El tipo detrás de la caja registradora era mexicano. Evité el contacto visual con los dos hombres.

Llegamos a nuestra cabaña a las cuatro de la tarde. Apenas logramos llevar nuestras cosas adentro y cerrar la puerta cuando comenzamos a besarnos.

—No digas nada, no digas nada —me susurró, quitándose todo. Caímos al suelo. Me subí encima de él y desde esa posición le vi la cara, como de una vieja publicidad de Tommy Hilfiger. Tenía miedo de que Nathaniel me dijera que me amaba cuando se viniera. Me sentiría muy avergonzada si lo hacía y sostuve su cara entre mis manos todo el tiempo, esperando que lo hiciera. Sus rizos castaño oscuro entre mis dedos se sentían como si tuviera una muñeca American Girl que podría regalarle a una niña menos afortunada cuando ya no la quisiera. Lo besé con profunda concentración, con la intención de que supiera lo buen hombre que pensaba que era, preguntándome si me ahorcaría si se lo pidiera. Lo había deseado por tanto tiempo. Él era el ala romana del Met, y yo quería cortarlo con un cuchillo.

La luna estaba en pleno, la puta luna, ruidosa como el infierno, forzando su luz en mi cara. Nathaniel buscó a tientas un condón mientras yo esperaba con los ojos cerrados. Usé las manos para sentir la parte de su cara en la que me gustaba pensar a veces, que parecerá masculina si digo mentón y femenina si digo pómulos, pero en su cara eran ambas. No quería las partes animales de esto. La película, eso también era sexo.

Se quedó dormido encima de mí. Yo era demasiado joven para que los hombres se durmieran encima de mí. Todo se sentía dolorosamente reflexivo. A veces pensaba en cuántos hombres se

habrían masturbado pensando en mí a lo largo de mi vida y esperaba que la cifra fuera realmente alta, que llegara a todos los grupos demográficos, que fuera sucio, excitante y tabú, pero no me gustaba pensar en hombres individuales masturbándose, hombres estúpidos, hombres feos, hombres sin talento, hombres cuyos talentos me parecían aburridos o superfluos, hombres que se creían muy divertidos, hombres que parecían forzados, de alguna manera. No quería pensar en lo joven que era cuando entré en su cabeza de esta forma, si fue un día cuando estaba triste, si me los habían presentado como hombres seguros, encargados de guiarme cuando me les acercara más pequeña e impotente, como un profesor o el taxista que me llevó a la estación de autobús a las 3:00 a. m. mientras dormía en el asiento de atrás. Traté de no pensar en eso. Pero lo pensé, lo pensé, lo pensé.

Había un Denny's al otro lado del parqueadero. Me vestí rápidamente, me puse mi vestido amarillo pálido y cogí la parka de Nathaniel. Estaba profundamente dormido. Lo besé en la frente, luego me escabullí y crucé el parqueadero hasta el Denny's, desesperada por hacer algo que no pudiera deshacer. Me senté al lado de un tipo en una cabina, no frente a él. Se veía solitario. La gente solitaria está dispuesta a todo. Pedí un café y panqueques, luego me recliné contra el asiento de modo que nuestros brazos se tocaran. Vi que le gustaba. Entonces relajé el cuerpo de modo que su brazo derecho rozara mi pecho izquierdo y no me aparté, sabía que lo único que tenía que hacer para encender la mecha era no detenerlo. Se abrió paso por debajo de mi vestido y luego dentro de la ropa interior que Nathaniel había llamado lencería no mucho antes, esperando unos segundos antes de empujar sus dedos dentro

de mí. Me quedé mirando la pantalla de mi BlackBerry, con cuidado de no hacer ningún ruido.



—¿Qué es esquí nocturno? —pregunté cuando salí de la ducha y encontré a Nathaniel vestido con su ropa de esquiar, dando vueltas de emoción en sus calcetines.

—Es muy divertido, te encantará. Aunque es mejor que te seques el pelo. Hace mucho frío y se te podría congelar.

—Oh, okay, me secaré el pelo. Definitivamente quiero ir contigo, pero solo a mirar, si te parece bien.

—¿Por quéeee? ¿No quieres ir?

Sacudí la cabeza y arrugué la nariz. Le había dicho a Nathaniel que iría a esquiar con él, pero no le dije que intentaría *aprender* a esquiar. Ir a esquiar se refiere a toda la *experiencia*, la nieve, el refugio, los éxitos del Top 40 que salen de unos altavoces que no se ven, el *outfit*. ¿No? Él tampoco se lo creyó. Yo no tenía ningún deseo de esquiar. Esquiar implicaba jugar con las probabilidades, por mínimas que fueran, de caerse mal y romperse el cuello o la columna y quedar paralizada. Quedarme paralizada, atrapada en mi cuerpo con el cerebro intacto, bajo el cuidado de mis abuelos, era el escenario más horrible que pudiera imaginar.

—Ven. No seas aguafiestas. Al menos inténtalo.

—Sé que no voy a ser muy buena y no me gusta hacer cosas para las que soy mala.

—¿Por favor? ¿Por mí?

—No —dije, sorprendida por la implicación.

—Te sientes demasiado *cool* para esquiar, ¿es eso?

Lo pensé.

—Más o menos —dije de mala gana.

—Está bien —dijo él, alejándose.

Me quedé estupefacta. ¡Era un chiste! Más o menos. Salí pisando fuerte en la dirección opuesta, en dirección al refugio. Sentí alivio de encontrar un restaurante casi vacío en el último piso. Cogí una mesa en la esquina y pedí un pedazo de cheesecake y un martini, la comida y bebida adecuadas para después de una pelea en una cabaña. No tenía más que mi teléfono, el iPod y la billetera, y mi teléfono no funcionaba. Había perdido la señal hace muchos kilómetros. Rezando para que estuviera cargado, saqué el iPod y busqué la grabación del elenco original de *Rent*.

Una familia se sentó en la mesa de al lado, a pesar de que todo el piso estaba vacío, y ofreció un gran espectáculo de felicidad doméstica. La pequeña, una niña con un vestido rosado de princesa y pelo crespo grasiento, se veía feliz. Pensé: *¿Por qué ella? ¿Qué tiene esta niña que hace que a los estadounidenses blancos se les haga agua la boca incluso ante el escenario hipotético de tener que usar un arma para protegerla? ¿Dónde está la guerra que se libra ilegalmente en mi nombre?* Los padres de la niña hicieron lo que la gente hace: devolver la comida a la cocina, no dejar hablar al mesero, interrumpirse mutuamente, eructar. No eran nada especial. Esto era lo más humillante de todo. El resto del mundo es saqueado y bombardeado para que los blancos ricos puedan comer ensalada César juntos y ser insulsos.

Nos alistamos para regresar a Boston temprano la mañana siguiente, antes de que sirvieran el desayuno en el refugio, dizque para evitar el trancón. Nunca habíamos pasado tantas horas juntos y

noté la irritación de Nathaniel cuando le hacía demasiadas preguntas sobre sus encuentros con varios animales. No, no había visto bisontes. Sí, había visto muchos, muchos venados. Por supuesto que había visto osos. ¿Quién *no* ha visto un mapache? Había visto marmotas pasar muy rápido, seguro. No es que anduvieran por ahí. Aproximadamente una hora en el camino, paramos a echar gasolina y Nathaniel entró en una pequeña tienda de comestibles para comprar algo para picar. Estábamos muertos de hambre. Esperé en el carro. Me sentía cómoda viajando en el asiento de copiloto. Siempre me han gustado los viajes largos en carro. Nathaniel regresó con dos hamburguesas con queso envueltas en papel aluminio y un café para él y un batido de fresa para mí. Me sentí como en un enjambre de mariposas.

—Qué locura —comenzó, saliendo del parqueadero—. Estaba en la fila para pagar y se estaba demorando una eternidad y vi que la persona que no dejaba avanzar la fila era una señora que estaba pagando sus cosas con cupones de comida, bien por ella, pero luego miré lo que estaba cobrando la cajera y eran *varios*, como más de uno, cortes de carne muy caros.

—¿Me estás jodiendo? —dije lentamente, pronunciando cada palabra.

Nathaniel me miró rápidamente, buscando en mi cara pistas sobre cómo interpretar mi tono.

—¿Te parece bien ser tan cliché? —continué.

—No entiendo a qué va esto —dijo con cuidado, con los ojos pegados en la carretera congelada.

—Mi familia recibía cupones de comida, ¿sabías?

No era verdad. Nadie en mi familia podía recibir cupones de comida debido a nuestro estatus legal.

—Perdón por haber dicho algo hiriente y me alegra mucho que tu familia haya podido beneficiarse de los cupones de comida, pero estoy hablando de algo completamente diferente. No estamos hablando de leche y huevos.

—No se llaman cupones de comida, por cierto, *imbécil* — dije, ahora entre lágrimas calientes y furiosas—. Se llaman EBT.

—Está bien, EBT, nena, esto es ridículo. Dejemos de pelear.

Era la primera vez que me llamaba nena.

—Vete a la mierda, Nathaniel.

—No me gusta que me insultes.

—No me gusta nada de ti en este momento.

—Oye, oye, oye, Catalina, respira —dijo—. Tranquilízate, solo respira.

¿Cuándo ha funcionado eso?

La forma como te botas de un carro en movimiento es esperar hasta que vayas a menos de 50 km/h, imaginarte que eres una rana, protegerte la cabeza, saltar y rodar. Obviamente te vas a lastimar. Hace parte de la diversión. Antes de subirme a un carro con un hombre, miro el seguro para niños escondido en el costado de la puerta y lo desactivo. Nunca estoy dentro de un carro cerrado con un hombre. Tenía el cuerpo cubierto con varias capas de ropa (medias debajo de los jeans, un suéter peludo debajo del abrigo, guantes), pero mi cara estaba expuesta y el pavimento me arañó el mentón, las mejillas y la nariz mientras rodaba hacia el costado de la carretera. ¡Mi cara! ¡Mi hermosa cara!

Nathaniel detuvo el carro y corrió.

—¡Qué putas! —gritó—. ¡Qué putas!

—Estoy bien —dije, levantándome rápidamente para demostrar lo bien que estaba. Estaba mareada—. Llévame a casa.

—Qué putas, Catalina, tienes sangre por toda la cara. Debería llevarte al hospital.

—No me rompí nada. Por favor, llévame a casa.

Hablé con un temblor de cachorro de criadero. No pudo decir que no.

Condujimos el resto del camino en silencio.



A la mañana siguiente, en el Peabody, Isabella Gomes tenía un quipu tendido sobre la mesa para mí. Era un quipu funerario en préstamo de un coleccionista privado. Claramente había llegado a nosotros a través de los esfuerzos de un ladrón de tumbas. Se encontró alrededor de la cintura de un montañés fallecido en Perú. Se encontraron muchos quipus en mausoleos. Los españoles no buscaron ahí, pero los arqueólogos sí. El quipu se veía tan pequeño y sediento, tan merecedor de un descanso bajo la sombra de un árbol.

Dudé.

—Está bien, puedes acercarte, incluso puedes tocarlo si te pones estos guantes.

Señaló la caja.

No se sentía bien.



Como había ignorado sus correos electrónicos durante semanas, y la dejé plantada la última vez que se suponía que nos íbamos a encontrar, cuando la profesora Sandoval me envió un correo electrónico fáctico en el que me invitaba a tomar un café en Finale en algún punto de esa semana, y me amenazaba con venir a mi dormitorio si no aparecía y arrastrarme hasta allá ella misma, fui.

—Toma —comenzó la profesora Sandoval, empujando una bolsa ziplock llena de bolsitas de té sobre la mesa—. Esto es lino, flor de tilo. Lo bebo todos los días. Se parece a la manzanilla, ayuda con el estrés.

—Gracias —dije, avergonzada y sorprendida por lo pronto que me dieron ganas de llorar en la conversación. Me di cuenta de que ella evitaba comentar algo sobre los rasguños de mi cara.

La mesera se acercó a nuestra mesa.

—Solo quiero un capuchino, gracias —dijo la profesora Sandoval.

—¿Me podría traer un chocolate caliente, por favor? Eso es todo, gracias.

—Compartamos algo, ¿qué te parece? La torta de zanahoria se ve bien, o la sinfonía de chocolate, suena divertida. Tal vez demasiado chocolate. ¿Será que pedimos una torta de zanahoria? O no. Sí, la torta de zanahoria, gracias.

Le sonrió cálidamente a la mesera.

Me imaginé que Delphine se había puesto en contacto con la profesora Sandoval y le había dicho algo, tal vez que estaba preocupada por mí, tal vez algo sobre mi abuelo y, por defecto, como mi asesora de tesis ella era la profesora más cercana. Me sentí muy culpable por decepcionar a Sandoval. Harvard no había admitido a estudiantes indocumentados durante mucho tiempo y

cada uno de nosotros era como un conejillo de indias para ellos. Era mucho lo que dependía de mí para que me fuera bien aquí.

Saqué un ensayo de una carpeta rosada metalizada en mi bolsa de tela. Estaba grapado en la esquina izquierda y ligeramente perfumado.

—¿Es tu reseña literaria?

Ambas sabíamos que no lo era.

—Es nuevo. Es un escrito corto sobre el capítulo de feminicidios en *2666*.

—No sé por dónde empezar —dijo con calma, con los ojos alternando entre mirar la torta y mi ensayo.

Entonces sacó un bolígrafo y una agenda de su cartera, escribió algo en un papel, lo arrancó y me lo pasó por encima de la mesa.

Dolores Araya

—¿Quién es Dolores Araya?

—Es mi psicóloga.

—Okay…

—Es chilena y no la cubre el seguro de Harvard, pero si vas a verla, estoy segura de que aceptará algún tipo de acuerdo. Me gusta mucho. Trabaja con los hijos de los desaparecidos.

—No sé qué decir.

—Prométeme que la buscarás.

—Te lo prometo —dije.

Ambas sabíamos que no la buscaría.

Cuando la profesora Sandoval me dijo que necesitaba terapia, sentí vergüenza porque era una profesora la que me decía que había

hecho algo mal. Así lo interpreté. No había cuidado mi lado de la calle y estaba llamando la atención. La psicóloga iba a decir que se trataba de mis padres y de mi tío muertos, tal vez de mi tía que todavía estaba viva en Ecuador haciendo esto y lo otro sin mí, comiendo ensalada y yendo a cortarse el pelo y tejiendo frente a las noticias. Yo era demasiado bonita, inteligente e interesante como para ser una presa tan fácil, ¿te imaginas?



Byron no estaba exactamente impresionado con el material que le había enviado de lo que pensaba sobre Mariah Carey, mis mamíferos norteamericanos favoritos y la historia de amor de mis abuelos, ¡pero me envió un correo electrónico para *decir algunas cosas buenas aquí*! y sentí que algunas cosas le parecieron divertidas. También le envié un correo con un enlace a un tablero de Pinterest que había titulado "Mi mente". Incluía imágenes de todo lo que me inspiraba: la aurora boreal, los jeans de Bruce Springsteen, Kate Moss saliendo de las discotecas, Diego Luna en *Y tu mamá también*, las chicas con flequillo, los pájaros de parqueadero, el arte en la espuma del café. Byron confirmó la recepción.

La preproducción llegó y se fue y antes de que me diera cuenta, era 4 de marzo, el día de la visita de Byron y también era el 4 de marzo más frío y ventoso en veinte años. Harvard no permitía que se filmaran películas o programas de televisión en el campus, pero Byron esperaba que pudiéramos salirnos con la nuestra al resaltar que no usaría tomas del exterior, y el interior de mi dormitorio parecía el interior de cualquier dormitorio universitario genérico.

Me fui a dormir a las 4:00 a. m. la noche anterior, en parte porque estaba limpiando a fondo mi habitación y en parte porque no podía dormir. Me desperté con migraña y dolor de cuello. Me levanté de la cama sin pensar y pisé los audífonos; los rompí. Eran marca Beats. Mi abuelo se los había comprado a uno de sus amigos, un obrero mexicano de veintisiete años, fanático de la moda, que no le gustaban. Que me gustara el rock and roll era uno de los pocos hechos fundamentales que mi abuelo sabía sobre mí y eso lo enorgullecía, le contaba a todo el mundo que me gustaba el rocanrol, así es como le decía. Cuando los rompí, sentí una oleada de vértigo y una profunda vergüenza, como si hubiera insultado a mi abuelo y lo hubiera denunciado ante ICE yo misma. Vomité, me lavé los dientes, vomité de nuevo y me lavé los dientes de nuevo. Luego bajé corriendo las escaleras para dejar entrar a Byron y a su camarógrafo.

—Hola, te ves bien —dijo Byron, cargando bolsas de tela con equipo fotográfico. Me presentó a Ryan, su camarógrafo.

Miré mi reflejo mientras los tres pasábamos por el espejo de la recepción. Tenía unos jeans negros ajustados con un leotardo negro debajo. Me recogí el pelo hacia atrás con una cinta negra y me cubrí los raspones aún visibles en la cara con corrector. ¿De verdad no me veía tan enferma como me sentía?

Los dejé pasar a mi habitación.

—Esta es —dije con los brazos abiertos.

Mi dormitorio era un dormitorio individual de cuarenta y cinco metros cuadrados con una cama sencilla contra una pared, un escritorio de madera pequeño contra la pared opuesta y una estantería en el medio. Mi cama estaba muy bien tendida con un

edredón con estampado de margaritas y sábanas y fundas de almohada a juego.

Ryan puso una pila de cajas de embalaje en el suelo y empezó a ordenar los libros de mi estantería.

—¿Tendré tiempo de ir al baño rápidamente mientras se alistan?

—Por supuesto. Haz lo que tengas que hacer.

El baño estaba al final del pasillo y tuve suerte de encontrarlo vacío. Bajé mi neceser donde había escondido una botella de jugo de arándanos con vodka antes de la visita de Byron. Bebí uno, dos, tres buenos tragos grandes, me atoré y tuve arcadas horribles, me enjuagué la boca con enjuague bucal y me volví a echar brillo en los labios.

De vuelta en la habitación, ellos todavía se estaban acomodando, atornillando luces y probando micrófonos.

Me posicioné rígidamente en el escritorio, donde Ryan había dejado un cuaderno abierto y un bolígrafo. Utilería. Estaba tan consciente de la cámara.

—Comenzaremos a filmar ahora, Catalina —dijo Byron—. Te haré algunas preguntas para comenzar, para facilitarnos el proceso, mientras ajustamos las especificaciones y tratamos de que estés perfecta.

Había imaginado que cuando la cámara me estuviera enfocando, sabría instintivamente cómo mover el cuerpo, una Naomi Campbell haciendo algún trabajo de actuación en su tiempo libre. Pero no fue así. Me cohibí tanto por las expresiones que estaba haciendo o dejando de hacer que olvidé por completo cómo funcionaban las caras. Tuve que generar manualmente los pensamientos que me movían la cara y el cuerpo. Tuve que obligarme a parpadear.

—Catalina es un nombre muy bonito. ¿De dónde viene?

—Es de una canción llamada "La Catalina".

—¿Ecuatoriana?

—Me sorprende que no lo sepa.

—¿Es famosa?

—No lo sé. Pero parece que usted sabe todo lo que yo sé.

—Te voy a hacer algunas preguntas. Puedes saltártelas si quieres o podemos volver a hablar de algo más tarde.

Asentí.

—¿Te sientes americana?

Me distrajo el operador de cámara. Ryan. ¡Ryan, amigo! Ryan tenía más de setenta años. Se veía bien. Traté de adivinar cuánto dinero ganaba. Me pregunté si sus padres estaban muertos y, si aún estaban vivos, me pregunté cuál era su secreto. ¿Beber cerveza y hacer el amor? Eso es lo que siempre dice la persona más vieja del mundo cuando la entrevistan una vez al año cerca de Año Nuevo. Me pregunté si Ryan había conocido alguna vez a RuPaul.

—¿Catalina? ¿Estás ahí?

—Nací en Suramérica, ahora vivo en Norteamérica, sería difícil no sentirme americana, así que sí, me siento, porque por definición lo soy.

Normalmente no me daba cuenta de mi cuerpo a menos que estuviera herido o fuera admirado. *Ten cuidado, debes tener más cuidado con tu cuerpo,* me regañaba mi abuela, pero *tener cuidado* no es algo que se pueda practicar. Me movía por el espacio físico como un carro a control remoto controlado por un niño. A veces se me olvidaba lo que significaba tener un cuerpo. Pero ni por un segundo olvidé que la cámara estaba ahí.

"¿Podrías pararte junto a la ventana? A ver cómo estás junto a la ventana. ¿Tienes una maleta? ¿Puedes agarrar tu maleta? Pon un par de libros dentro para que no se vea plana. Bien, ponte la maleta, usa ambas correas. Párate junto a la ventana, mirando hacia afuera, pero date la vuelta como si estuvieras hablando con un amigo. ¿Puedes poner la mano en la ventana? Ven, ven y te muestro".

Se acercó y me agarró la mano, me sacudió el brazo de arriba a abajo, de arriba a abajo, y dijo:

—Relájate, relaja este brazo.

Cerré los ojos y relajé el brazo, dejando que él me abriera los dedos en puño.

—Intentemos empacar.

Según el primer punto de inspiración de Byron, hoy fingiría empacar mi habitación. El suelo estaba duro y frío, así que tendí un tapete de yoga rosado que compré durante mi primer año para todo el yoga que planeaba hacer. Me senté con las piernas cruzadas.

La mayoría de mis pertenencias eran novelas. Antes de Harvard, nunca había tenido una estantería en mi habitación. Los últimos cuatro años habían sido una bendición. Tenía mi propia cama, mi propia estantería, mi propia puerta con dos cerraduras. Pero no le dije eso. Eché los hombros hacia atrás y me concentré en hacer que mi estómago pareciera lo más plano posible.

El primer libro que bajé fue *La autobiografía de Alice B. Toklas*. El segundo fue *El león, la bruja y el armario*. El tercero fue *Las venas abiertas de América Latina*. No fue a propósito. La única razón por la que tenía ese libro en primer lugar fue porque Nathaniel dijo que era su libro favorito y me lo dio.

—Espera, ¿es ese *Venas abiertas*?

—Sí, pero esta copia está en inglés.

Me encanta ese libro. Está bien, guárdalo y luego sácalo de nuevo. Hagámoslo unas cuantas veces.

No tenía ninguna duda de que a Byron Wheeler le encantaba este libro, y estaba ansiosa por escuchar la historia de su lindo encuentro y cómo se enamoró de América Latina.

Como me indicaron, volví a poner el libro en el estante y luego lo volví a poner en la caja, luego otra vez en el estante, como esos gatitos de juguete que salen cuando pones una moneda de veinticinco centavos en la cajita.

La verdad es que nunca he leído *Las venas abiertas de América Latina*. Había algo en la reseña de Hugo Chávez en la portada que me desanimaba. Mi abuelo no quería a Hugo Chávez, pero a menudo me ponía videos de sus discursos desde los balcones venezolanos para enseñarme oratoria, un arte perdido, en su opinión. Era la cadencia de un dictador, y mi abuelo la podía imitar perfectamente. En todo caso, otra cosa que me impedía leer el libro es que Nathaniel me dijo que lo leyera y no me gusta cuando los chicos me dicen qué leer.

Al final, los brazos se me cayeron flácidos a los costados. Dejé caer el libro. Estaba arrodillada sobre mi tapete de yoga, no temblaba ni nada, pero algo estaba mal.

—¿Catalina?

Me sentía atrapada en mi cuerpo. No podía moverme. No podía llorar. No podía hablar. Byron se me acercó.

—Oye —dijo, su mano sobre mi hombro—. ¿Estás bien?

Mi cara se arrugó para llorar, pero la contuve y respiré profundamente para tratar de calmarme.

—Está bien, estoy bien —dije.

Una y otra vez dije: "Okay".

—Okay —dijo aliviado—. ¿Podemos seguir filmando?

No respondí. La cámara siguió grabando mientras Byron se ocupaba de las luces. Ponía láminas azules transparentes en las lámparas. Empecé a llorar como un cerdito.

Cuéntanos qué es lo que más te gusta de tu abuelo.

¿Qué recuerdos tienes de Ecuador?

Catalina, ¿qué es lo más difícil de ser una Dreamer?

¿Quién es tu Beatle favorito?

—George [hipo] Harrison —gemí.

No quería morirme sin responder.

Y así fue durante un rato. No sé si pasaron cinco minutos o cincuenta. Me rescató una de las trabajadoras del comedor. Martha era irlandesa y de Jamaica Plain. Sospechaba que era republicana. Martha tenía un pelo rojo brillante que siempre parecía recién teñido, se ponía un pequeño crucifijo de diamantes alrededor del cuello y me mostraba fotos de sus nietos, y por nietos se refería a todos los perros y gatos callejeros que su incorregible sobrina no dejaba de encontrar en la calle y en los refugios de sacrificio, y que traía a casa para Martha.

—Ten en cuenta que no tengo un colchón extragrande, ¿okay? Tengo tres perros, y todos quieren dormir en mi cama, por supuesto, y siete gatos. ¡Siete gatos! Le digo a mi sobrina: "¡Estás loca! ¡Estás loca!". Pero la amo y también soy blandengue, entonces, me hago la de la vista gorda, ¿sabes?

Martha casi siempre se sentaba en la entrada del comedor de mi dormitorio, donde escaneaba nuestras identificaciones, entonces la

veía casi todas las mañanas y a primera hora de la tarde. Tuvo un asiento en primera fila en mi estado emocional, más que la mayoría de la gente, y sabía que yo le caía bien porque cuando me vio encorvada frente a mi portátil en el comedor a las 5:30 a. m. por segunda vez consecutiva, apenas acababa de entrar, la cocina ni siquiera estaba abierta todavía, me preparó un café con crema y azúcar y me lo llevó mientras negaba con la cabeza y se veía genuinamente enojada.

—¿Dos noches seguidas? ¿Vas a hacer esto dos noches seguidas?

La gente de mi dormitorio tenía la costumbre de llevarse la comida a su habitación y luego dejar los platos, tazas y cubiertos en el pasillo como si estuviera en un hotel. Como si estuviéramos en un hotel. Al final, llevábamos la vajilla de vuelta, plato por plato, taza por taza, pero a veces Martha oía al personal de la cocina quejarse de una misteriosa escasez de cubiertos, y perdía la paciencia y los recogía ella misma. Ese día, Martha estaba haciendo la ronda, empujando un carrito negro, recogiendo nuestro desorden.

Martha se detuvo junto a mi puerta abierta y vio rápidamente la escena.

—Disculpe —le dijo con firmeza a Byron Wheeler—. ¿Tiene una identificación de Harvard?

—No, ella nos dejó entrar, somos amigos de Catalina, soy cineasta…

—Okay. Si no tiene una identificación de Harvard, no puede estar aquí.

—Ella nos dejó entrar.

—Entiendo, pero ¿tiene una identificación de Harvard?

—No, no soy estudiante. Soy un exalumno. Mire, estoy tratando de ayudarla.

—Es una pregunta de sí o no, señor. ¿Tiene una identificación de Harvard? Si no la tiene, no puede estar aquí.

Byron parecía horrorizado, pero él no tenía una identificación de Harvard, y yo sí, y ya no quería que estuviera ahí. Observé mientras ella los escoltaba a la salida.



Llovió todos los días en marzo. Puede que el sol saliera y se pusiera, pero no tenía ningún impacto en la apariencia del cielo, que estaba ahumado y gris las veinticuatro horas del día. Me sentía tranquila, pero mi cuerpo estaba agitado y los días que llovía torrencialmente, salía y ponía la cara hacia el cielo invitando a que la lluvia me golpeara. No tenía fuerzas para hablar con nadie. Me retiré al museo. En la Bóveda podía ocuparme durante horas con objetos que tampoco querían hablar.

Josh me envió un correo electrónico para decirme que, con la moción de reapertura radicada, sería probable escuchar la decisión del juez de inmigración en mayo. No quería hacerme ilusiones ni nada, pero estaba esperando un milagro. Los milagros me sucedían todo el tiempo. Le recé a Dios para expresarle gratitud por todos mis privilegios y bendiciones y, por cierto, para pedirle un condenado favor enorme. Le ofrecí a Dios tantas cosas. Le ofrecí renunciar al chocolate, le ofrecí renunciar al pan, le ofrecí vestirme de manera más modesta y ser menos vanidosa, más interesada en Su gloria y no en la mía. Le ofrecí a Dios mi primogénito. Le ofrecí a Dios mi propia vida en forma de martirio cristiano. Podría cortarme el pelo,

quitarme los senos, negarme a tener sexo con hombres, negarme a casarme con el rey. Aun así, sabía que existía una posibilidad real de que mi abuelo no estuviera en mi graduación, entonces los invité a la inauguración de *El quipu y sus infinitas posibilidades*. Si se perdía mi graduación, no vería nada de la pompa y solemnidad de la ceremonia de graduación de Harvard, una celebración que duraba varios días y en la que participaban hombres con sombreros de copa, trajes de gala en abundancia, hombres uniformados a caballo, operaciones del Servicio Secreto, loros… y poder contemplar todo esto a totalidad podría hacer que todos sus años en este país valieran la pena. La inauguración de la exposición de quipus no era eso, pero era el único espectáculo de Harvard que podía ofrecerle. Habría discursos y vino.

El viernes antes de las vacaciones de primavera, mis abuelos tomaron el autobús de Chinatown desde Nueva York. Mi abuela lucía divina con un vestido largo y ajustado de pata de gallo, perlas vintage, un pequeño bolso plateado brillante y chanclas. Llevaba su par de zapatos favoritos, unos merceditas de tacón alto con hebillas plateadas gruesas, en su cartera. Mi abuelo se veía como mi abuelo. Llevaba una camiseta de Harvard planchada y almidonada metida en unos jeans Wrangler resistentes. Se afeitó y se peinó el pelo todavía muy espeso y parcialmente gris hacia atrás, hasta dejarlo ondulado.

A mis abuelos les encantaba ir a Harvard. Cuando llegaban al campus, corrían a la librería y se abastecían de mercancía de Harvard. Mis abuelos estaban orgullosos de que yo estuviera en Harvard, y gran parte de ese orgullo tenía que ver con la seguridad que brindaba el reconocimiento casi universal de la marca. Harvard era tan grande como Nestlé y Coca-Cola, tal vez más. Mis abuelos

ahora poseían algo que muchos ciudadanos estadounidenses querían, algo valioso y raro que había eludido a otros, pero no a ellos. Pero verlos llevar cualquier mercancía de Harvard me destrozaba. Cuando mi abuela se ponía la gorra de béisbol HARVARD GRANDMA, se movía de manera diferente, era más alegre y risueña, relajada. Sospechaba que la gente era más amable con ella cuando se ponía mercancía de Harvard. Quizás la gente reconocía su presencia en un ascensor y decía: *Buenos días, señora. ¿A qué piso va?*

La exposición se llevaba a cabo en el cuarto piso, el ala latinoamericana. Bajo la dirección y el poder estelar de la doctora Murphy, la exposición se había concebido como una celebración multimedia del quipu. En el fondo, cerca de la exposición del Día de los Muertos, que duró un año, se encontraba un conjunto de flautas peruanas compuesto por cinco hombres con ponchos, cinturones bordados y chullos, el gorro tejido andino con orejeras, que tocaban flautas de pan y charangos. Una instalación incluía un televisor que reproducía un video llamado *El sonido de un recuerdo olvidado*, que sonaba como una estática penetrante. Se escuchaban risas y fotografías con *flash* provenientes del fotomatón, donde se invitaba a los visitantes a posar junto a un quipu de tamaño humano hecho de lana de alpaca.

Algunos quipus parecían lluvia de cabello de ángel, otros parecían móviles para bebés, algunos parecían collares festivos, algunos como tres pequeños duendecillos con una gabardina escondidos debajo de un montón de pelo. Simpatizaba con los descifradores de códigos. Imagina estar tan cerca y tan lejos a la vez. Debe enloquecerlos. A

menos de que se lea, un libro no es más que un objeto. No hay textos sagrados sin creyentes que los lean.

Nathaniel estaba ahí, pero no hablamos. Hicimos contacto visual una vez, por accidente, y por lo demás ni nos saludamos. No habíamos hablado desde el incidente en el que me tiré de su carro en movimiento, ni desde el incidente que involucró a su padre y a Martha. La explicación que les di a mis abuelos sobre los rasguños en la cara fue que me caí mientras esquiaba, y ellos no tenían ni idea de cómo era esquiar o qué tipo de lesiones podían ocurrir esquiando, y yo tampoco, entonces la excusa funcionó para todos.

Mi abuelo caminó alrededor del Peabody como si estuviera interesado en hacer una oferta para comprarlo. Lo vi pensativo frente a un quipu. No estaba segura de que pudiera entender la ficha que lo acompañaba, pero parecía más un saludo que una postura para recopilar información.

—Esos españoles codiciosos. ¿Qué crees que pasó con todo el oro?

Le dije que no sabía, que lo único que sabía era lo que había aprendido en clase, que era que los incas arrojaron el oro al río para que los españoles no pudieran tenerlo.

—Bien —dijo, y luego se alejó de nuevo.

La doctora Deborah Murphy tomó la palabra para su discurso inaugural.

—¿Hola? ¿Hola? —revisó el micrófono—. Hola. Hola. Soy la doctora Deborah Murphy. Agradezco que todos estén aquí con nosotros esta noche.

La sala quedó en silencio y ella comenzó con el reconocimiento oficial de tierras de Harvard.

—Primero, hagamos una pausa para recordar que la Universidad de Harvard está ubicada en la tierra tradicional y ancestral de los Massachusett, los habitantes originales de lo que ahora se conoce como Boston y Cambridge. Rendimos homenaje a la gente de la tribu Massachusett, pasada y presente, y honramos la tierra misma, que sigue siendo sagrada para el pueblo de Massachusett.

—¿Es una oración? —susurró mi abuela.

—No. Bueno, más o menos. Pero no. De todos modos, deberías hacer como si fuera una oración.

Así fue como entendieron que debían quedarse quietos, con la cabeza gacha, sintiéndose sombríos.

—Estamos aquí para celebrar el quipu, uno de los misterios más perdurables, enigmáticos y encantadores de Suramérica y, diría yo, del mundo. Esta exposición está inspirada en un solo quipu que descubrí hace unos pocos años. Había ahí un quipu protegido por los descendientes de los incas durante siglos, guardado en una cámara secreta, cuidado por generaciones de indígenas en el altiplano. El alcalde de ese pueblo leyó un artículo sobre mí en *Time* y se puso en contacto conmigo, me invitó a observar el quipu y ver qué podía decirle sobre ese objeto sagrado que era un misterio incluso para él. Cuando los habitantes del pueblo me dijeron que me quitara los guantes porque el quipu me había elegido, me emocioné mucho. Estos campesinos confiaron en mí para ir a su comunidad, confiaron en mí para tomar fotografías e incluso me permitieron el privilegio de tocar el quipu. Fui la primera persona extranjera que lo vio. Créanme, sé lo afortunada que soy, pero no todo el trabajo de campo es un momento tan trascendental. La mayor parte consiste en pistas falsas, hojas de cálculo interminables y cadenas de correos

sobre permisos. La mayor parte puede sentirse ingrata y decepcionante. Pero creo que esos momentos de serendipia y trascendencia son los antepasados que nos llaman para contarnos sus historias. Los invito a imaginar estas innumerables historias no contadas. Estos nudos, estos giros, estas fibras nos llegan desde el pasado y nuestras manos no pueden devolverles el contacto, pero gracias al trabajo de todos aquí esta noche, estamos un paso más cerca.

Los Ituralde tomamos juntos el autobús de Chinatown para volver a casa. Yo me senté al lado de mi abuela y mi abuelo se sentó detrás de nosotras. Ninguno habló. Mi abuelo se pasó todo el tiempo durmiendo una siesta, y mi abuela hojeó los números de *Vanity Fair* y la revista *¡Hola!* que había sacado prestados de la biblioteca. Después de la primera hora, también se quedó dormida. Habían hecho este viaje de cuatro horas en autobús dos veces en un día para apoyarme. Es un dulce recuerdo para mí. Sentí que habíamos pasado horas jugando Frisbee en la playa. Un tipo de amor soleado, cálido y acogedor. No lo sentía muy seguido, pero de vez en cuando me golpeaba. Los amaba.

Mi abuela y yo nos despertamos al otro día y no encontramos a mi abuelo en el apartamento. Era normal. Cada fin de semana, cuando se despertaba antes que nosotras, corría a la tienda a comprar un periódico y un café. Si la tienda dominicana estaba llena, iba a la tienda de los egipcios por un café y un sánduche de huevo con queso y tocineta. Esa quedaba a unas cuadras de distancia.

Pero la tarde llegó y se fue y él seguía sin aparecer. ¿Qué tal que mi abuelo tuviera demencia y hubiera empezado a caminar? Nunca lo encontraríamos. Encontraríamos su cuerpo en el East River. Puede

que una obra le hubiera caído encima, o pudo haber tenido un encuentro desafortunado e inesperado con algún tipo de animal rabioso, o una araña venenosa. Tal vez le cayó encima un árbol. Bajé las escaleras para ir donde los dominicanos de la tienda y preguntarles si lo habían visto.

—Vino temprano, quizás a las seis de la mañana. Me acuerdo porque estaba afuera cuando llegamos a abrir.

No contestaba el teléfono. Las llamadas se iban al buzón de voz.

—¿Adónde crees que fue? —le pregunté a mi abuela.

—Es posible que haya ido a ver a la gente jugar voleibol en el parque. Pero los partidos terminan por la tarde. Ya estaría de vuelta.

Entré a mi habitación y me tiré en la cama. Instintivamente, busqué mi portátil como si hubiera alguien a quien escribirle para pedir ayuda. Ahí, en el escritorio, encima de mi portátil, había una cajita blanca. Una cinta de satín negra (una de mis cintas para el pelo) enrollaba con dos vueltas la caja, hacía tres nudos y se ataba para formar un bonito moño.

¿Alguna vez has pedido comida para llevar y la recibiste empacada con cariño dentro de bolsas de plástico amarradas con media docena de nudos y un lazo al que ningún entrenador de gimnasia le podría encontrar defectos? ¿Son los nudos imposibles de deshacer, lo que hace que la comida solo sea accesible con tijeras de cocina o un cuchillo de sierra? Es probable que unos ecuatorianos hubieran amarrado esas bolsas de plástico.

Justo debajo de la tapa había una nota, doblada a la medida. La nota estaba en papel cuadriculado, el papel preferido de mi abuelo.

Mi amada hija:

Soy un hombre mayor que ha estado aquí demasiado tiempo. Es hora de que regrese a casa. Cuida de tu abuela.

Abuelo.

También dentro de la caja: la cadena de oro que mi abuelo usó durante la escuela militar. De inmediato pensé en dos posibles interpretaciones: la romántica, que quería que llevara puesta su cadena como recuerdo para no olvidarlo, y la práctica, que creía que podría empeñarla si necesitábamos el dinero.

El último objeto de la caja era un trozo de quipu del tamaño aproximado de un clásico moderno de Penguin. Estaba sobre una pequeña cama hecha con sus mejores corbatas del Salón del Reino. Lo reconocí inmediatamente como parte de la exposición en el Peabody y apreté los ojos para intentar recordar su procedencia. Estaba casi segura de que estaba en préstamo de un coleccionista privado del norte del estado de Nueva York cuyo tío abuelo le había legado algunas cosas increíbles, una de las cuales era este quipu y otra era un pequeño gorro de lana rojo de punto con orejeras tan pequeño que solo podía haber pertenecido a un niño andino.

En el Antiguo Testamento hay una historia sobre los hijos de Noé: el anciano estaba desnudo y uno de sus hijos lo vio y, en lugar de cubrirlo, corrió a contárselo a sus hermanos. En cuanto oyeron que habían encontrado a su padre desnudo, esos hermanos fueron a cubrirlo. No sé bien por qué su padre estaba desnudo y no podía cubrirse y sospecho que no quiero saberlo porque el Antiguo Testamento es muy extraño. El punto de la historia, como la aprendí, era que ver al padre en toda su desnudez y quedarse mirándolo boquiabierto sin su armadura era un acto contra Dios.

Cerré la caja, la deslicé debajo de mi almohada y fui a la cocina para entregarle la nota a mi abuela.

—Señor, por favor, que esto sea una pesadilla —gritó.

Mi abuela se puso absolutamente furiosa, abría y cerraba armarios y cajones, tiraba la ropa de mi abuelo al suelo, al aire. Tiró una de sus camisas del Salón del Reino con toda la fuerza que pudo, y simplemente se dejó caer encima. Encontró todos los álbumes y arrancó la cara de mi abuelo de todas las fotos. Después de eso, fue a dañar sus tableros de ajedrez. Me arrodillé en el suelo para ver qué podía salvar. La foto mía a los cinco años, conociendo a mis abuelos en LaGuardia, ambos con flores y ositos de peluche. La había hecho pedazos. Se acercó a mí y lloró en mi regazo, y yo la tranquilicé y la tranquilicé hasta que le grité que reaccionara.

No podía recordar un momento en el que no quisiera morir. Pero ahora ya no tenía ganas de morir. Lo peor había sucedido y aquí estábamos.

No se llevó nada. Miré alrededor del apartamento y cada objeto que contenía de repente se sintió cargado de un valor sentimental que mi abuelo había pasado por alto. Me dolió profundamente saber que no se había llevado nada. Lo entendía: si yo los estuviera dejando a todos atrás, tampoco me llevaría nada que me recordara a nadie. Pero estaba cansada de estar tan dispuesta a contextualizar con tanta facilidad todo lo que hacía que me lastimaba. En realidad, no se llevó nada.

Mi abuela se quedó dormida en la sala, rodeada de pedazos de papel, piezas de ajedrez, vidrios y porcelana rotos.

No tenía ni idea de cómo se había robado el quipu. Desde el principio, mi abuelo y mi abuela acordaron juntos decirme solo lo

que era necesario saber, e incluso menos que eso. A pesar de todos los sermones de mi abuelo a la hora de la cena, él podía ser increíblemente poco claro y tener una relación bastante flexible con la verdad. Si me pusieras una pistola en la cabeza y me pidieras información ciento por ciento veraz sobre Latinoamérica, la única información que podría dar vendría de artículos de Jon Lee Anderson que he leído en la *New Yorker*. Si tienes preguntas sobre Ecuador, te iría mejor si le preguntas a él. Tampoco sé *por qué* mi abuelo se robó el quipu. Tal vez se lo robó de la exhibición solo para joderme, una última partida de ajedrez antes de colgar las botas como mi abuelo. O tal vez yo había subestimado nuevamente su inglés, y él había entendido cada cosa que había dicho la doctora Deborah Murphy durante la inauguración, y eso lo había inquietado, igual que a mí.

Inmediatamente después de poner un pie en los Andes, los españoles se propusieron recopilar una historia del Imperio Inca y de la región andina. Desde el principio, les interesó estudiar el idioma, la vestimenta, la flora, la fauna. Querían documentarlo todo. Fue este impulso inicial de documentar el mundo que ellos mismos destruían lo que me hacía hervir la sangre. Por eso estaba en contra de los descifradores de códigos quipu. Esperaba que nunca descubrieran sus secretos. Esperaba que, para ellos, continuara siendo un anhelo insatisfecho. El imperio vino con consecuencias.



Byron me envió su montaje inicial. Sentí mariposas en el estómago. Esto era muchísimo mejor que un chico de una banda escribiendo una canción sobre mí. Pensé en Delphine y en lo que dijo sobre

hacer pornotrauma con Byron Wheeler. Esperaba que esto me reivindicara ante sus ojos. Miré con avidez, emocionada por ver cómo me veía a través de los ojos de un *auteur*.

Puesto que gran parte del registro era de mí llorando, Byron había editado cortes escalonados, como una película muda. La banda sonora era oscura y psicodélica. No había pensado mucho en la iluminación cuando estábamos filmando, pero recordé las sábanas de color azul transparente, y ahora era claro que estaba destinada a que me bañaran en azul. El efecto era ligeramente sórdido, como si me hubieran filmado en un motel junto a la carretera o en un club de *striptease*. Mis deseos se habían cumplido. Me veía hermosa. ¿Qué sería de mí cuando envejeciera? ¿Qué sucedería cuando los hombres se cansaran de mis caprichos y comenzaran a verme como veían a mis abuelos, sin estar bañada en azul mentolado o azul de Prusia o el azul del Libro de las Lamentaciones. Como una plaga y un parásito ¿Qué pasaría entonces?

Para: Byron Wheeler
De: Catalina Ituralde
Asunto: Una nota
07:32 P. M.

Querido Byron. Estoy pasando por muchas cosas en este momento con mi abuelo y no creo que esté en un buen estado mental para continuar. ¿Podemos hacer una pausa por ahora? Lo siento si le he decepcionado.

Byron no respondió durante varios días. Interpreté su silencio como que estaba molesto, pero manejaba sus sentimientos en privado que, según he escuchado, es algo que hacen los adultos a veces.

Para: Catalina Ituralde
De: Byron Wheeler
Asunto: Re: Una nota
6:07 A. M.

Lo único que quiero es que estés bien y feliz. Gracias por informarme. Estaremos en contacto pronto.



Gracias al regalo de despedida de mi abuelo, era probable que ahora estuviera marginalmente ligada a un crimen, entonces busqué el consejo de don Luis.

Tan pronto como te bajas del tren 7 en la calle 82–Jackson Heights, sabes que estás en una parte diferente de la ciudad. Tiene su propio clima, muchos latines, gente del sureste asiático, gente del este asiático, muchas familias judías ortodoxas y nuestros vecinos más nuevos, niños blancos de Vassar que no podían permitirse vivir en otro lugar y aún tienen suficientes ingresos para vivir según sus valores. Ser dueño de *solo un buen par de todo* no *pasa* porque sí.

—Hola, ¿don Luis? —dije, tocando la puerta después de abrirla—. Perdón por pasar por aquí sin llamar.

Su pequeña oficina estaba repleta de gente.

—No te preocupes, niña —dijo—. ¿Por qué no te sientas? Estaré contigo en un momento.

No había lugar para sentarse, entonces me senté en el suelo alfombrado contra una pared. Él revisaba los impuestos de alguien.

—Niña, comencemos. ¿En qué puedo ayudarte?

—Prefiero esperar hasta poder hablar en privado. Es un poco delicado.

Esperé otra hora, y luego don Luis se levantó, giró el cartel de ABIERTO de la puerta hacia el otro lado, para que la oficina pareciera oficialmente cerrada. Luego se reclinó en su silla y dijo:

—¿En qué puedo serte útil?

—Mi abuelo se autodeportó y antes de irse, quizás robó algo del museo en el que trabajo. No sé con certeza si él lo robó. No sé qué pasó. Lo único que sé es que un día nos despertamos y él ya no estaba, y esto estaba en mi cama.

Todo salió de golpe. Me levanté y puse la caja frente a él. La abrió con cuidado, miró hacia abajo brevemente y luego miró hacia otro lado, para ser modesto.

—Si fuera tú —dijo—, me desharía de esto. Si lo devuelves, tendrás que presentar una denuncia ante la policía y se podrían complicar las cosas para ti, para tu abuelo, para todos. También hay, claro, un riesgo en conservarlo.

Le agradecí a don Luis por su consejo y le pedí discreción.

—Mis secretos morirán conmigo —dijo solemnemente.

La manera natural de hablar de don Luis lo hacía parecer como si estuviera interpretándose a sí mismo en una película biográfica. Me acompañó hasta la puerta y me dio una palmadita en la espalda con simpatía.

—Antes de que te vayas, niña, sea cual sea tu decisión sobre deshacerte de esto, no se lo digas a nadie. No se lo digas a tu abuela. No me lo digas a mí.

Asentí.

Caminé hacia la estación de trenes tratando de absorber Jackson Heights como si nunca fuera a volver a estar ahí. Me invadió un profundo amor por la ciudad, por sus calles. Pensé en Isabella Gomes y en los platos que restauró con tanto cariño para la exposición. Los platos que Isabella trabajó se exhibieron junto con el quipu para ilustrar hasta qué punto el arte de principios del siglo XVI estuvo determinado por la exploración, la conquista y la colonización. Los platos en los que trabajó Isabella probablemente datan de mediados o fines del siglo XVI y se encontraron en algún lugar del virreinato del Perú, que es como los españoles originalmente llamaron al territorio que acababan de conquistar. La porcelana azul y blanca española es sorprendente por su artesanía, pero lo que más llama la atención es la coexistencia de motivos chinos e islámicos, como dragones azules y líneas arabescas, junto con símbolos heráldicos españoles, como escudos de armas y flores de lis. Era una mezcolanza de influencias y referencias, todas posibles gracias a un encuentro violento.

Sentí que había esperanza para nosotros.

De camino a la estación de tren, me detuve junto a un altar callejero que parecía nuevo y, por instinto, me santigüé. Grapada a un poste había una foto plastificada de una joven bonita con el pelo rojo y alisado con plancha, cejas arqueadas y pestañas largas. Parecía una foto de graduación y encima tenía una corona de dalias y rosas rojas, un elefante de peluche y rosarios de plástico blanco y

negro. Había visto muchos de esos altares callejeros. Cada vez que los veía, trataba de memorizar las caras de las chicas, adolescentes fugitivas, trabajadoras sexuales y mujeres trans, mujeres que definitivamente no habían muerto por causas naturales. Había tantas. Sabía demasiado para seguir caminando. No sabía quién era esa chica, pero no importaba.El caso es que alguien le había puesto las manos encima.

EPÍLOGO

NATHANIEL Y YO estuvimos de acuerdo en que estaríamos mejor siendo amigos, igual ya nos íbamos a graduar. Tuvimos sexo una última vez, una para el camino, una despedida emotiva. Dije el nombre de otro chico. Ay, no me juzgues. Uno solo puede oír una cantidad limitada de reflexiones sobre el cadáver de Eva Perón.

Después de la graduación, Delphine y Kyle se mudaron a Nueva York. Delphine comenzó la escuela de medicina en Columbia y Kyle se unió como escritor al tercer programa nocturno más popular de la televisión. Ver cómo mi abuelo simplemente desapareció de la noche a la mañana asustó a Delphine, y con razón. Ya había perdido a uno de sus padres y no quería estar muy cerca de mi dolor, entonces mantuvo su distancia y yo le di espacio, pero cuando compramos iPhones descubrimos que podíamos jugar billar por iMessage y se sentía como un abrazo y no necesitábamos hablar.

Mi abuela y yo aprendimos a palear nuestra nieve y a poner y quitar las unidades de aire acondicionado de las ventanas dos veces al año. Nos preparábamos para los huracanes y observábamos cómo el entusiasmo por el fascismo se apoderaba de los países occidentales uno a uno sin que mi abuelo estuviera en la cabecera de la mesa con su vieja boina militar explicando cómo tratar a los hombres que quieren ser reyes.

Mi abuela buscó trabajo inmediatamente, como si hubiera estado esperando este momento toda su vida. Les pidió pistas a todos los miembros de la congregación. Hizo volantes para ofrecerse como niñera de niños y de mascotas. Investigó en Craigslist. Una mañana, me despertó para que le buscara videos de yoga en YouTube. Todavía dormida, le busqué un video en mi portátil, luego me acurruqué en el sofá de dos asientos y volví a quedarme dormida mientras ella probaba hacer yoga por primera vez. Otra mañana, se despertó y dijo que quería obtener su grado escolar. Otra mañana, se despertó y dijo que quería volver a la escuela para aprender bien inglés. Parecía como si ninguna de esas tomas de conciencia pudiera esperar hasta que me despertara. Un nuevo capítulo estaba comenzando. Había días por delante.

En cuanto a mí, fui tutora de niños ricos. Byron había ido a la universidad con el director ejecutivo de una empresa de tutorías. Nos presentó por correo electrónico y explicó, con confidencialidad y de manera sucinta (¡y técnicamente cierta!) que estaba en medio de trámites de inmigración y que, por ahora, era mejor pagarme en efectivo. La petición venía del propio míster Hollywood, alguien que no tendría ningún motivo para confraternizar con inmigrantes ilegales. El nepotismo era putamente fantástico. Ya tenía un trabajo asegurado: dos gemelos del Upper West Side que eran muy, muy malos escribiendo ensayos.

Terminé mi tesis *Un oasis de horror en un desierto de aburrimiento: El turismo de la muerte y Roberto Bolaño*. No me gané ningún premio, pero la entregué. Me enloquecí un poco después de eso. Definitivamente no llamé a la psicóloga de la que me había hablado la profesora Sandoval. Pasarían diez años. Había sufrido

durante tanto tiempo y quería mejorar, pero todavía no. Francisco Ituralde fue el tercer padre que me abandonó, y yo tan solo tenía veintiún años, era la tercera de tres, iba a recibir un diploma de Harvard y mi flequillo estaba creciendo bien. El mundo estaba a mis pies. Me habían abandonado, sin duda, no podía hacer nada ante este hecho, pero podía cambiar el rumbo de la situación, hacer limonada con esos limones, podía convertirme en la chica abandonada más famosa del mundo. De todas las chicas abandonadas del mundo, yo podía ser la abanderada.

A LA MEMORIA DE VANESSA GUILLÉN
(1999–2020)

AGRADECIMIENTOS

QUIERO AGRADECER A mi editor, Christopher Jackson. Las chicas creen que quieren papás, pero lo que necesitan son editores. Tu confianza en mí como persona y escritora me liberó. Es el honor de mi vida poder trabajar contigo.

A mi equipo de One World: Lulu Martinez, Avideh Bashirrad, Raaga Rajagopala, Carla Bruce-Eddings, Andrea Pura, Tiffani Ren, Sun Robinson-Smith y Greg Kubie. Su amor por este libro me sostuvo durante las múltiples noches de insomnio en las que no pude escribir ni una palabra porque el mundo se iba al infierno y parecía que nada importaba. Su amor por el libro importó y me dio fuerzas. Gracias.

Gracias a mi equipo de CAA: Via Romano, Crystal Caicedo, Berni Vann. Estoy en deuda con mi agente, Mollie Glick. Mollie, tú no te diste por vencida en momentos en los que yo misma me hubiera dado por vencida. Eres inquebrantable, el ancla pesada del océano para mi barquito de papel.

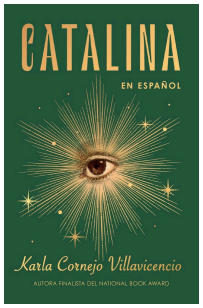
Gracias a mis amigos por su incansable apoyo. ¡Los quiero mucho a todos! Quiara Alegría Hudes, Arlly Pinos, Christopher Kramaric, Rosa Salazar, Adam Berkwitt, Raquel Limonic, Stacia Peters, Aleen Keshishian, Diane Guerrero y Jonathan Blitzer. Mi más profundo amor y gratitud para los Zemach-Bersin, los Alroy, los Zemach-Lawler y Anne, Eytan, Gili y Zoe.

Gracias a Selena Gomez por creer en mi voz.

Gracias a Jon Franzen por su amabilidad, su sabiduría y su buena voluntad en general con los pájaros de parqueadero.

Gracias a mi mamá y a mi papá, y a mi hermano. Tienen todo mi corazón.

Gracias a Talya, mi protectora, la única persona en el mundo que de verdad me gusta. Gracias por enseñarme qué es un esbozo y por prestarme tu cerebro durante todas nuestras sesiones de edición y lluvia de ideas. Siempre las recordaré como algunos de los momentos más felices de mi vida.



Catalina Ituralde se destaca por su constante ironía y su vulnerabilidad desgarradora. Cuando entra a una universidad de élite, se ve obligada a navegar por un pasado turbio, un futuro incierto y las tentadoras posibilidades del amor y la libertad. Esta es la historia de un año de su vida.

Harvard se siente como el cumplimiento de su destino: una niña milagro que escapa de la muerte en América Latina, se muda a Queens para ser criada por sus abuelos indocumentados y se convierte en una de las elegidas. Pero nada es sencillo para Catalina, mucho menos su complicada, contradictoria e inquisitiva cabeza. Ahora, se enfrenta a la graduación en un mundo que no tiene lugar para los indocumentados, y esta sensación de fatalidad intensifica sus curiosidades y deseos. Se infiltra en las subculturas de élite de la escuela (pasantías y revistas literarias, fiestas elegantes y sociedades secretas), que observa con la mirada de un antropólogo y el escepticismo de un intruso: fascinada y rechazada al mismo tiempo. Al anhelar un gran romance, Catalina se siente atraída por un compañero, un verdadero antropólogo en ciernes ansioso por enseñarle sobre la cultura latinoamericana en la que nació pero que no conoce. Todo mientras el reloj la acerca más al abismo de la vida

después de la graduación y se desmorona su realidad en Queens. ¿Podrá salvar a su familia? ¿Podrá salvarse a sí misma? ¿Qué significa estar a salvo?

Esta novela atrevida, en parte universitaria, hagiográfica y canción pop, no se parece a ninguna otra lectura sobre la llegada a la adultez. La brillante y trágica Catalina, rodeada por un halo de energía caótica e impulsada por un corazón salvaje, es un personaje que no podrás olvidar.

KARLA CORNEJO VILLAVICENCIO

Karla Cornejo Villavicencio es autora de *The Undocumented Americans*, finalista del National Book Award. Su obra, que se centra en la raza, la cultura y la inmigración, ha aparecido en *The New York Times*, *The New Yorker*, *Vogue*, *Elle*, *n+1*, *The New Inquiry*, *Interview* y en *This American Life*.



Título original: *Catalina*

Primera edición: abril de 2025

Copyright © 2025, Karla Cornejo Villavicencio
Todos los derechos reservados.

Publicado por Vintage Español®, marca registrada de
Penguin Random House Grupo Editorial USA, LLC
8950 SW 74th Court, Suite 2010
Miami, FL 33156

Traducción: María Natalia Paillié Plazas
Copyright de la traducción ©2025 por Penguin Random House Grupo Editorial

Diseño de cubierta: Grace Han

La editorial no se hace responsable por los contenidos u opiniones publicados en sitios web o plataformas digitales que se mencionan en este libro y que no son de su propiedad, así como de las opiniones expresadas por sus autores y colaboradores.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad,

defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 979-8-89098-335-0

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

[Catalina](#)
[Dedicatoria](#)
[Primera parte. Verano](#)
[Segunda parte. Semestre de otoño](#)
[Tercera parte. Vacaciones de invierno](#)
[Cuarta parte. Semestre de primavera](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)